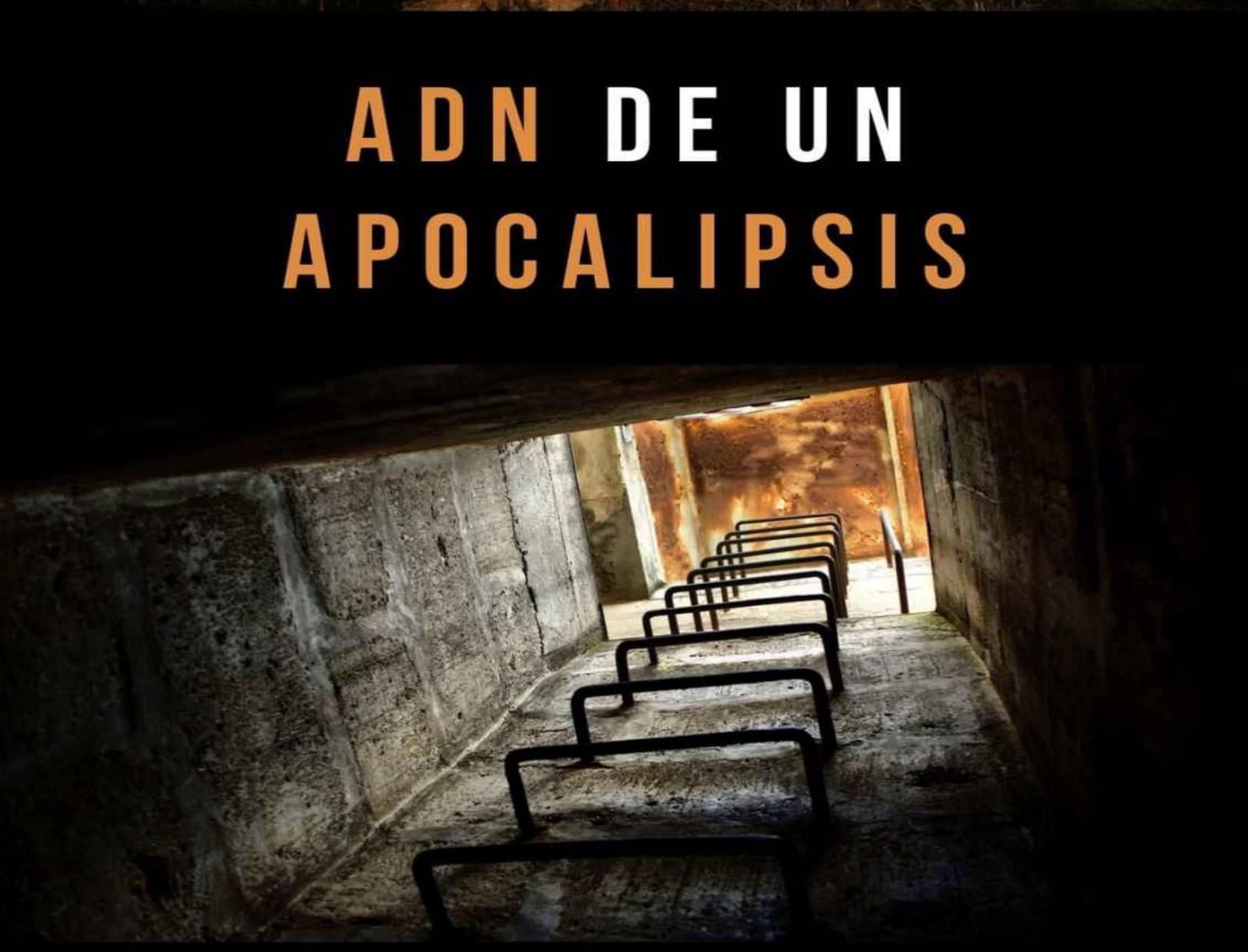


THRILLER DE CIENCIA FICCIÓN

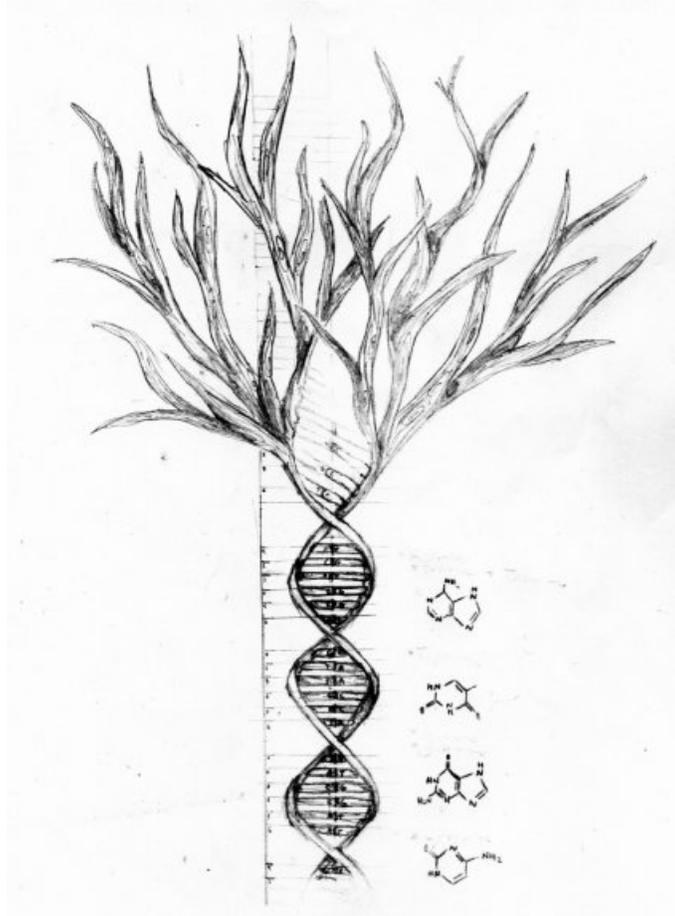


ADN DE UN APOCALIPSIS



LUCAS SEIMANDI

ADN DE UN APOCALIPSIS



LUCAS SEIMANDI

Contenido

[Curiosidades científicas](#)

[Sinopsis](#)

[0](#)

[1](#)

[2](#)

[Día 13 DB \(Dentro del Bunker\): Misión](#)

[3](#)

[Día 23 DB: Psicología](#)

[4](#)

[Día 27 DB: Rutina estricta](#)

[5](#)

[6](#)

[Día 734DB \(día 4 del año 2\): Especulaciones sobre el Virus](#)

[Día 717 DB: La regla del 3](#)

[7](#)

[Día 657 DB: Cosas para hacer cuando vuelva](#)

[8](#)

[Día 91 DB: Perdonarse](#)

[Día 17 DB: Testimonio](#)

[9](#)

[10](#)

[Día 14 DB: Contagio dentro del Búnker](#)

[11](#)

[Día 19 DB: Relevamiento del Búnker](#)

[12](#)

[13](#)

[Día 741 DB: Diseño y acervo genético](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[Día 745 DB: Libreta](#)

[Día 751 DB: Línea del tiempo](#)

[17](#)

[Día 758 DB: Daño colateral](#)

[18](#)

[19](#)

[Para Luci:](#)

[20](#)

[Día 21 DB: Línea del tiempo](#)

[21](#)

[22](#)

[Día 66 DB: Susceptibilidades a evitar](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[Día 765 DB: Motín y Nuevo Concejo](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Día 768 DB: Nunca estuvimos solos](#)

[30](#)

[Día 768 DB \(2\): ¿Resistirá?](#)

[Para Alessia:](#)

[31](#)

[32](#)

[Día 769 DB: No valió la pena](#)

[33](#)

[34](#)

[Día 771 DB: Testigo](#)

[35](#)

[36](#)

[Día 773 DB: Dilema](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Día 5 Fuera del Bunker: Palabras finales](#)

[Agradecimientos](#)

[Comentarios](#)

Curiosidades científicas

Riesgo epidemiológico

¿Sabías que, actualmente, las enfermedades infecciosas se transmiten más rápido, surgen con mayor frecuencia e incluso evolucionan con mayor velocidad que en cualquier otro momento de la historia?

Debido a la concentración humana en grandes ciudades, el mal uso de vacunas y antibióticos, la inmigración ilegal, los viajes aéreos y el tráfico de animales, el surgimiento de una nueva pandemia es un peligro inminente.

Propagación exponencial

Las ratas se reproducen tan rápido que, en tan solo un año, dos de ellas pueden convertirse en cientos e incluso miles. Cada nueva generación tiene un potencial acumulativo de mutaciones genéticas que pueden afectar su fisiología o su comportamiento, haciéndolas más resistentes a ciertos venenos o cambiando su paladar y mecanismos de defensa.

Sinopsis

Un virus comienza a propagarse, infectando rápidamente a distintas especies de animales, que se tornan violentos y atacan a las personas. Los países son asediados, uno a uno, de norte a sur. Mientras las comunicaciones se interrumpen, la humanidad cierra con fuerza los ojos para no ver el ocaso.

En ese entonces un Búnker científico-militar se estaba construyendo en el interior de Argentina, donde se recluyen los últimos sobrevivientes de aquella calamidad. Allí intentarán encontrar la manera de volver al exterior y reconquistar el mundo, para lo cual deberán hallar la forma de combatir el virus antes de quedarse sin provisiones... o matarse entre sí.

0

¿Realmente lo escuché o fue parte del sueño?

Bostezo y me desperezó en el respaldar de la silla, mientras oigo como la lluvia golpea las ventanas de mi universidad. Pronto llega Matías desde el pasillo.

- ¡Abran la puerta! – dice impaciente una voz masculina que proviene desde afuera.

Siento el impulso de levantarme y abrir de inmediato, pero vacilo. Matías inmediatamente lleva la mano hacia su cinto, donde tiene enfundado el revólver. Nos miramos detenidamente sin mover un sólo músculo.

Súbitamente, un ruido metálico nos interrumpe. Parece provenir de la esquina opuesta de la sala.

Volteamos a ver. Es uno de sus compañeros, encargado de revisar las tablas que cubrían las ventanas. Al pelotudo se le cayó el martillo. Suspiro, algo aliviado.

- Necesitamos ayuda – gritan desde afuera - *Por favor.*

Echo un vistazo a Matías, que niega con la cabeza.

Mi amigo no es una persona egoísta o con falta de tacto. Simplemente no está dispuesto a perder otro amigo más.

Yo sé que él tiene razón, es demasiado peligroso. Pero, también sé que pronto los infectados acabarán con ellos si no los dejamos entrar.

Los gritos de auxilio junto a las imágenes de cadáveres descuartizados regresan a mi mente. Para interrumpirlas decido ponerme de pie.

- *Ni se te ocurra* – me dice Matías a lo lejos, apuntándome con el dedo.

- Los animales deben estar lejos, sino no estarían hablando así – argumento, tras un par de segundos.

- Aun así, es demasiado arriesgado.

- No lo voy a discutir – respondo decidido.

Antes que pueda detenerme, avanzo con prisa hacia la puerta y en tan solo un segundo quito las trabas de seguridad. Ambos ingresan y cierro todo. Matías me fulmina con la mirada y yo lo ignoro.

El hombre que acaba de ingresar es alto y corpulento, está completamente empapado y tiene un amplio moretón en la frente. Con su brazo derecho sostiene a quién estimo es su mujer, que camina con dificultad.

- ¿Qué les pasó? – pregunto.

- Eh... Patinamos con la camioneta y chocamos un árbol – responde él, mientras ella se apoya en la mesa más cercana – Mi novia no podía caminar. No sabía qué hacer. Vi las ventanas cubiertas y... por suerte estaban ustedes.

Afirmo con la cabeza e intento dar mi mejor sonrisa.

- Hay un botiquín en el aula que está doblando al fondo del pasillo – indico al otro sujeto.

- Gracias – responde el hombre, y ayuda a su mujer a levantarse.

Afirmo nuevamente con la cabeza y los observo alejarse a través del pasillo.

No quiero discutir con Matías, así que voy hasta la oficina, a comprobar que la vieja radio de la universidad siga funcionando.

Hace días que nadie atiende los teléfonos, y las líneas de emergencia tampoco responden.

Para no quedar incomunicados, usamos una radio que reproduce, una y otra vez, un mensaje de auxilio. Tras repetirse algunas veces, uno de nosotros acude a detenerlo y esperar alguna respuesta. Luego de eso, reiniciamos el mensaje y esperamos.

Hacemos turnos para dormir, vigilar la radio y el resto de las instalaciones. Nuestro objetivo es sobrevivir hasta que alguien nos rescate.

A la distancia, la puerta vuelve a sonar. Esta vez de manera más continua. Seguidamente, las ventanas crujen, y finalmente los vidrios estallan en pedazos.

Como lo habíamos previsto, las tablas resisten la embestida. *Por ahora.*

Corro hacia la recepción, tengo que decirles que se resguarden en alguna de las aulas.

Mientras me voy acercando, el repiqueteo sobre la madera se torna cada vez más estruendoso, como cientos de martillos golpeando insistentemente.

Cuando llego, una de las tablas cede a la presión y cae al suelo. La contención falla y mi amigo está a mitad de la sala, totalmente inmóvil.

“*Matías*”, grito con todas mis fuerzas para que logre escucharme. Pero no reacciona.

Lo intento de nuevo, grito aún más fuerte, y finalmente voltea hacia mí. Un instante más tarde viene corriendo y salimos a toda prisa por el pasillo.

Debemos seguir hasta el final y doblar a la derecha, entonces seguir otro trecho más. Ahí tenemos un aula preparada para una eventualidad como esta.

El aleteo de los pájaros y el chirrido de las ratas hacen eco sobre las paredes blancas. Las tablas caen una a una y las alimañas se esfuerzan por entrar todas a la vez.

Estamos a mitad del pasillo, cuando de pronto un pájaro alcanza a Matías y le pica la nuca. Bruscamente se la quita de un golpe y desenfunda el revolver. Comienza a disparar al aire mientras corre detrás de mí.

Sin tiempo para frenar, choco con la pared al doblar y veo lo que nos acecha. Bandadas de pájaros siguen de cerca a mi amigo, metros atrás las ratas se abren paso a un ritmo alarmante.

Un par de segundos más tarde, Matías choca con la pared. Casi al final del pasillo están los demás, aguardando para cerrar la puerta tras nuestra entrada.

Los pájaros son demasiado rápidos y comienzan a picarnos la cabeza. A pesar de eso, seguimos sin aminorar el paso, al tiempo que nos cubrimos con las manos.

El corazón me late con fuerza y siento que me ahogo al respirar. Debo aguantar, sólo faltan algunos metros.

Escucho a mi amigo chillar secamente y volteo para ver. Las ratas lo alcanzan y muerden los tobillos, él trastabilla y cae al suelo. Un instante después las ratas se abalanzan sobre él, que grita a más no poder.

De un manotazo me quito otro pájaro y volteo hacia adelante.

Al ver tan cerca a los animales, la persona que minutos atrás me había agradecido por salvarles la vida, entra en pánico y cierra la puerta.

De inmediato llego y golpeo. Grito “*Abranme*”, una vez y otra. Pero nada sucede.

Con los pájaros picándome la espalda, sigo golpeando y aguantando el dolor, con la esperanza de que aquel hombre recapacite y me devuelva el favor.

El aleteo de las bandadas pronto opaca mis gritos, el chirrido de las ratas me vuelve loco.

Veo como las ratas caminan por las paredes y me rodean.

Es el fin, digo para mis adentros. El pánico toma control de mí y cierro los ojos con fuerza.

1

Vuelvo a despertar, esta vez de verdad. Estoy seguro porque el cemento impermeabilizado que veo en el techo es el mismo que cubre todo el Búnker, y porque esos son los ronquidos de mi compañero.

Tengo la frente grasosa por la humedad ambiente y el ritmo cardíaco acelerado. Aun escucho parte de los chillidos.

Sólo una pesadilla, digo para mí mismo.

Bajo de mi cama a oscuras y salgo al pasillo. Voy hasta el baño a lavarme la cara. Permanezco unos minutos frente al espejo, mientras los chillidos cesan y la cabeza deja de darme vueltas.

Nunca había pensado que las ojeras podían llegar a formar parte de mi aspecto habitual. Sin embargo ahí están, adornando mis ojos verdes y mi pálida piel, que no ve la luz del sol hace una eternidad.

Mi barba acumula unos cuantos días sin recortarse y mi pelo está más desprolijo que nunca. Me gusta llevarlo así, es algo en lo que puedo hacerle la contra al Concejo, sin ganarme una suspensión.

Camino por la penumbra del amplio pasillo de regreso a mi dormitorio. Es un frágil cubículo con tres paredes de yeso y una de cemento, dónde caben una cama cucheta, un pequeño escritorio, unos estantes para ropa y no mucho más.

Al llegar, entro silenciosamente y subo la escalerilla para acostarme sobre mi cama. Aún falta un buen rato para ir a trabajar, aunque no lo suficiente para conciliar el sueño.

Este tipo de pesadillas suelen regresar cuando el ambiente se torna demasiado tenso, cuando nos preocupa no estar haciendo lo suficiente y que nuestra supervivencia esté en riesgo. En esos días, las memorias, junto con relatos y viejos traumas se combinan para formar una pesadilla perfecta. Suficientemente real para que me la crea, suficientemente ficticia para que el final me estremezca.

Por más espeluznante que haya sido mi sueño, no fue tan alejado de la realidad.

Han pasado ya dos años desde entonces, desde que el virus aprovechó nuestra indiferencia y arrasó con todo.

Este refugio es seguro y está muy bien equipado. Aunque el diseño austero y las improvisadas divisiones de yeso laminado no son demasiado atractivos. De todos modos, con el tiempo te terminas acostumbrando.

Con mis 23 años, pertenezco a la generación más joven de los nacidos fuera del Búnker. Aunque eso no conlleva privilegio alguno, ya que me mantienen ocupado y me pagan lo mismo que a los demás.

Actualmente paso gran parte de mis días trabajando en el laboratorio. Como no alcancé a terminar mi carrera de biología, no soy de los más capacitados, sin embargo estoy contento de poder ayudar.

El resto del día me lo paso durmiendo, recuperando las horas de sueño que pierdo durante la noche, mirando el techo y escuchando los ronquidos de mi provisorio compañero de dormitorio.

Me entusiasma pensar que algún día regresaremos al exterior, que nuestra preocupación ya no será nuestra supervivencia o la de la humanidad, sino a dónde iremos las próximas vacaciones.

No veo la hora de que todo el mundo deje de querer exterminarnos, que podamos habitar alguna vieja ciudad y vagar libremente por las noches. Tal vez sea demasiado optimista, pero con un panorama tan desolador hay que tener algo con lo que soñar.

Luci McClintock, mi jefa y encargada del Laboratorio N°7, está convencida de que lograremos desarrollar algún antídoto. No me gusta confiar en los demás, pero si tuviese que poner mi vida en las manos de alguien, no tengo dudas de que sería en las suyas. Ni tampoco me molestaría.

Tengo una libreta donde escribo lo que pienso y registro acontecimientos importantes, con la ilusión de que alguien algún día la encuentre. Ahí guardo información sobre el Búnker y recuerdos que no quiero olvidar, junto con listas de las cosas que haré cuando regresemos al exterior.

Luci, en cambio, parece destinar su libreta enteramente a las investigaciones. En el refugio hay cuadernos y computadoras suficientes para tener respaldos, sin embargo a causa de su extrema dedicación, necesita llevar sus preguntas y observaciones a todas partes.

Ella es una mujer brillante, cada vez que ingresa a un laboratorio, hace que todos mejoren su postura y se concentren en sus tareas. No es que sea exigente con los demás, sino que su actitud inspira a quienes la rodean.

Eso y también su peculiar belleza. Luci es delgada y ligeramente alta, tiene ojos verdes, nariz griega y cejas delicadas. Mientras está en el laboratorio lleva guardapolvo blanco y unos amplios lentes ovalados color púrpura. No obstante, más que su belleza lo que vuelve loco a sus colegas es su inaccesibilidad. A mí no me parece soberbia o antipática, sino simplemente reservada.

Me gusta observarla cuando sale de trabajar y se quita el broche, dejando caer su pelo rojizo sobre las blusas oscuras que usa. Nunca encontré una buena excusa para hablar con ella, pero al menos soy uno de los encargados de esterilizar sus instrumentos y catalogar sus muestras, así que conoce mi letra. Sí, ya sé, *es lo que hay*.

- Buenos días, Alan.

Mi inquieto y meticuloso compañero, que duerme en la cama de abajo, siempre se levanta unos minutos antes de que suene el reloj.

Como buen escéptico, al principio creí que era mera casualidad. Pero, al cabo de unas pocas semanas, ya no me quedaban dudas: era Alan quién hacía sonar la alarma al despertarse y no al revés.

- ¿Noche difícil, Marcos? – me pregunta mientras se ata los cordones.

- He tenido peores.

- Tu cara no parece estar de acuerdo – responde sarcásticamente.

- ¿Sabés qué pasa? – digo siguiéndole la corriente - No todos somos robots matutinos.

- ¿Querés un consejo?

- Soy todo oídos.

- Al acostarte...

Cuando la alarma lo interrumpe, Alan ya ha terminado de vestirse, así que la apaga y sale al pasillo. Como todos los días, pasará por el baño y se ubicará primero en la fila para desayunar.

Por decisión del Concejo, cada seis meses rotamos de habitación y compañero, con el objetivo de reducir la soledad y fomentar la integración entre sectores. Anteriormente me habían asignado compañeros de zoología, logística urbana y medicina, ahora uno de Ingeniería.

El Búnker está preparado para alojar cientos de refugiados, durante diez años o quizás un poco más. Eso es lo que nos explicó el Concejo, insistiendo en que no tenemos nada de qué preocuparnos.

Pero yo sé que no es así. No sólo es un desafío mantener un refugio para tantas personas, también dependemos del estado del ecosistema exterior, ya que algún día tendremos que salir.

¿Cuánto tiempo estaremos seguros acá dentro? ¿Dos años? ¿Cinco? ¿Diez?

La Ley de Murphy es categórica. En situaciones complejas, si algo puede salir mal y arruinarlo todo, seguro algún boludo termina metiendo la pata y logra que todo se vaya a la mierda.

2

Estoy en el baño, cepillándome los dientes, cuando los altavoces de los pasillos comienzan a transmitir:

- Buenos días, queremos invitar a todos a asistir al Salón Principal, tenemos un anuncio que hacer. Comenzamos en diez minutos. Gracias.

Escupo el dentífrico en la pileta y salgo al pasillo, que conecta habitaciones y baños del nivel cuatro con el Salón Principal. Alguien me choca por atrás, a la altura del hombro, y sigue marchando apresuradamente hasta perderse en la muchedumbre.

Camino entre los murmullos de la gente y al cabo de un par de minutos llego al Salón, el lugar más amplio de todo el Bunker. Cubierto por cientos de mesas rectangulares y sillas coloridas, el Salón alcanza la altura de quince metros y cubre cuatro plantas. Está estratégicamente conectado a los grandes sectores del establecimiento, con el objetivo de que todos lleguen y salgan rápidamente, sin congestionar demasiado pasillos y escaleras. Además, tiene una serie de desniveles que permiten que todos puedan ver la pantalla gigante y oír al disertante.

En la arista opuesta al escenario, hay numerosos puestos de comida. Ahí canjeás tus cupones por algo incomible, o gastás gran parte de tu sueldo en una pequeña variedad de platos tradicionales.

Cubro el lugar con la mirada hasta ubicar a Pablo, mi amigo de Zoología, que siempre llega temprano para sentarse en un punto equidistante al escenario y la comida. Paso a retirar mi ración comunitaria y me siento a su lado.

- Marc, no te escuché llegar – me dice, con esa voz chillona que, junto a sus aros expansores, lo caracteriza.

- No pasa nada, hay mucho murmullo – le digo, mientras estrecho estruendosamente su pequeña mano – ¿Alguna novedad?

- Sí. Tenés que ver estos memes, te van a encantar.

Saca de un bolsillo su libreta y la abre sobre la mesa. Comienza a revisar rápidamente una pila de hojas sueltas, llenas de garabatos y dibujos caricaturescos.

- *Este* – dice entusiasmado, luego me lo pasa y espera mi reacción.

Sobre una hoja arrugada y con los bordes gastados, está el dibujo de una fogata al aire libre, rodeada por tres hombres equipados con trajes blindados, que comen asado con las manos. Uno de ellos dice “No sé si tu perro se habrá contagió o no, pero está duro como la mierda”.

- ¿Firma o comentario? – me pregunta.

- Firmo – le respondo. Comentar implica rehacer el dibujo y hacer comentarios burlones del mismo, y la verdad no tengo ganas.

- Parece que están todos pensando en el CEA. ¿Escuchaste los rumores?

- Sí, pero no les doy bola.

- Sí, *ya sé* – dice encogiendo los hombros- Pero... ¿qué te parece? ¿Creés que pronto podremos salir?

- No tengo idea. En el laboratorio aún estamos lejos de poder neutralizar los efectos del virus. Y acordate que el Comando anterior encontró mucha actividad.

Pablo permanece mirando al escenario en silencio, con una mano sobre su mentón. Me llevo la cuchara a la boca y siento un gusto insípido, otra vez comida enlatada.

Los murmullos aumentan y me sorprende siendo el único que aún mira su plato. Levanto la cabeza y advierto porqué.

El director, que es alto, usa camisa celeste y tiene la típica pancita que adquieren los flacos al llegar a la tercera edad, acaba de subir al escenario y encender el micrófono.

- Hola a todos – dice, mirando tranquilamente a su auditorio, esperando hasta que dejaran de conversar - Voy a ser breve porque tengo mucho por atender. En unas horas se realizará el segundo Comando de Exploración Anual Exterior. Como ya saben, el objetivo es recolectar información sobre el ecosistema exterior, para posteriormente hacer un diagnóstico de la situación y ver cómo proceder con nuestra misión.

La atención del Salón comienza a disiparse, muchos hablan por lo bajo y otros quieren hacer preguntas. El director se acomoda los lentes y continua.

- Quiero pedir a los exploradores que se pongan de pie y reciban un caluroso aplauso.

Las estruendosas ovaciones y los silbidos inundan la sala, mientras los exploradores sonrían tímidamente y saludan.

- Muchas gracias a todos – dice cálidamente el director - Ahora me retiro, así cada uno puede seguir con sus asuntos. Que tengan un buen día.

Mañana tendremos noticias del segundo CEA. Hay mucho optimismo y expectación al respecto, y yo no soy la excepción, *¿quién puede estar contento de pasar años dentro de esta jaula de cemento?*

No me malentiendan, estoy profundamente agradecido de que me hayan rescatado. Además, saber que tendremos que reconstruir el mundo me da un sentimiento de responsabilidad que nunca antes había experimentado.

Por eso, no podemos correr el riesgo de que nuestros animales sean infectados. No podemos confiarnos, antes de salir deberíamos tener la vacuna para animales lista.

Los anuncios siempre me dejan bastante alterado, necesito una distracción. De manera que apenas salgo de mi turno en el laboratorio, me dirijo hasta la sala de cine y compro una entrada para la última función.

Entre paredes alfombradas en marrón y separadas por un pasillo central, se extienden dos hileras de cinco butacas cada una, que logran una capacidad de ochenta asistentes. En medio del techo, un cañón proyecta las imágenes sobre una amplia pantalla.

Como medio mundo quiere ver películas y hay sólo una sala, es un lujo muy caro, como todo en el Bunker. Además, la cartelera no suele apartarse de los éxitos de taquilla y clásicos de la academia, que ya los vi a casi todos.

Así y todo, hay días en que necesito alejarme de los refugiados y mis preocupaciones. Por eso, esta bendita sala se convirtió muy pronto en mi santuario.

Me siento en la última fila, donde nadie puede molestarme o hacerme preguntas, ya que al igual que en las bibliotecas está prohibido hablar. Dócilmente me dejo hipnotizar por el sonido envolvente y la penumbra, disfrutando como esta butaca reclinable me transporta hacia las profundidades de Mordor.

Día 13 DB (Dentro del Bunker): Misión

Hace dos años, cuando todo se fue al carajo, el Gobierno se dio cuenta que no podía contener la infestación ni proteger a la gente.

Sin muchas opciones, mandó a recoger profesionales de ciencias de la salud e ingeniería, refugiándolos en una instalación de emergencias, dotada de equipamiento médico y militar. Tras unas semanas de reformas, denominó dicho búnker como Centro de Preservación, Inmunización y Reconquista, o simplemente CePIR.

La función del CePIR es aislar a los sobrevivientes del mundo exterior, proporcionando soporte vital y técnico a casi mil personas, junto con un incontable catálogo de animales sanos.

Dado que con el virus los animales se tornan agresivos y se atacan entre sí, el plan primario consiste en esperar a que su población se reduzca y exterminar a los restantes. Si eso no ocurre en el tiempo esperado, tendremos que desarrollar una vacuna para inmunizar a los animales del Arca, evitando que se contagien de los infectados con que entran en contacto.

En otras palabras, estamos en una especie de Arca, esperando recuperar el mundo luego que pase el apocalipsis.

3

La mañana siguiente, desayuno en silencio esperando las novedades del CEA. Algunos refugiados comen deprisa, mientras que otros no se deciden a dar un bocado.

{En el primer Comando, o sea un año atrás, los resultados llegaron recién al tercer día. La gente tenía tal ansiedad, que el área de Salud tuvo que dar licencias por estrés a medio mundo.

Para evitar que suceda de nuevo, esta vez el Concejo emitió la directiva de que se presentaran informes preliminares tan rápido como fuera posible. O por lo menos eso me dijo Fabiano, mi psicólogo}.

Me quedo hasta último minuto, no aparece el director, ni tampoco hay anuncios en el altavoz. La gente comienza a levantarse y pronto las mesas van quedando vacías.

Los anuncios no suelen interrumpir la jornada de trabajo, así que me levanto y voy hacia mi trabajo. Abro uno de los casilleros y tomo un guardapolvo blanco, luego me pongo unos guantes de látex color verde. Ya vestido, me dirijo a la sala de experimentos.

El suelo está impecablemente limpio y es color blanco mate, al igual que las paredes. Huele a alcohol etílico y unas líneas de luces led iluminan la amplia sala, desde las mesas verdes en forma de isla hasta los monitores de las computadoras. En la arista opuesta del techo, cuelgan unos canales de ventilación que respiran a un volumen que no llega a ser molesto, pero alcanza para tapar el ruido procedente de la oficina y el pasillo.

Tomo la hoja de trabajo del día. Tengo que preparar todo para cuando lleguen los doctores. Por lo cual voy al depósito, un lugar frío y mal ventilado, que podría recorrer con los ojos cerrados, y saco de los armarios los recipientes e instrumentos a utilizar. Jeringas, tubos de muestra, sedantes y otras cosas más. Por último, tildo en la planilla lo que tengo y busco lo demás.

Estoy en la oficina del laboratorio cuando escucho que tocan la puerta.

- Hola – saludo.

- Buenos días. Traigo esto desde Zoología. Firmame acá – dice, mientras me pasa una planilla.

Tras irse me deja un carro mesa, que tiene sobre él una caja cubierta con una manta oscura.

Mientras la llevo hacia el interior del laboratorio, escucho como Luci discute con dos colegas. Qué raro, ella no suele impacientarse tanto por la demora del resto de laboratorios, y ellos no suelen responderle en ese tono.

Camino a la oficina y leo la agenda del día. Unos minutos más tarde, veo a través de la ventana cómo Luci y el otro doctor efectúan los experimentos. No es sólo curiosidad, me corresponde dejar constancia por escrito de los procedimientos.

Luci, que lleva guantes color violeta que llegan hasta sus codos, quita la manta y descubre una caja de acrílico transparente. Dentro de ella se encuentra una rata, adormecida por efecto de la anestesia. Me pregunto si estará infectada por el virus.

Con sumo cuidado, el doctor coloca sus manos en los guantes que la caja trae incorporada. Luci abre la compuerta exterior e introduce una jeringa. Tras cerrarla, el doctor abre la interior y toma la jeringa, mientras con la otra mano cierra la compuerta. Picha la rata y extrae una muestra de sangre. Con el mismo cuidado sacan la jeringa y vierten el contenido en un tubo de muestras.

Seguidamente, ingresan un alicate y hacen unos cortes, obteniendo una muestra de pelo y otra de piel. Por último, introducen tres hisopos y efectúan un raspado bucal.

Una vez terminado, Luci sale y se quita los guantes.

- ¿Portadora? – le pregunto.
- *Perdón* – responde frunciendo el ceño.
- La rata.
- Ah. Ahora sí – dice rápidamente - Sí, tiene la cepa.
- Gracias.

Luci asiente con la cabeza y sale por la puerta. Probablemente pasará por los demás laboratorios, para ponerse al tanto de los progresos de los demás investigadores, o quizás no.

Entro nuevamente al laboratorio para catalogar las muestras, con ayuda de otro asistente. Por último, limpiamos y ordenamos todo para dejar el laboratorio tal como estaba horas atrás.

Ya por la tarde, asisto otro par de experimentos y cumplo con algo de trabajo de oficina.

Terminado mi turno, paso rápidamente por el Salón. La gente habla frenética y quejosamente, creo que si me quedo acá no voy a lograr más que aumentar mi ansiedad. Tomo mi vianda y la llevo hasta mi dormitorio, dónde puedo comer solo.

- Volviste temprano – digo sorprendido tras entrar.

Alan, que usa el pelo corto y una prolija barba candado, está recostado en la cama inferior de la cucheta, con las manos tras la nuca.

- Si – responde sin apartar la vista de la parrilla de mi cama- Mi jefa estaba tan ocupada con el CEA que olvidó hacer mi planilla de trabajo. Así que me puse a desarmar unos radioteléfonos y salí temprano.

- Bueno, mejor. *¿O no?* – le digo, mientras dejo la bandeja sobre el pequeño escritorio.
- Sí, ponele.
- Entonces, ¿por qué andás tan pensativo? ¿Te enteraste de algo?

Alan niega con la cabeza.

- Sabés que son muy cuidadosos – comenta- Y a Caro no se le escapa nada.

Me siento para comer, dándole la espalda. Tomo la cuchara y me llevo lo que sea que tenga esa pasta amorfa e inodora a la boca. El gusto pudiera ser peor, así y todo cierro los ojos y tomo un sorbo de agua para pasarlo.

No quise hablar del tema con Pablo, aunque tal vez Alan tenga información de primera mano. Como encargado de mantenimiento mecánico del Bunker, asiste eventualmente la preparación de los equipos de expediciones exteriores. Si alguien puede decirme algo, es él.

- Hay rumores- digo repentinamente, como si estuviese pensando en voz alta – Se dice que los resultados fueron buenos, y están decidiendo si lanzar o no una expedición de exterminio. Pero también escuché otra cosa, que me preocupa y mucho.

- ¿Qué cosa?

- Escuché que la vegetación está comprometida, y que quieren asegurarse antes de dar malas noticias que debiliten la moral.

- *Mmm...* No creo que sea eso. Hay mucho movimiento de equipos y mucho secretismo, pero los de agricultura no parecen estar participando.

- ¿Qué tipo de equipos? - pregunto
- Cosas pesadas. Trajes blindados, carros de carga...
- ¿Por qué estarían moviendo los trajes *luego* del Comando?

Alan no me responde. No le gusta lanzar acusaciones sin estar seguro. Sin embargo, lo que acaba de decirme apunta en una sola dirección, están preparando otra salida al exterior. No tengo

idea con qué propósito lo harán, pero por todo el secretismo debe ser importante, y él lo sabe.

Día 23 DB: Psicología

La estabilidad psicológica de los refugiados sigue siendo un tanto delicada. El Concejo está haciendo todo lo posible para evitar que la moral caiga aún más bajo de lo que ya está.

A pesar de que sea todo un fastidio, creo que lo que están haciendo es muy necesario.

En la antigua China, se utilizaba el goteo de agua como método de tortura. Cada cinco o diez segundos, una gota de agua fría caía sobre la frente de un prisionero maniatado. Al cabo de unas horas, la repetición adormecía la zona y comenzaban a lastimar su piel.

Sin embargo, lo peor no era el dolor físico, ni tampoco la ansiedad. La verdadera tortura consistía en que, cada tanto, el goteo se detenía de manera inesperada, para luego volver a comenzar.

Esa intermitencia les impedía dormir, por lo que, al cabo de unos días, el sueño los alteraba enormemente. Además, el hambre y la deshidratación también hacían lo suyo, no poder beber agua simplemente los volvía locos. Pocos días después todos cedían y confesaban, o morían de un paro cardíaco.

De una manera similar, los habitantes del Búnker vivimos en un equilibrio complejo y delicado. Un pequeño cambio puede hacer que algo colapse.

En situaciones tan hostiles, nadie puede saber cuánto resiste la mente de una persona, cuanta presión y cuánto tiempo harán falta para que un día se quiebre súbitamente.

4

Cuando despierto la alarma está sonando. Estiro los brazos para despabilarme, dejando escapar un bostezo.

La alarma se detiene y Alan enciende la luz. Noto ojeras sobre sus párpados y reflexiono que en ausencia de ronquidos se duerme mejor.

Bajo de la cucheta y comienzo a vestirme. Repentinamente suenan los altavoces:

- Atención a todos. Tenemos un anuncio que hacer, por favor dirigirse al Salón general. En diez minutos comenzamos.

Salgo rápido al pasillo con la intención de pasar por el baño y llegar temprano al Salón, para asegurarme un buen lugar. Creo que tengo buenas chances de conseguirlo, hasta que las risas me hacen darme cuenta de que tengo remera y zapatos, pero no pantalones.

Ya vestido como una persona normal, voy directo al Salón, sin detenerme en el baño. Quiero ver todo de cerca, sea lo que sea.

Al llegar, lo primero que advierto es lo lleno que está. Creo recordar una concurrencia similar en algún otro anuncio, aunque no con tanta puntualidad, dado que la mayoría somos argentinos.

- Marcos – grita Pablo desde cerca del escenario.

Camino hacia él, que me espera sentado sobre dos sillas. Se levanta y me pasa una.

- Gracias – le digo mientras nos sentamos mirando al escenario, todavía vacío - ¿Alguna novedad?

- *Según oí*, alguien filtró info anoche – dice Pablo, un tanto a la defensiva – Parece que son buenas noticias.

- Y parece que todos se enteraron – agrego mirando a la muchedumbre.

- Sí, más o menos. Según se dice... vamos a salir pronto.

- Ah, ¿sí? – pregunto, un tanto confundido - ¿estás seguro?

Pablo suspira y se encoje de hombros.

No sé qué pensar. Ayer, Alan me dijo una cosa, ahora Pablo otra. Ya se cumplieron dos años desde que llegué a este refugio y me acostumbré a vivir con luz y aire artificial, dos años sin ver el sol, la lluvia o algún horizonte que renueve mi optimismo.

De repente, todas las miradas se dirigen al escenario y aparece el director.

- Atención, por favor guarden silencio, voy a comenzar.

El director se detiene en el centro del escenario, serio e inexpresivo. Tras sus lentes, logro apreciar que tiene los ojos enrojecidos, probablemente por una larga noche.

No me sorprende verlo cansado o nervioso, pero si las noticias son buenas, ¿por qué no mostrarse alegre? ¿Hace falta conservar la seriedad para transmitir noticias positivas? Algo no anda bien.

- Como ya saben, hace dos días los técnicos partieron hacia el exterior. Normalmente procuramos que la información llegue a ustedes tan pronto como sea posible, pero unos sucesos inesperados nos impidieron cumplir con eso – El director baja el micrófono y hace una breve pausa, en el público nadie habla – Lo que sucedió es que los exploradores nunca regresaron – se oyen algunos murmullos, pero continua rápidamente - No queríamos asustarlos innecesariamente y

por eso pospusimos el anuncio hasta tener más información. De inmediato comenzamos a preparar una expedición especial para ver qué había pasado.

Alan me había explicado cuan improbable era que alguien muera en una expedición. Los exploradores salen equipados con un armazón blindado que los protege de golpes, mordeduras y líquidos corrosivos, además de un exoesqueleto que les permite transportar mucha carga en casi cualquier terreno.

- Lo que descubrimos es que los exploradores se habían quitado sus cascos. Creemos que tal vez quisieron aprovechar la ocasión y respirar aire fresco. Probablemente sus instrumentos les confirmaron que eso era una buena idea, que no había ningún tipo de contaminación aparente – se detiene y respira profundamente - El problema fue que no estaban solos. En cuanto se quitaron los cascos, fueron atacados por víboras que saltaron sobre sus rostros y los mordieron – dice gravemente - El veneno provocó una inflamación que obstruyó sus vías respiratorias y, en pocos minutos, provocó sus muertes. Convoco unos minutos de silencio para honrar sus vidas.

El director aleja el micrófono y baja la vista. El silencio inhalaciones agitadas y ligeros temblores nerviosos, sólo interrumpidos por el chirrido de los parlantes.

Toma nuevamente el micrófono y prosigue:

- Todavía estamos analizando qué impacto tiene esto en nuestro cronograma. Por el momento, estamos preparando otro Comando para ver un panorama más general, ya que dadas las circunstancias no se realizaron registros de la situación exterior. Pido paciencia a todos. Les doy mi palabra de que informaremos a la brevedad.

A raíz del discurso, en el laboratorio duplicaron los turnos. Como de todos modos no suelo dormir mucho por la noche, decidí ser voluntario.

A nuestro laboratorio le asignaron estudiar el veneno que acabó con la vida de los exploradores. Así que eso es lo que hacemos de mañana y tarde.

El veneno corresponde a una especie del género *Micrurus*, comúnmente conocida como Serpiente de Coral.

Estas serpientes son realmente mortíferas. Cuando alguien es mordido por una de ellas, el veneno comienza adormeciendo los pies, e induciendo químicamente un estado de angustia y desesperación. Luego contrae la faringe impidiéndole tragar, hasta que finalmente muere asfixiado.

Sin embargo, el veneno de una Coral tarda un mínimo de cuarenta minutos en provocar la muerte de un adulto sano. En cambio, el forense asegura que los expedicionistas murieron antes de los cinco minutos.

Entro a la oficina por la noche. Luci está sentada frente a la computadora, su pelo suelto le cae sobre la espalda contrastando con el blanco de su guardapolvo y sus coloridos lentes.

- Hola, Luci – saludo algo tímido.

- Hola, Marcos – responde apartando la vista de la computadora- En el laboratorio cuatro están comparando el veneno con los de otros reptiles del Arca. No creo que encuentren nada interesante, así que mientras tanto quisiera hacer unas pruebas en animales.

- Entiendo.

- Bien. Voy a necesitar que me asistas. ¿Podés preparar todo mientras termino con esto? – pregunta apuntando al monitor.

- Si, obvio.

Busco del armario los instrumentos y los llevo al laboratorio. Mientras espero, aprovecho a leer la guía del experimento. Nada nuevo, vamos a probar el veneno en ratas.

Las ratas se reproducen fácil y rápido, por eso siempre fueron usadas por los científicos

de todo el mundo, y ahora también por nosotros.

- Tengo buenas noticias - interrumpe Luci, trayendo un carro con una manta que cubre los cubículos de acrílico – Bueno, pensándolo bien, espero que no seas animalista.

- No, no lo soy – respondo, intrigado.

- Uh, que suerte – dice con un leve suspiro - Conseguí un animal enfermo que no pueden curar. Tiene unos cuarenta kilogramos, por lo que el efecto del veneno debería ser más cercano al de los exploradores. *En teoría.*

- Claro. ¿Qué animal es?

Acerca el carro y retira la manta. Es un minicerdo color rosa, que tiene los ojos entrecerrados y le tiemblan las piernas.

- ¿Estás bien? -pregunta preocupada, probablemente porque me quedé mudo por un rato.

- No, no pasa nada. Me acordé que mi hermana tenía uno.

{Un día, cuando era chico, acusaron a mi padre de malversar fondos del municipio. Al parecer hubo unos arreglos algo turbios con una empresa de la zona. La noticia no demoró en extenderse por la familia y los conocidos.

Mi padre puteaba todo el día, estaba resentido porque lo hayan agarrado, pero no sentía culpa alguna. Mi madre, en cambio, estaba indignadísima, y antes de fin de mes tramitó el divorcio.

Un asistente social nos preguntó a mi hermana y a mí con quién queríamos ir. Alessia siempre había sido muy apegada a papá, y no quería dejarlo. Nadie pudo convencerla de quedarse con nosotros.

Yo no podía aceptar que, tras todo lo sucedido, eligiera quedarse con él. Estaba frustrado, y le dije cosas de las que no me enorgullezco.

Durante el juicio nos embargaron los dos autos y otras cosas más. Cuando todo aquello terminó, ambos se mudaron a Europa con mis abuelos. Desde entonces nunca volvimos a hablarnos}.

- Lo siento mucho. Es difícil saber qué puede despertar recuerdos.

- No te hagas problema.

- ¿Necesitas un minuto? ¿Quieres hablar de eso?

- Está bien, en serio, no pasa nada -digo rápidamente, atajando con las manos - En realidad, sólo quiero saber qué pasó en el CEA.

- Entiendo. ¿Te parece que empecemos por la rata?

- Dale.

Introduce las manos en los guantes violeta de la caja y toma la rata. Yo cargo la jeringa con las muestras del veneno y se lo paso a través de la compuerta. Ella se lo inyecta a la rata y la suelta rápidamente. Enciendo el cronómetro y ella quita la jeringa por la compuerta, seguidamente saca las manos.

Asustada, la rata comienza a dar vueltas por la caja, rasga una pared y luego otra. Pisa con dificultad y pronto tropieza, cayendo al suelo. Recostada de lado, se agita fuertemente y pocos segundos más tarde se detiene, quedando totalmente inmóvil.

Detengo el cronómetro. Ella guarda la jeringa

- Tiempo para que el veneno resulte letal: – digo- nueve segundos. ¿Cuánto le suministraste?

- La mitad de la dosis letal teórica. – responde Luci, frunciendo el ceño - Según zoología la muerte debería llevar...

- Casi un minuto – la interrumpo, sorprendiéndola – Leí el informe.

- ¿Será una anomalía?
- ¿En corales que atacaron a *tres* exploradores distintos? – digo en un relámpago de lucidez. Luci niega con la cabeza.
- Tenés razón – admite - Tiene que ser una mutación. Me pregunto qué tanto más fuerte es – dice con la cabeza ladeada.
- ¿Y si... - pregunto - probamos con el mini pig?
- Creo que puedo hacerlo sola – responde, volviendo la vista hacia mí - No quisiera...
- *Insisto*, quiero ver.

Luci asiente y la sigo hasta la mesa verde oscuro. Introduce lentamente las manos en la caja y yo cargo la jeringa, esta vez con una dosis completa.

Al instante que aplica el veneno, el minicerdo gime y se aleja. Luci saca rápidamente la jeringa y se aleja de la caja, sin alejar la vista. Miro los segundos mientras escucho los gritos del pobre animal: dos, tres, cuatro, cinco.

No tiene lugar suficiente para correr, así que empuja las paredes con su hocico y tiembla. Se puede ver su preocupación, quiere salir a toda costa, huir de ahí.

Luci traga saliva con dificultad y el cronómetro marca el minuto. Las patas traseras del animal se doblan lentamente y parece sentarse, luego también se le duermen las delanteras. Minuto y medio.

Los gritos parecen más gastados y entrecortados que antes, Luci mira hacia otro lado. Ahora el minicerdo jadea con fuerza. Dos minutos.

Gritos y jadeos cesan por completo, más tarde también los temblores. Detengo el cronómetro.

- Dos minutos, veintisiete segundos.

Luci finge una sonrisa y va hacia la oficina.

Por la ventana veo que se sienta en el escritorio. Tal vez redacta el informe, tal vez no.

Me pongo a esterilizar y guardar los instrumentos. Por último, cargo las cajas con los cadáveres sobre el carro y los llevo hasta Zoología. No doy demasiadas explicaciones.

Terminamos el turno a la madrugada. Tal como se esperaba, el veneno tuvo el mismo efecto en todos los experimentos. La explicación parece ser unívoca: las corales mutaron.

Día 27 DB: Rutina estricta

Fabiano me explicó que el Concejo insiste en emular la agenda urbana de trabajo de 9 a 17, para cuidar de nuestro bienestar. Parece que en ausencia de luz solar es difícil mantener los ciclos circadianos y, a largo plazo, la salud general.

En parte es cierto, sin embargo también creo que es para controlar todo con mayor facilidad, necesitan que la gente trabaje, obedezca y no haga demasiadas preguntas. No sé bien qué, pero estoy seguro de que el Concejo oculta algo.

Volviendo a la organización del refugio, para mantenerlo seguro y funcional, las áreas de Logística y Economía llevan adelante un programa de tareas e incentivos que anda bastante bien.

En primer lugar, raciones básicas de comida y agua están garantizados a todos, sin excepción. Asimismo, la ropa también es gratis, aunque eso es una necesidad visual más que nada, nadie quiere ver a ningún vagabundo desnudo.

Segundo, los que trabajamos en una cosa u otra, recibimos un insignificante sueldo. Este, varía de acuerdo a nuestro puesto, cantidad de horas extras y a nuestra *colaboración*; es decir, según nuestro agrado para acatar órdenes y no hacer lío.

Con esa guita podemos comprar vales para comidas especiales, ir al cine o participar en deportes y actividades recreativas. No te alcanza para una mierda, pero igual tenemos que gastarla rápido porque los precios aumentan constantemente.

5

- Marcos, despertate. ¡Dale! – dice Alan, agitando mi hombro.

Abro los ojos y la luz me encandila, así que me tapo la cara con las sábanas.

- Dale, Marcos. Arriba. Van a hacer otro anuncio. En menos de diez minutos.

- ¿Otra vez? – rezongo.

Bajo de la cama y noto que tengo la ropa contra la cara, al parecer Alan me la tiró. Mi cuerpo está de pie, pero mi cabeza sigue en la cama.

- Vestite – dice, moviendo la cabeza hacia los lados.

- Necesito una ducha.

- Andá después. Dijeron diez minutos.

- Más de lo que necesito.

Camino por el pasillo, descalzo y en pijamas, hacia el baño. En el trayecto voy esquivando y chocando a todos los demás, que van en sentido contrario.

Cuando llego, ya casi no queda nadie. Dejo mi ropa en una mesa y entro en mi ducha favorita. Cierro la cortina, abro la canilla, respiro hondo y me meto bajo el agua.

Está fría, bastante. Me pongo champú en el pelo, enjabono lo mínimo e indispensable y cierro los ojos mientras el agua depura todo.

Nada mejor que una ducha helada para despabilarse. Por último, lavo mi cara y cierro la ducha.

Abro la cortina semi difusa y agarro una toalla. Miro el reloj de pared, todavía me quedan cuatro minutos.

Me seco y me visto velozmente. Jean, remera gris, y zapatillas sin atar. Tres minutos.

Salgo al pasillo y junto a los últimos rezagados me dirijo al Salón.

Cuando llego, al director está subiendo al escenario.

- Hola a todos. Tenemos los resultados de la situación del exterior. En primer lugar, me complace informarles que la vegetación se encuentra en buen estado.

{Cuando el virus comenzó a propagarse, años atrás, lo primero que hizo fue alterar el comportamiento de los animales, principalmente sus hábitos alimenticios y defensivos. Rápidamente entendimos que muchas especies supuestamente inofensivas ahora eran agresivas y hasta letales.

Ya dentro del Bunker, descubrí que eso no era todo. Así como animales herbívoros e insectívoros nos atacaban, animales carnívoros destruían cultivos y plantaciones. Los pesticidas repelían plagas e insectos, más no ganado. Además, algunas especies se atacaban entre sí sin patrón alguno.

Cuando se realizó el primer Comando Exterior Anual, el informe oficial indicaba que la flora estaba muy desmejorada. Zoología desconocía tenía dos escenarios teóricos para la situación.

El primero era que la flora se continuaría destruyendo, pero que pronto muchas especies se extinguirían, ya sea por la ferocidad de otras especies o por la falta de vegetación de la cual alimentarse. Luego de eso, la flora debía recuperarse.

El segundo, y más improbable, consistía en que abejas y otras especies fundamentales

para la reproducción vegetal se extingan. Si eso sucedía, cerca de la mitad de los cultivos que conocemos hoy en día dejarían de existir}.

- Como ya saben -sigue el director- el principal objetivo de los CEAs es observar la fauna infectada y pronosticar cuándo acabará por disminuir, dada su naturaleza monstruosa y depredadora. Con esa información decidimos cuándo será el momento de regresar.

No sé por qué dijo aquello. No creo que quede alguien en el Búnker que no lo sepa ya. ¿Será que aún le queda por decir la mala noticia? ¿Qué es lo que le cuesta tanto decir?

Aún tenemos margen de tres años o más para conservar la población animal sana, según me ha dicho Pablo. ¿Acaso descubrieron que algunos animales mutaron y son más mortíferos que antes?

- El comando descubrió que la fauna no disminuyó según las proyecciones, sino todo lo contrario: está *más* extendida que antes – sentencia el director - Creemos que las especies dejaron de atacarse entre sí. Incluso parece que los ecosistemas están más saludables que antes.

El director se muerde el labio por un segundo y luego continua:

- Esto es sin dudas una piedra en nuestro camino. Pero no se preocupen, es una que *podemos* superar. Para eso, los laboratorios de Investigación y Desarrollo tienen que trabajar en una vacuna que evite que los animales nos ataquen, y así poder regresar al exterior de forma segura. Eso es todo, gracias.

No soporto el griterío que hay en el Salón, así que llevo una taza de café al laboratorio y lo tomo lentamente.

Necesito encontrarle un sentido a lo que acabo de oír. Estoy absorto en mis pensamientos, hasta que advierto que tengo compañía.

En el fondo del laboratorio, está la caja del minicerdo, abierta. Siento algo respirando atrás mío e inmediatamente giro sobresaltado, listo para defenderme o correr. Para mi sorpresa, es Luci, que al ver mi reacción se ríe a carcajadas.

- Perdón, no sabía que eras asustadizo

- No, no lo soy, es que la jaula estaba abierta y...

- ¿Y qué? ¿Creíste que el mini pig muerto iba a revivir y buscar venganza?

- Está bien – digo, admitiendo la derrota

- Lo siento. Cuando entraste vi la oportunidad y no lo pude evitar. Necesitaba distraerme de todo este tremendo lío.

- Sí, yo intentaba hacer lo mismo.

- No sé si llegas a dimensionar lo que pretenden que hagamos.

- Estaba pensando en eso – respondo - Si los animales infectados andan sueltos, habría que vacunarlos a todos, y no sólo a los sanos.

- Si. Eso, o lo que dijo el director: hacer una vacuna para nosotros.

- ¿Cómo para nosotros? – pregunto confundido.

- Algo para que no nos quieran comer – responde encarnando una ceja

- ¿No sería eso...

- Sí. Imposible. Tendríamos que ser portadores de una cepa modificada... o crear otro retrovirus que revierta o inhiba la mutación en los animales. Y no veo cómo podemos hacerlo - dice cruzándose de brazos.

- Vos sos la epidemióloga, no yo. Y de vacunas sé poco y nada.

- Para ser portadores... Tendríamos que alterar nuestro propio ADN, a voluntad. No hay forma de que podamos hacer eso, es tecnología que nunca se desarrolló en la Argentina.

- ¿Y para alterarlo en etapas prenatales? ¿Algo así como ingeniería genética y fecundación

in vitro? – digo, a modo de brainstorming.

- No sé. No es mi área.

- Tal vez podríamos averiguar.

- De cualquier manera - dice tras un suspiro - no creo que tengamos tiempo suficiente para criar toda una generación.

- Y yo no quiero pasar toda mi vida en el Búnker.

Permanecemos en silencio un instante. Nunca la había visto así, mirando abatida hacia abajo y enredándose el pelo con la mano.

De pronto, levanta la vista y me sorprende, mirándola detenidamente. Quedo inmóvil sin saber qué decir.

- Buenos días - saluda Tom, uno de los doctores más viejos e irritantes de I+D - ¿Qué hacés tomando café en el laboratorio, Marcos?

- Hola Tom. Necesitaba desayunar en paz. No me entusiasma la histeria de las multitudes.

- A mí tampoco – dice Luci, mirándome a mí y luego a Tom.

- Que no se te haga costumbre.

- Será mejor que empecemos – interrumpe Luci - Algo me dice que pronto nuestro programa se va a poner de cabeza. Intentemos terminar lo que tenemos pendiente lo antes posible.

Toc, toc, toc, se oye. Los tres volteamos hacia la puerta. Atiendo, firmo la planilla y me dan un sobre de papel madera.

- Están los resultados del veneno de las corales.

- *A ver...* - dice Tom, quitándose el sobre - Miren como varía la cantidad de neurotoxinas...

- A mí me preocupa más la variedad de los catalizadores – agrega Luci.

- Eso es aún más extraño - digo- ¿Es posible que eso suponga algún cruce entre especies?

- Entre muchas otras opciones – responde secamente Tom.

- Bueno, ya podemos explicar por qué fue tan rápido el efecto – concluye Luci – ¿Qué tenemos que hacer para hoy?

- Me indicaron que trabajemos en una vacuna contra la nueva coral – responde Tom – Aunque podríamos desligarnos argumentando que necesitamos ayuda de los demás laboratorios. Así que terminemos todo el trabajo pendiente y esperemos a ver qué se traen los *cráneos* del Concejo.

- Y mientras tanto, los exploradores tendrán que salir con casco – digo, y Tom me fulmina con la mirada, mientras Luci se muerde el labio y mira hacia otro lado.

La mañana es bastante tranquila, hago lo de siempre y salgo temprano.

Ya por la tarde, están listos los resultados de Zoología y del laboratorio cuatro.

Las corales sufrieron una gran mutación en su ADN que se vio reflejado en sus glándulas de veneno, generando más proteínas por centímetro cúbico de veneno. Creímos que era un efecto del virus, sin embargo el resto de los animales analizados no presentaron mutaciones tan significativas.

Terminado mi turno, necesito recuperar las horas de sueño, ¡y comer!, me muero de hambre.

Parto rumbo al Salón, hago fila y pido que me sirvan en la bandeja todo lo que entre, sea lo que sea. Como la porquería en silencio y regreso a mi dormitorio.

No contaba con que Alan iba a ahogarme con preguntas que yo no podía o no tenía ganas de contestar. Respondo todo lo que puedo en el trayecto a la cama, subo la escalera y me dejo caer boca abajo sobre el colchón.

6

Despierto por la madrugada, culpa de toda el agua que había tomado. Agarro mi libreta y voy hacia el baño, donde hay luz las veinticuatro horas del día y puedo escribir.

Los descubrimientos de los últimos días cambian todo lo que creíamos saber sobre el virus y el exterior. Me pregunto si el director o el Concejo serán conscientes de eso.

El Concejo se ocupa de mantener el orden del refugio y el director de las actividades del CePIR. Pero no hay nadie con conocimientos de biología en puestos jerárquicos.

Ese es el problema de la exacerbada división de tareas, nadie tiene una visión general de dónde están parados. Si no conocemos con exactitud lo que sucede afuera, de poco sirve lo que hagamos acá dentro.

Si tan sólo hubieran atendido mis advertencias.

Día 734DB (día 4 del año 2): Especulaciones sobre el Virus

Cuando comencé a trabajar en el Laboratorio N°7, los investigadores discutían sobre el origen del virus.

Algunos culpaban a laboratorios experimentales de Centroamérica, dónde las legislaciones eran excesivamente laxas y los laboratorios contaban con medidas de bioseguridad muy precarias.

Otros decían que debía provenir del pequeño meteorito que cayó años atrás, al igual que la vieja teoría de la Panspermia^[1] sobre el origen de la vida.

También estaban los conspiranoicos, que creían en un virus deliberadamente diseñado para reducir la población y tomar el poder, o directamente acabar con la especie humana.

Siempre me pregunté por qué nadie se animaba o tomaba el trabajo de argumentar que, tal vez, podía haber surgido naturalmente, como la Hepatitis o el VIH.

Luego, en algún momento que no pasó del segundo o tercer mes, los interminables experimentos y las eternas discusiones cesaron. Era un callejón sin salida.

Inicialmente, cuando el virus se propagó, los animales parecían haber enloquecido y poner en peligro los biomas. Creímos que estarían casi extintos para esta fecha, pero algo extraño sucedió estos años y parece que finalmente hallaron la paz.

Aunque esa paz es interna, no con nosotros ni con los animales del Arca. Quiero creer que hay una alternativa por descubrir. De lo contrario estaríamos ante una guerra contra el resto de las especies, una guerra imposible de terminar.

Día 717 DB: La regla del 3

Alan me explicó la regla del número tres, una mnemotécnica de supervivencia.

Para perder la homeostasis hacen falta tres minutos sin oxígeno, tres horas sin abrigo, tres días sin agua o tres semanas sin comida. Tener esas cuatro cosas no es garantía de seguir con vida, podés morir de un accidente, enfermedad u otra cosa. No obstante, con faltarte sólo una de ellas, tenés una muerte asegurada.

Con el fin de asegurar el flujo de oxígeno a lo largo de todo el edificio, sin dejar entrar a los infectados, un canal de ventilación recorre los pisos y mantiene el aire en constante renovación. Gracias a más de cuarenta tomas de aire, una serie de compresores conectados a un gran pulmón y un sistema de filtrado en tres etapas, se consigue que el aire que circula sea mucho más limpio que el de afuera. Para evitar la acumulación de humedad, se somete las cañerías a cambios de presión para que condense y el agua evacúe por válvulas de escape.

El aire no es ningún problema. Eso sí, consume muchísima electricidad y los paneles solares no dan abasto. Por más que en los pisos inferiores haga bastante frío durante el invierno, la calefacción no es una opción. Para solucionar eso, tenemos unas feas camperas que te tocan al azar.

El agua se extrae principalmente de napas. Como hay muchas personas consumiendo a diario, el agua que sale de las duchas se reutiliza para riego y limpieza. Lo que sale de talleres, baño o cocina, pasa por unas largas tuberías que descargan en una gigantesca red de fosas sépticas y pozos ciegos fuera del Búnker. Sí, re ecológico.

La alimentación, por otra parte, consiste principalmente en dos grandes depósitos de conservas en lata y alimentos no perecederos. También hay algo de cultivos hidropónicos y algunos tubérculos. Cada tanto, cuando muere algún animal del Arca hacen un banquete, pero igual no alcanza para casi nadie y te sacan la cabeza con el precio.

Para aprovechar los desechos de comida, se usa un gran biodigestor que descompone la materia orgánica y la transforma en gas, que luego se usa para cocinar.

Como la electricidad es escasa, hay un programa de racionamiento. Por eso no tenemos luz en los dormitorios en determinadas horas, y la iluminación en los sectores dónde no se trabaja es muy tenue. Las computadoras no se usan donde no es estrictamente necesario, y para la comunicación se usan Radios o Walkie Talkies, aunque muy pocos tienen una.

Llega el fin de semana, decido tomármelo con calma y hacer algo de ejercicio para despejarme. De ahora en adelante, los días en el laboratorio van a ser cada vez más intensos y quiero estar a la altura, así que a recargar energías.

Entro en el gimnasio, una sala mediana y bien iluminada, con piso color naranja y paredes grisáceas. Los equipos, pesas y colchonetas están corridos hacia los extremos, y en el medio se extienden dos mesas de Ping Pong, rodeadas por dos filas de sillas plásticas.

- ¡Marc! – me saluda Pablo - ¿Cómo andás?

- ¡Genial! – respondo, mientras estrechaba enérgicamente su mano y palmeo su espalda.

- Me alegro mucho. Deben estar a full en el laboratorio, ¿no? Digo, ahora que tienen que hallar una vacuna distinta.

- Si. Bueno, en realidad no – digo vacilante, Pablo frunce el ceño – No es sólo una vacuna diferente, es una alteración de nuestro ADN. Y parece bastante jodido, por lo menos según Luci.

- ¿Qué Luci?

- Mi jefa de laboratorio.

- ¡Ah, sí! La colorada – dice asintiendo con la cabeza – Me acuerdo. ¿Estás pasando tiempo con ella?

- Sí, algo así.

- Bueno, me alegro por vos. Con la sal que venías teniendo, algún centro te tenía que caer.

- Gracias. ¿Y en Zoología?

- Nosotros estamos con doble turno para sumariar todo. El Concejo está como loco para que volvamos a hacer otra proyección de cuánto puede aguantar el Arca.

- ¿Y? ¿ya se sabe algo?

- Están haciendo todos los cálculos. Los resultados van a estar el lunes. Fede – el jefe de Zoología, y amigo de Pablo - cree que tal vez aguante unos diez años, quizás un poco más. Tal vez perdamos algunas especies, pero no las esenciales.

- Es bueno saberlo.

- ¿Y Alan? ¿Cómo anda?

- Ansioso y ocupadísimo, como siempre, pero un poco más pasado de rosca.

- Veo. ¿Trajiste guita? – pregunta.

- Sí, estuve haciendo horas extras.

- ¡Genial! ¿Hacemos un torneo?

- De una.

Vamos hasta la mesa de control y nos inscribimos a uno de los torneos.

- ¿Cómo se van a llamar? – pregunta el señor.

Intercambiamos miradas con Pablo, en busca de ideas. No se me ocurre nada.

- Atlético... – dice Pablo.

- Atlético S.O.S. – completo.

- Muy bien. Son quinientos pesos.

- ¿Cómo son los premios? – pregunto, mientras pagamos a medias.

- Vales de comida por más de mil pesos para la pareja ganadora, y por quinientos para el

segundo puesto. Además, ambos clasifican a la Supercopa.

Nos sentamos a esperar que se llenen las vacantes, aún faltan dos parejas. El torneo tiene dos grupos con cuatro parejas cada uno, se jugaba al mejor de 3 sets y los dos primeros pasaban a la semi final.

- *La puta que los pario* – dice Pablo de repente.

- ¿Qué pasa?

- Mirá – señala hacia la mesa dónde nos habíamos anotado. Un hombre y una mujer, delgados y de rasgos orientales, estaban haciendo fila – *Chinos de mierda.*

- Aguantá, que sean orientales no significa...

- Los conozco, cada vez que se presentan llegan a la final.

- Está bien – concedo - Estamos al horno.

- Ojalá no les toque en nuestro grupo. Voy a preguntar.

- Dale, te espero.

{Pablo fue mi primer compañero de dormitorio. Es delgado y de baja estatura. Habla rápido con voz chillona, tiene muchos tatuajes y le encantan los deportes.

Cuando empezamos a convivir no fue sencillo, pasamos todo un mes sin hablarnos. Al igual que la mayoría, todos teníamos temores y cicatrices sin cerrar.

Los psicólogos estuvieron meses hablando acerca de la culpa del sobreviviente. En cada sesión, nos invitaban a conversar sobre nosotros mismos y del pasado. Sin embargo, sobre lo que más insistían, era que hagamos nuevos vínculos, y nos diéramos la oportunidad de continuar con nuestra vida.

Por aquel entonces, yo pasaba las noches sin apartar la vista del techo, sólo volteando para escribir alguna que otra cosa en mi libreta. Era mi forma de hacer las paces con todo lo que había quedado atrás.

Pablo, en cambio, no había escrito una sola palabra en la suya. O tal vez sí, pero había arrancado la primera hoja y el resto estaban intactas.

Un día, partió al trabajo temprano. Cuando estaba por hacer lo mismo, hallé en el suelo una fotografía dada vuelta, debía haberse caído de su libreta. La levanté.

Había una mujer sonriendo a la cámara. Decidí guardarla en mi libreta para que nadie la tomara. Creí que le estaba haciendo un favor, sin embargo cuando se la devolví por la noche advertí que no era así. Pablo estaba como loco.

Me insultó y gritó, a tal punto que uno de los guardias de seguridad acudió a ver qué pasaba.

Entre los dos logramos calmarlo, luego de un buen rato. Entonces el guardia le pidió que lo acompañe. Yo le dije que estaba bien, que solamente necesitaba desahogarse. Tras insistirle, se retiró y yo cerré la puerta.

“Dalma” me dijo débilmente. Era su esposa, que había sido una de las primeras víctimas de los caranchos asesinos. Con autoridad de veterinario, Pablo le había dicho que no tenía de qué preocuparse, que eran mitos urbanos}.

- *Zafamos*, estamos en el grupo B, ellos en el A – dice Pablo.

- Entonces, tenemos chances de avanzar a la semi final, ¿o no?

- Eso parece, no conozco el resto de las parejas.

- Hipotéticamente... -digo – Si quisiéramos evitar jugar contra ellos, tendríamos que clasificar primeros en el grupo.

- Sí, así jugaríamos contra el segundo de su grupo.

- ¿Y no hay chance de que ellos salgan segundos?

- No, *olvidate*.

El árbitro se acerca a las mesas y nos indica con la mano que faltan cinco minutos. Nos acercamos y vemos al otro equipo, dos hombres altos, algo canosos y bien cabezones.

- De este lado – dice el árbitro - *Atlético S O S* contra *Perro viejo*.

- ¿Peloteamos? – pregunto.

- Dale – responde uno de ellos.

Tomo una de las paletas y espero el servicio. Ellos comienzan despacio, la pelota pica de un lado de la mesa y luego en el otro, yo la devuelvo amigablemente. El otro le pega hacia una esquina, y yo dejo lugar para que Pablo responda. Así una y otra vez.

- Ya pueden empezar – avisa el árbitro.

- Vamos por el saque – dice el más joven.

- Dale.

Tira la pelota con la mano y desde el otro lado le pega Pablo de revés. El señor la devuelve y esta vez le pego yo. Da contra la red. Puta madre.

- Saca Perro viejo -dice el árbitro.

Pablo se quita la campera. Los dos sujetos contemplan unos segundos las llamas tatuadas en sus brazos y sacan. Yo pego de vuelta, Pablo los apura cambiando la pelota de lado. Logran darle y que pase a nuestro lado, pero pica muy alto. Entonces aprovecho y le pego con fuerza.

- Cero a uno – cuenta el árbitro.

Vuelven a sacar y yo recibo, pegan de vuelta y yo me hago a un lado. Pablo se acerca agachado, lleva la paleta sobre su hombro y le da un zurdazo. Del otro lado llegan a alcanzarla con dificultad, pero la devuelven a cualquier lado.

- Cero a dos. Saca Atlético S.O.S.

Arrancamos bien. Perro viejo no resultó ser un rival difícil. Ganamos el primer set once a tres y el segundo once a cuatro.

Nuestro próximo contrincante es Prestigio internacional, también otro equipo de veteranos. Son un rival más digno, aun así nos la arreglamos para ganarles once a nueve y once a siete.

Todo va según lo esperado, nos queda sólo un partido y los Kamikaze ya quedaron en el primer lugar del otro grupo.

Ahora jugamos contra Los tallarines, ambos venimos invictos y ya estamos clasificados. Está en juego quién sale primero y evita enfrentarse a los chinos en la semi.

Ganamos el saque y rápidamente nos ponemos adelante, gracias a la zurda descolocadora de Pablo y sus eléctricos reflejos.

- Dos a cero – dice el árbitro – Sacan Los tallarines.

El cordobés lleva la paleta atrás de la espalda y agarra la pelota. Mira detenidamente a Pablo y larga la pelota suavemente hacia arriba, le da de revés y pica rápidamente sobre su lado de la mesa, y sobre el nuestro. Pablo la devuelve, pero la bola traía efecto y sale.

- Uno a dos.

Pablo logra devolver mejor el saque, y cuando me toca no tengo mucha suerte.

- Dos a dos. Saca Atlético S.O.S.

Pablo saca y la pelota roza la red.

- Red – dice el árbitro.

Pablo saca de nuevo, esta vez con más cuidado. Ellos devuelven fuertemente, y yo hago lo que pude. Pablo también devuelve su bola y yo la tiro fuera. *Putá*.

- Dos a tres.

Con Pablo callado y algo frustrado, perdemos el primer set seis a once. En el segundo set,

comienzo a hacer las cosas un poco mejor y logramos ganar once a nueve.

Empezamos el tercer set muy parejos. Pablo saca una bola muy baja, cuando vuelve yo la cambio de lado con mucha precisión. Hacemos los dos primeros puntos y, para cuando nos toca volver a sacar, estamos tres a uno. Seguimos al frente hasta alcanzar el match point.

- Diez a nueve – dice el árbitro.

Pablo toma la bola con su mano, se agacha, la tira hacia arriba y le da con fuerza. La pelota sale a toda prisa, dando otra vez contra la red.

Pablo se rasca la oreja y saca de nuevo. Ellos devuelven la pelota y yo hago lo mismo. Le toca a Pablo y le llega esquinada a su derecha, pero reacciona rápido y logra devolverla a duras penas. A ellos les queda cómoda y rematan, no hay nada que yo pueda hacer.

- Diez a diez. Sacan Los tallarines.

El saque viene a toda velocidad, incluso para Pablo, que le pega incómodo y da contra la red.

- Once a diez.

Ahora ellos están a un punto de ganar. Habiendo llegado a los once puntos, el primero en lograr una diferencia de dos puntos gana el set.

Se disponen a sacar nuevamente. Pablo se aleja levemente de la mesa y pone la paleta a la altura de la mesa.

El saque no sale demasiado fuerte, pica de su lado y Pablo se acomoda esperando que pique del suyo. La pelota impacta en el vértice de la mesa, y sin dejar oportunidad para nada, sale hacia abajo.

- Partido para Los Tallarines.

Pablo permanece quieto y con la vista baja, mientras los cordobeses se saludan y el árbitro los felicita.

- Buen partido – nos dice uno de ellos, con la mano arriba para que se la estrechemos.

- Igualmente- respondo.

Pablo les da la mano y los felicita. No me dice nada y camina hacia la otra mesa, donde nos espera Kamikaze.

- Necesitan un descanso – pregunta el varón.

- No – responde Pablo – Empecemos.

Empezamos a pelotear muy agresivamente y ganamos el saque.

- ¿Quieres sacar vos? – me pregunta Pablo.

- ¿Estás seguro?

- Va a ser lo mismo – me dice, encogiéndose de hombros.

Sin demasiadas expectativas, saco con mucho cuidado.

La pelota sale bastante cruzada y pica cerca de la red, quedándole muy incómoda a la chica, que le pega sorprendida y la tira fuera. Un punto de puro culo.

- Uno a cero.

Pablo me mira con los ojos bien abiertos. Agarro la bola nuevamente y la tiro hacia arriba, mido la caída con cuidado y le doy firmemente antes de que alcance la altura de la red.

Me hago a un lado y la chica devuelve cruzado. Pablo se mueve rápido y le pega con fuerza. La pelota pica y le queda muy abajo al chino, que me la deja picando. Me acerco a la red y remato con todas mis ganas.

- Dos a cero. Saca Kamikaze.

Pablo volvió a cobrar el entusiasmo. El joven tiene que sacar, toma la pelota y se acomoda el pelo, la chica frunce el ceño. La bola viene y Pablo devuelve con firmeza. Ellos le pegan y yo

vuelvo a darle. Tras devolverla, ambos se confunden y chocan entre sí. Pablo aprovecha y les tira una bola a contra pierna.

- Tres a cero.

La chica dice algo en chino y el vago suspira molesto. Vuelven a sacar y otra vez les ganamos el punto.

Un comienzo sorpresivo. Si logramos aprovechar la confusión de los Kamikaze, tal vez podamos ganar el torneo.

Seguimos adelante y llegamos a ponernos seis a cero, gracias a dos saques magistrales de Pablo. Hacemos un gran set, y logramos terminar seis a once. El segundo set sale dos a once y el tercero...

- Partido para Kamikaze – dice el árbitro.

- Felicitaciones – es impresionante como juegan – dice Pablo ya de mejor humor.

- Gracias – dicen ambos al unísono – Suerte con el tercer puesto.

- Bueno Pablo, vamos a tener que jugar por el honor del tercer puesto.

- ... y para volver la otra semana– agrega el árbitro.

- ¿Para qué? – pregunta Pablo - ¿Para perder *más* plata?

- ¿No sabían? – dice la chica – Hace un mes cambiaron los premios. Ahora los terceros se llevan un vale para participar en otro torneo.

- ¿En serio? – pregunta Pablo, con los ojos completamente abiertos.

- Por algo no pagamos la inscripción- dice el varón, con las manos abiertas hacia los lados.

Bien. No todo está perdido, todavía podemos conseguir otro intento.

En la otra semi final ganan Los Tallarines, así que van a la final con los Kamikaze. A nosotros nos toca contra Los leprosos, un par de rosarinos bastante insoportables.

Arranca muy parejo. Ellos son rápidos, pero nosotros comenzamos a entendernos y cometemos pocos errores. Ganamos el primer set once a nueve, y perdemos el segundo diez a doce.

- Un set a uno. – dice el árbitro – El que gana este, gana el partido. Saca Atlético S.O.S.

Pablo saca agresivamente y gana el punto. El segundo lo disputan un buen rato, pero igualmente acabamos ganando. Ellos sacan y nos hacen un punto. Nosotros, el siguiente.

-Tres a uno- dice el árbitro.

Seguimos así y ellos achican la diferencia. Perdemos otro punto y quedamos empatados. A continuación pasan al frente, en el momento menos indicado.

- Nueve a diez. Match point para Los leprosos.

Pablo se seca el sudor de la frente y se prepara para sacar. Lo hace con cuidado y ellos devuelven la pelota, yo le pego con fuerza y ellos también, la bola da en la red.

- Diez a diez. El primero en sacar dos de diferencia gana. Sacan Los leprosos.

El rosarino se lleva la mano a la nariz y se acomoda el pantalón, tira la pelota al aire y le da de lleno. Pablo devuelve elegantemente y me da lugar. Para cuando devuelven la bola ya estoy bien posicionado y le pego cómodamente.

- Once a diez. Match point para Atlético S.O.S.

El siguiente saque es seco y fulminante, Pablo no logra devolverlo. Otra vez estamos empatados.

Luego ellos sacan ventaja y están a un punto de ganar. Evitamos que hagan el punto haciendo ese y otro más, poniéndonos nuevamente arriba.

- Trece a doce. Match point para Atlético S.O.S. De seguir así definen en dieciocho –

explica el árbitro.

Y así seguimos, hasta quedar diecisiete iguales.

- Match point para ambos equipos.

Pablo se lleva la mano al mentón y mira la pelota. Agachado, la toma con su mano y la lanza hacia arriba con los dedos. Mientras cae, Pablo permanece inmóvil, con la mirada en la bola. Parece que no la va a golpear nunca. Finalmente le pega de revés y sale bien baja, apenas por encima de la red. Ellos devuelven la pelota firmemente, y yo hago lo mismo.

Disputamos el punto extensamente. El ejercicio acumulado me empieza a pasar factura y siento que me pesan los brazos. Ya no pienso lo que hago, le pego y me corro a un lado.

Pablo da un buen zurdazo, aún más sagaz que el anterior. El rosarino más alto devuelve la bola y sale para la derecha, donde está su compañero. Es mi momento, me acomodo bien y la tiro suavemente hacia la izquierda, muy cerca de la red.

¿Pasará?, me pregunto, al instante que la bola se despega de mi paleta.

El rosarino corre hacia ese lado y la pelota toca secamente la red. Todos vemos cómo se levanta y finalmente cae de su lado.

Pica y él extiende su brazo, para devolverla y evitar que pique nuevamente. Pero no llega, y pica por segunda vez.

- Partido para Atlético S.O.S.

Levanto el puño con fuerza hacia arriba y Pablo se acerca eufórico y me abraza.

En dos años, es la primera vez que lo veo así, entusiasmado y lleno de energía. Tan contento está que parece que hubiera ganado los Juegos Olímpicos. Festejamos un momento y, por último, pasamos por la mesa de control, para asegurarnos que nos inscriban al próximo torneo.

Día 657 DB: Cosas para hacer cuando vuelva

- Ver el atardecer.
- Comer un asado.
- Jugar un partido de fútbol.
- Tener un perro.
- Ir a la playa.
- Acampar.
- Andar en una moto deportiva.

Es domingo y, como de costumbre, voy a ver al psicólogo.

La verdad me siento bastante bien, no obstante el protocolo del Concejo es inflexible, una sesión por quincena como mínimo.

La duración suele variar desde quince minutos cuando me ven bien (o no tienen ganas de atenderme), hasta más de una hora.

El consultorio está poco iluminado y tiene paredes en celeste pastel. A un lado hay un escritorio con una notebook y un par de libros. Al otro, dos butacas blancas bien acolchadas, enfrentadas entre sí sobre una alfombra. Detrás de todo, un diván tapizado en cuero sintético negro con botones en relieve.

Fabiano hace preguntas sobre temas que pueden variar desde por qué ataba así los cordones de mis zapatos, hasta si alguna vez he pensado que la humanidad no merece una segunda oportunidad. También, cada tanto, me saca muestras de sangre o mide el pulso.

En realidad, es un seguimiento de salud integral, supervisado por un equipo de doctores. Ellos se encargan de evitar cualquier tipo de situación con potencial de alterar la moral del refugio y producir una revuelta. Bueno, al menos eso pienso yo.

- Me alegro que te hayas divertido – me responde desde la butaca blanca, luego de que le contara sobre el torneo - ¿Y la semana? ¿Cómo te estuvo tratando?

- Hice horas extras, y estoy durmiendo mejor.

- Bien, esa es una buena señal.

- Creo que sólo estaba cansado.

- Tal vez. ¿Cómo venís con Alan? – dice con dos dedos sobre el cachete.

- Esta semana nos vimos muy poco. Pero bien, creo que ya me estoy acostumbrando a sus ronquidos.

- ¿También está muy ocupado?

- Sí, me dijo que no se movían tanto desde que se descompuso la antena.

- Sí- dice dejándose caer sobre el respaldo - Vaya semana.

- ¿Ustedes también?

{Durante todo el primer año, no recibimos señal alguna del exterior.

Como el Búnker está cubierto por capas y capas de cemento y metal, no logran entrar ni salir las ondas electromagnéticas.

Debido a esotodas las señales de comunicación pasan, necesariamente, por una gran antena con potencia suficiente como para captar cualquier señal proveniente del continente e, incluso, quizás también en el resto del mundo.

Días antes de que se realice el primer CEA, se corrió el rumor de que la antena estaba descompuesta. El nivel de impaciencia en los refugiados fue tan peligroso, que tuvieron que incluir en los objetivos del comando la revisión y eventual reparación de la antena.

La preocupación no era para nada exagerada. Si la antena no funcionaba, podíamos tener todo un ejército a tan sólo cincuenta metros buscándonos e intentando comunicarse, y no seríamos capaz de enterarnos.

Luego se realizó el CEA e intentaron comunicarse desde fuera. Para sorpresa de la

mayoría, la antena funcionaba perfectamente.

La conclusión no era nada alentadora: el virus había llevado la ruina a todas partes}.

- Creímos que se nos iba de las manos – responde, mirando a un lado - Llegué a hacer doble turno y hasta triple turno.

- No creí que fuera para tanto.

- Sí. Fue el peor. Después de los suicidios, por supuesto.

Siento un nudo en la garganta, así que trago saliva con cuidado. Pero termino haciendo más ruido del que quiero.

- Cambiando de tema – dice Fabiano - Me contaste que hiciste horas extras, ¿cómo te fue con eso?

- En realidad, creo que fue positivo.

- ¿Sí?

- Me asignaron tareas que antes no tenía permitido hacer. Por ejemplo, ayudé a Luci a analizar el veneno de las serpientes.

- Luci.

- ¿Qué pasa? – pregunto sin vueltas. Tiempo atrás había aprendido que no vale la pena esquivar las preguntas de los psicólogos, y menos aún con Fabiano.

- ¿Te gusta?

- ¿Qué me delató?

- No sos el primero – dice mostrando las palmas de sus manos - Además tus pupilas se dilataron cuando dije su nombre.

Afirmo con la cabeza.

- ¿El Concejo está muy preocupado con los resultados del CEA? – pregunto, para desviar la conversación.

- Admito que están bastante desconcertados. Pero los he visto peor, creo que ya se les ocurrirá algo – responde sonriendo suavemente.

- Con Luci estuvimos hablando de eso. Ella cree que no es viable lo que el director anunció.

Fabiano larga una carcajada. Me doy cuenta que me enredé solo.

- *Muy bien ahí*, Marcos – dice señalándome con el dedo - Luci parece muy distante, aunque si hablan de trabajo puede llegar a entrar en confianza. A partir de ahí, el camino es cuesta abajo.

Se rasca la frondosa y grisácea barba con la mano durante un segundo y luego dice:

- Tal vez tengas alguna posibilidad.

- No me hago demasiadas ilusiones – respondo encogiéndome de hombros.

- Volviendo a lo anterior – dice, con un tono más bajo - Los anuncios del director son únicamente eso, *anuncios*. No te olvides que su mensaje tiene que ser sincero, pero también oportuno y *tranquilizador*. Yo no descartaría que haya sido intencionalmente poco preciso, o que estén preparando otros planes.

- Eso tiene sentido - digo, y me detengo a pensar durante un rato.

- Bueno, creo que terminamos por hoy – dice mientras se pone de pie.

- ¿Eso fue todo? Todavía no pasaron ni quince minutos.

- Yo te veo bien. Te daría un cConcejo... pero creo que sería contraproducente – dice mientras abre la puerta y extiende la mano.

- *Okay* – digo mientras estrecho su mano – El psicólogo sos vos.

- Por suerte – responde bromeando - Bueno, que tengas una buena semana.

- Gracias, vos también.

Día 91 DB: Perdonarse

Fabiano dice que tenemos que hacer las paces con el pasado, para poder seguir adelante. Que necesitamos perdonar nuestros pecados y aprender de ellos.

No tengo grandes remordimientos sobre el pasado. Si bien hubiera podido aprovechar más lo que tenía alrededor, tampoco había manera de anticipar lo que sucedió.

Creo que tenemos que aprender a ser conscientes de lo que tenemos y disfrutarlo al máximo. Nunca se sabe cuándo puede llegar un virus, un meteorito o una guerra y arrebatar nos todo lo que dábamos por sentado.

Cuando llegué al refugio, tuve mucho tiempo para pensar. Lamenté mucho la muerte de mis amigos y mi madre, pero por lo menos tenía la conciencia tranquila, no había nada que hubiera podido hacer por ellos.

Con mi hermana es diferente, le dije cosas muy feas por irse con mi padre. No sé por qué habrá tomado esa decisión, pero no se merecía eso de mí. Además es mi hermana menor, y nunca intenté pedirle disculpas, ni volver a ponerme en contacto con ella.

¿Hubiera sido diferente de haber estado reconciliados? ¿Si hubiéramos estado juntos cuando todo comenzó? Tendré que aprender a vivir con la duda.

Día 17 DB: Testimonio

Según se cree, el primer brote habría aparecido en algún lugar de centro américa, y rápidamente se propagó por el norte y el sur.

Primero se veían animales mutilados. Más tarde comenzaron los ataques a personas. Sin embargo, eran eventos aislados y no pareció demasiado importante. Eran animales que no representaban demasiado peligro.

Aunque el riesgo no radicaba en su tamaño o ferocidad, sino en su cantidad.

Según una estimación que leí en Internet, hay más de cuatro mil millones de ratas en el mundo, y en las grandes ciudades suele haber hasta cinco ratas por persona.

El número de aves, en cambio, es mucho menor, aunque abarcan tanto zonas urbanas como rurales y presentan un alto grado de infectividad entre especies.

Cuando el mundo advirtió aquello, se emprendió un agresivo control de plagas. A pesar de eso, el virus siguió contagiando cada vez a más y más especies.

Pronto pueblos y ciudades se vieron asediados. La gente empezó a morir, devorada por los infectados, o de hambre.

Yo fui uno de los afortunados.

Como mi pequeño monoambiente no era un buen refugio, convoqué a amigos y compañeros a refugiarnos, ilegalmente, en la universidad. Ahí teníamos lugar y herramientas suficientes para improvisar mientras el auxilio llegaba.

Fuimos previsores, así que alcanzamos a asegurar bien el lugar y aprovisionarnos.

A los pocos días las cosas se pusieron feas. Desde dentro, vimos por Internet cómo las ciudades eran sitiadas por las plagas.

Intentamos llamar a emergencias, pero nadie atendía. Los servicios públicos estaban caídos.

El tiempo tampoco ayudó, una tormenta intensa e interminable nos dejó sin luz. Al cabo de unos días, nuestros celulares quedaron sin batería. A partir de ahí quedamos incomunicados.

Luego, descubrimos una radio vieja y grabamos un mensaje. Ahí daba nuestra ubicación y una breve descripción de nuestras profesiones, exagerando un poco.

Milagrosamente, nuestro mensaje llegó a algún destino.

Era ya de noche, cuando oímos un par de helicópteros aterrizando sobre la calle. Sin detenernos a tomar nada, corrimos hacia ellos, procurando que no nos alcanzara ningún pájaro infectado.

Con ayuda de unos soldados, logré subir a un helicóptero. Pude ver que Matías consiguió entrar en el otro, pero no todos mis compañeros tuvieron la misma suerte.

De inmediato tomamos altura y volamos en dirección al sur.

Sin embargo, antes de ganar velocidad, numerosos caranchos embistieron contra las hélices y los tripulantes del otro helicóptero. De inmediato perdieron la estabilidad y cayeron.

No sé si Matías murió en la caída, o si sobrevivió para ser devorado junto al resto. Sólo sé que no lo logró.

Al cabo de unas horas, el helicóptero disminuyó la velocidad. Volteé hacia adelante y vi unos cerros.

Le pregunté a uno de los soldados dónde estábamos, y me respondió que cerca de Bahía

Blanca.

Ya más cerca, pude divisar una gigantesca construcción escondida. Volvía a mirar al soldado, me dijo que estaríamos a salvo.

Lunes, comienza una nueva semana. Con luz artificial y sin los cambios normales de temperatura es difícil distinguir el día de la noche. Me gusta pensar que somos como astronautas, embarcados en una misión a un mundo desconocido.

El Concejo premia y castiga para que no perdamos la costumbre de la semana veinticuatro siete ni de los trescientos sesenta y cinco días del año. Aun así, cuesta ubicarse.

Llego a la oficina temprano, preguntándome qué me tocará hacer hoy, y me encuentro con una pila de cuarenta centímetros de alto con documentos e informes viejos.

- Horas extras toda la semana – dice Luci, que está leyendo en la computadora.
- ¡Si señor! – digo llevándome la mano a la sien como un militar.
- Así me gusta.
- ¿Qué tenemos acá? – pregunto sentándome junto a los papeles. Ella se da vuelta para responderme.
- El viernes envié un informe al Concejo, expresando mis preocupaciones sobre este nuevo proyecto, junto con algunas alternativas un poco menos delirantes.
- ¿Lo que hablamos de las vacunas?
- Sí, eso mismo. En fin, hoy recibí su respuesta.
- ¿En serio? *¿Tan rápido?*
- Sí, ¿por qué te sorprende?
- No, por nada – digo, y ella me mira con el ceño levemente fruncido.
- Bueno, la cuestión es que quieren que hagamos los análisis preliminares. Necesitan saber si alguna de las propuestas es viable, y... lo quieren para esta semana.
- *Okay.* ¿Es demasiado tarde para pedir un cambio de laboratorio? – pregunto bromeando.
- *Mhm.* No lo aprobarían hasta la semana que viene.
- Eso imaginé. ¿Y qué es esto? – digo señalando los papeles.
- Es toda la documentación que tienen sobre virus de diseño e ingeniería genética.
- Imagino que vamos a tener que leerlo todo – comento sin demasiado entusiasmo.
- Y eso es solamente lo impreso, – agrega, levantando sus cejas rojizas – hay más en las computadoras.
- ¿Qué necesitás que haga?
- Tenemos que revisar y clasificar todo. Determinar qué sirve y qué no, también para qué - responde rápidamente y con los ojos bien abiertos - No quiero arriesgarme a perder nada.
- *Genial* – digo sarcásticamente.
- Así que Tom, vos, y casi todos los doctores de los laboratorios cuatro, cinco y seis van a resumir, etiquetar y comentarlo todo. A medida que avancen con eso, voy a analizarlo y discutirlo con el jefe.
- Bien, empiezo en seguida. ¿Para cuándo debería estar listo esto?
- Los resúmenes, para el miércoles. Después te cuento cómo seguimos.
- Luci.
- ¿Qué?
- Tratá de no estresarte demasiado. Tampoco es que la especie humana dependa de vos.

Me alegra hacerla reír. Eso, dejarle notas y verla cada vez que entra o sale me mantiene motivado.

Ya de noche, camino de regreso a mi dormitorio, completamente agotado.

El pasillo está en silencio, todo el mundo parece dormir. La mitad de las luces están apagadas y cada tanto hay alguna que otra titilando como en las películas de terror.

Abro la puerta y en la penumbra veo la cama de Alan tendida. ¿Será que hoy trabaja hasta tarde?

Entro y aprieto el interruptor de la luz, pero no enciende. Mierda, ya es tarde. Sin desatarme los cordones, me saco los zapatos, el pantalón y subo a la cama.

Cuando me despierta la alarma, estoy exactamente en la misma posición en que me acosté. Bajo de la cama y la apago, luego enciendo la luz. *¿Y Alan?*

Su cama sigue tendida. Es la primera vez que no regresa, al menos durante la semana. *¿Será que le dejaron libre el martes? Que hijo de mil puta. Y yo trabajando como un esclavo.*

Marcho al Salón y hago fila. Busco mi bandeja y voy hacia la mesa de Pablo.

- ¡Pablo!

- ¿Qué hay de nuevo, viejo? – dice, sonriendo.

- Estamos analizando si los nuevos planes son viables, un dolor de huevos. *¿Y vos?*

- Ayer fui a hacerme análisis... me atendió una enfermera que está *re* buena. No sabés, parece una actriz de...

- Que exagerado – lo interrumpo.

- No, en serio. Una rubia de ojos oscuros con tetas enormes.

- *¿Y? ¿Le pediste el número?* – le pregunto burlonamente.

- No, pero...

- *Perro que ladra...* ¿Y el laburo?

- Nada, hoy va a estar bastante tranqui – responde levantando un hombro.

- Que envidia. Todos están de licencia *menos* nosotros.

- *¿Por?* – pregunta con la boca llena- *¿Quién tiene el día libre?*

- Alan. Anoche no volvió a dormir y tampoco lo veo por acá desayunando. Así que debe estar apolillando para recuperar energías, supongo que tuvo una noche lujuriosa – digo mientras agarro la cuchara y cargo puré.

- Que raro. No escuché nada de turnos libres, y ya viste como es Charly...

- ¿Qué Charly?

- Mi compañero de cuarto – me responde un poco molesto.

- ¡Ah, ese! Hay tantos Carlos que no me acordaba.

- Bueno, la cosa es que sabe más que el Concejo mismo. No hay chance de que alguien ande de joda o arrastrando camas sin que él se entere.

- No sabía que era chismoso.

- De los mejores. Si fuera vos, pasaría por el taller a preguntar, por las dudas.

- Sí, tenés razón – digo tras un largo suspiro.

Termino el último bocado y parto de inmediato hacia el taller donde trabaja Alan.

Atravieso el pasillo, subo dos niveles y llego al área de Ingeniería, distinguida con líneas naranjas. Entro al taller, que está repleto de máquinas desarmadas y tableros de herramientas, y busco a Carolina.

- Hola – saludo – Soy Marcos, el compañero de Alan. Quería saber si hoy tenía el día libre.

- *¿Cómo que día libre?* – dice Carolina, que es flaca y de rasgos angulosos - *Haceme el favor de decirle a ese zángano que levante el culo de la cama y venga a trabajar. Ya ayer se ausentó demasiado.*

- *¿Se ausentó?* – pregunto, confundido – Anoche no fue a dormir.

Caro me mira inmóvil con la boca abierta. Traga saliva y, un segundo más tarde, me indica con la mano que espere un minuto.

Va hacia una mesa de madera, agarra una planilla y la ojea pasando las páginas rápidamente.

- Marcos. Esto va a demorar un rato. Mejor pasa durante el almuerzo, imagino que tenés cosas que hacer.

- Bueno, dale. Muchas gracias.

Llego tarde al laboratorio y Luci me mira con una expresión para nada amistosa, luego sigue leyendo. Agarro una pila de expedientes y me pongo a leer.

Encuentro mucho sobre GMOs (Organismos Genéticamente Modificados). Hay experimentos documentados tanto de animales como vegetales. En uno desarrollaron semillas mejoradas, que capturan nitrógeno del aire y no dependen tanto de los nutrientes del suelo. En otro, combinaron la genética de distintas razas de bovinos, logrando que crezcan más rápido y sin requerir tantas proteínas.

Después sigo leyendo sobre CRISPR, GDP, PCR y muchas otras siglas que apenas reconozco. Pero no hay tanto sobre eso. Apenas un poco de mutaciones *de novo* inducidas en peces para uso doméstico. Sí, ya sé, chino básico.

De lo concentrado que estoy, me asusto cuando Luci toca mi hombro y me dice:

- Es Carolina, de Ingeniería.

Agarro el Walkie Talkie, presiono el botón y digo:

- Hola, Caro. ¿Qué hora es? – lo suelto.

- Está por arrancar el segundo turno ya – dice con voz seca.

- Te pido disculpas – digo tras apretar nuevamente - Estaba muy concentrado.

- No hay problema. Quería decirte que aún no tuvimos noticias de Alan. Pero no te preocupes, estamos revisando todos los sistemas del edificio. *Ya va a aparecer*. A lo mejor necesitaba estar solo.

- Gracias por avisarme, Caro. Cualquier cosa que necesiten... por favor avísame.

- Si, por supuesto. Pero despreocupate, tenemos todo bajo control. El Búnker no es tan grande. Cuidate.

- Gracias de nuevo, buena suerte.

Caro es diligente y atenta. Sin embargo, mentir no se le da muy bien. El Búnker sí es grande, y mucho. Además, eso no es lo que más me preocupa.

Los sistemas que Alan mantiene o supervisa son complejos y tienen muchos recovecos. Algunos de ellos se encuentran en los lugares más recónditos del edificio. Con un pequeño descuido, podés quedar atrapado. Sobre todo, si eso es lo que tenés en mente.

Pido permiso y salgo a buscarlo.

Sé que hay mucha gente tras su rastro, por lo que ignoro los lugares obvios como el salón y los dormitorios. También todo lo que tiene que ver con Ingeniería, porque no tengo autorización para ir.

Recorro todos los baños, todos los que son para hombre. Paso por el gimnasio, hablo con el entrenador y pregunto por él. Dice que no lo ha visto. Luego marchó al bar y sucede lo mismo.

Hablo con el encargado del cinema. No me deja entrar, quiere que espere que termine la función. Insisto, pero no me da bola.

Frustrado, me dirijo a la biblioteca y comienzo a recorrer los pasillos. Las estanterías de madera están abarrotadas de libros y tienen algo de tierra. Algunas personas leen en silencio. Ninguna pista de Alan.

Miro la hora en el reloj de pared, pronto termina la película. Voy nuevamente y espero que salgan todos. Nada.

Sin saber qué hacer, vuelvo al laboratorio y me siento a leer, sin poder concentrarme.

- Creo que Carolina tiene razón. No deberías preocuparte – dice Luci detrás de mí.

No respondo.

Entiendo que no quieren que me angustie y sé que no puedo hacer nada. Sin embargo no puedo dejar de preocuparme por él. Cuando convives mucho tiempo con alguien, llegas a considerarlo como parte de tu familia. Sobre todo, cuando ya no te queda ninguna.

- Acompañame.

Arrastro la silla para levantarme y la sigo.

Caminamos en silencio a través de los largos pasillos que están pintados en diversos tonos de color pastel, cada uno en referencia al área en el que nos encontramos. Amarillo para los laboratorios de I+D, verde para el Arca de Zoología, rosa para el centro de Salud.

- Ya casi llegamos. Quiero mostrarte algo.

Ingresamos a la biblioteca, Luci saluda a la recepcionista y va directo a las estanterías.

Se detiene en la sección de literatura española, busca menos de un segundo y agarra un libro. Lo contempla entre sus manos por un momento y finalmente me lo entrega.

Se titula Marina, de un escritor de apellido Zafón.

- Te lo regalaría – dice parpadeando un par de veces - Pero lo doné a la biblioteca el año pasado. Fue mi libro favorito durante muchos años... - suspira profundamente - En fin, cuando el helicóptero fue a buscarme, entré en pánico. Me di cuenta de que mi vida se desvanecía a toda velocidad y no tenía a qué aferrarme... Sin pensarlo demasiado, tomé mi computadora, mi cartera – ríe moviendo la cabeza hacia los lados - y este libro. Creo que, inconscientemente, vi en él todo lo que dejaba atrás.

- Lo voy a leer – digo mirándola a los ojos – Gracias.

- De nada.

- ¿Te puedo hacer una pregunta?

- Sí, decime.

- ¿Por qué no lo conservaste?

- Durante casi todo el primer semestre, estuve en una especie de duelo. No quería hablar con nadie, menos con los psicólogos. Cuando salía del laboratorio me iba a la cama y leía ese libro que conocía de memoria. Creo que fue lo único que me salvó del contagio de suicidios. Como sea, con el tiempo fui aprendiendo a aceptar mi nueva realidad y entendí que tenía un papel importante en este lugar. Un día... ehm, decidí que le podía servir a alguien más. Hay muy pocas novelas en esta biblioteca.

Cuando termina de hablar, corre la mirada hacia un lado y se sostiene el brazo con la mano. Hago un paso para acercarme y la rodeo con mis brazos. Ella apoya su frente contra mi hombro y llora en silencio.

Quiere lavarse la cara, así que la acompaño al baño. Cuando regresamos al laboratorio, ella va a hablar con su jefe, yo me siento frente a la computadora y termino mi parte de los resúmenes.

Es casi medianoche cuando regreso a mi dormitorio.

Abro la puerta con cuidado para no hacer ruido, con la esperanza de encontrarlo. Pero no está.

Cierro y subo a mi cama.

No me puedo dormir. Vienen a mi cabeza imágenes de camillas con cadáveres

embolsados. Me niego a aceptar que pudo haberlo hecho.

Vuelvo al baño, dónde siempre hay luz. Abro el libro y comienzo a leer:

“Marina me dijo una vez que sólo recordamos lo que nunca sucedió. Pasaría una eternidad antes de que comprendiese aquellas palabras. Pero más vale que empiece por el principio, que en este caso es el final.”

Día 14 DB: Contagio dentro del Búnker

Hay cosas mucho más contagiosas que el Virus.

Se suponía que el primero había sido un accidente, pero en el taller nadie lo creía.

No pasó mucho tiempo hasta que todo el refugio llegó a la misma conclusión. A partir de ahí empezaron, uno a uno, los suicidios, sin ninguna conexión aparente entre sí.

Fueron cada vez más frecuentes, hasta que, anoche, hubo un suicidio colectivo. Casi veinte personas, todos civiles.

El Concejo movilizó los cuerpos de seguridad para que patrullen los pasillos. Antes de dormir revisaron que no tuviéramos nada cortante, y a los que dormían solos los reubicaron con uno o dos compañeros.

Vivir, sabiendo que todos tus conocidos murieron, no es nada fácil. Todos alguna vez nos hacemos la pregunta. ¿Vale la pena? ¿Sigo soportándolo?

A veces deseamos ponerle un fin a todo. No obstante, de desearlo a tener la iniciativa, hay un profundo y oscuro abismo.

Tal vez no tenga sentido prolongar el sufrimiento. Pero tampoco renunciar a toda una vida, sólo por una etapa sombría.

Llegué a la conclusión de que siempre habrá tiempo para jalar el gatillo. El suicidio es postergable, la vida no.

Sin embargo, el dilema nunca desaparece del todo.

Sin abrir los ojos, bajo de la cama para apagar el reloj despertador. Cuando toco el piso, la alarma se detiene. *¿Será...?*

Abro los ojos y confirmo mis sospechas, Alan había regresado. Está descalzo y con el pelo aplastado de un lado, así que debe haber dormido un rato.

Abro los brazos, como preguntando *¿dónde puta estuviste?* Él niega con la cabeza.

- Tranquilo – dice - Seguro es menos de lo que te imaginás.

- Soy todo oídos.

- Básicamente... desobedecí el cronograma – dice con la palma de su mano hacia arriba y apretando los labios – Tenía unas tareas asignadas para ayer, pero decidí que revisar el sistema de filtrado de agua, programada para la semana siguiente, era más importante. ¿Te acordás que había mencionado que las duchas estaban teniendo poca presión? – Yo afirmo con la cabeza - Bueno, fui con un juego de herramientas y repuestos, y descubrí que tenía razón; uno de los filtros estaba tapado. Lo cambié en unos pocos minutos y, ya que estaba cerca, pensé en pegarle una mirada al sistema de filtrado de aire. Así que subí por las escaleras y me puse a hacer eso. Pero el sistema...

- ¿Está aislado? – lo interrumpo.

- Exactamente, está fuera de los pasillos públicos del Búnker. Entonces salí y olvidé un pequeño detalle: esas puertas no tienen picaporte del lado de afuera.

- ¿Te quedaste encerrado, y nadie sospechaba que podías estar ahí?

- *Sip.*

- ¿Y cómo es que llegaste hasta ahí? ¿No hay algún tipo de protocolo de seguridad, para que nadie pueda salir?

- Sí, pero como ingeniero tengo acceso a las llaves maestras y áreas contiguas. De todas formas, se supone que necesito tener autorización para salir, así que estoy suspendido.

- ¿Y cómo te encontraron?

- Llevé uno de los radioteléfonos, que estaba reparando.

- Ah. ¿Por eso demoraste tanto en avisar?

- *Dejame terminar.* Eso intenté, pero no funcionó. Primero pensé que era un problema de la radio, pero entonces me acordé. El Búnker tiene tantas capas de cemento y *tantos* refuerzos estructurales de hierro que es una puta jaula de Faraday, ninguna señal entra ni sale.

- ¿Y entonces? ¿Qué hiciste?

- ¿Yo...? Nada. Esperé. Por suerte, a la noche un compañero reportó que alguien había dejado el armario de repuestos abierto. Fue cuestión de tiempo para que Caro se entere y deduzca dónde estaba.

- *¿Te salvaste por dejar un armario abierto?*

- Sí, y eso también tiene su propia suspensión.

Nos reímos un rato. Me resulta irónico pensar que se haya salvado de morir de hambre, así, casi de milagro, gracias a su terca impaciencia y al buchón de su compañero.

- Creo que ya es hora de ir a trabajar – me dice de pronto.

- *¿No era que estabas suspendido?*

- Suspendido como ingeniero... tengo que hacer trabajo comunitario. Ya sabés, limpieza y esas cosas.

- Voy a intentar que no se me caiga comida al suelo, pero no prometo nada – digo bromeando.

Poco después de él, me dirijo hacia el Salón y me siento junto a Pablo. Le cuento lo sucedido, mientras observo de lejos a mi amigo que junta las bandejas que algunos dejan.

- Hola, Marcos.

- Hola, Luci – digo, girando la cabeza para verla. Nuevamente viste de negro y tiene el pelo suelto. Parece menos Geek sin los lentes.

- Así que volvió Alan. ¿Qué le pasó?

- ¿Cómo te enteraste?

- Caro. La crucé de camino.

- Ah... A veces siento que siempre me entero último.

- Bueno – dice tras unos segundos - Te dejo desayunar tranquilo.

- Ya estaba terminando. Llevo la bandeja y...

- Vayan – me interrumpe Pablo – Yo la llevo.

- Gracias – digo – nos vemos mañana.

Pablo me guiña un ojo y continúa comiendo. Yo me levanto como si nada y acompaño a Luci.

- ¿No me vas a contar qué pasó con Alan?

- Sí, perdón. Me colgué. Alan es bastante testarudo cuando se le cruza algo por la cabeza

y...

Le cuento los detalles en el trayecto al laboratorio, ella camina a mi lado y cada tanto voltea para mirarme, o hacerme alguna pregunta.

- Bien – dice, ya dentro de la oficina - Espero que tengas ganas de trabajar.

- *Obvio*, ¿qué hay que hacer?

- Estamos armando una lista de requerimientos para un programa de reprogenética humana – explica llevándose el cabello detrás de la oreja.

- ¿De eugenesia? – pregunto irónicamente.

{La eugenesia fue una ideología que promovía la mejora genética de la humanidad. Así como se cruzan algunos animales para formar distintas razas, o ciertas variedades de plantas para hacerlas más fuertes o que crezcan más rápido, la eugenesia tenía el objetivo de que las personas sean más fuertes, sanas e inteligentes.

Pronto se descubrió que muchos de sus principios estaban basados en falsedades y pseudociencias. Sin que eso le preocupe, la Alemania Nazi de Adolf Hitler intentó llevarla a cabo, promoviendo la descendencia de la raza aria y el genocidio de la etnia judía. Por eso es una palabra muy fuerte y a menudo evitada}.

- Sí, pero sin nazis – responde Luci, siguiéndome la corriente - Ahí tenés tu pila de informes.

- ¡Ja! ¡Mein Führer! – digo bromeando.

Luci ríe sacudiendo la cabeza hacia los lados y sale a hacer quién sabe qué.

Agarro mi silla y me siento a leer. Tomo notas y hago comentarios sobre hojas en blanco.

Voy por el tercer artículo cuando Luci regresa y se sienta junto a la mesa de la computadora. Saca su libreta y escribe, con la cabeza de lado. Hace una pausa, se quita los lentes y mira perdidamente hacia la pared. Seguidamente lleva la mano sobre la boca y la mejilla, con la mirada hacia abajo, como quién tiene que tomar una decisión.

De pronto gira sobre su butaca y me sorprende observándola, otra vez. Sonríe tímidamente, y señala los informes. Sigo con eso y más tarde salgo a almorzar.

A la vuelta, Tom me envía a Ingeniería para pedir que presupuesten unos equipos; es decir, que determinen si pueden hacerlos, en cuánto tiempo y con qué recursos. Según me dice, los laboratorios no están preparados para una ingeniería genética demasiado avanzada.

Me lleva un par de horas explicarles la finalidad de cada equipo, pero con esa información tal vez pueda ocurrírseles otra alternativa.

Luego de eso, me ocupo de resumir los antecedentes de la ingeniería genética. Necesitamos ver qué grado de éxito habían tenido en el pasado y qué desafíos tendremos nosotros, en caso de intentar algo similar.

A medida que leo, me llama la atención que las publicaciones más relevantes tienen casi una década. Según Tom es por una cuestión de mala prensa, ya que los tratamientos genéticos podían llegar a incrementar las desigualdades sociales entre quienes pueden pagarlas y quienes no.

Los diagnósticos preimplantacionales se habían aprobado en casi todos lados, pero el método CRISPR únicamente en unos pocos países, y no precisamente en los que tenían mayores presupuestos.

CRISPR es fundamental para el diseño genético fino. La tecnología CRISPR-Cas9 y sus variantes consisten en aprovechar un complejo proteínico que las bacterias usan como defensa contra los virus. Gracias a que pueden identificar grupos de genes específicos y desactivarlos o reemplazarlos, sirven a la vez como GPS y como cirugía genética precisa.

Además de eso, lo más importante es que puede programarse. De esa manera, se ha usado para curar enfermedades hereditarias e infecciosas. No obstante, algunos pacientes terminaron contrayendo leucemia.

A pesar de sus riesgos, el potencial de aplicaciones es asombroso. Desde la cura de varios cáncer hasta el fin del SIDA. Y eso es solamente la parte terapéutica, también está la parte de mejoras y diseño, que es a dónde queremos llegar. Sin embargo de eso no hay nada, o casi nada.

No sé cómo o por qué llegaron estos informes, que parecen titulares escandalosos más que artículos académicos. En serio, hasta tiene autobiografía incluida.

Al parecer, este excéntrico australiano usó su herencia para toda clase de experimentos tan vanguardistas como estafalarios. Como lo que hacía no solía encajar con lo que, según él, eran *caprichos burocráticos*, iba de país en país aprovechando todo vacío legal que le permitiera hacer parte de sus investigaciones.

Según el artículo, este personaje usaba CRISPR para generar sus propios animales de diseño. Había desarrollado perros semi anfibios, que podían estar casi media hora debajo del agua sin respirar, murciélagos diurnos que comían basura doméstica, y otras cosas así.

También investigaba cómo recrear especies extintas a partir de otras con ancestros comunes. Dr. Jurassic Park le decían, a lo que él respondía que no era doctor.

Los resultados son poco serios, pero me ayudan a pasar el tedio y reírme un poco.

Redacto el resumen y termino mi turno.

Tras cenar algo de sopa, vuelvo al dormitorio. Alan está sentado en el escritorio y repiquetea nerviosamente su pie.

- ¿Aburrido?

- Nnnno realmente – responde vacilante.

- No entiendo.

- Cerrá la puerta – me indica, y agarra el libro de Luci que estaba sobre la mesa – Hoy no

te conté todo.

- ¿Qué hacés con ese libro?

- Disimulo – dice en voz baja - Escuché algo que tal vez no debía.

- ¿Cuándo estabas afuera? – pregunto con ese mismo volumen. De esa manera no pueden escucharnos desde los dormitorios laterales.

- Sí. ¿Viste que te dije... que con la radio no podía comunicarme con nadie del Bunker?

- Ajá.

- En realidad, sí pude escuchar algo.

- ¿No era que no podían entrar ni salir señales?

- Sí, no pueden. Además, el mensaje era fuerte y claro – dice rascándose la cabeza - Estoy seguro que provenía de *afuera* del Bunker.

- ¿Qué escuchaste?

- No mucho. Al principio era estática, después fui cambiando la frecuencia hasta sintonizar bien.

- ¿Y?

- Eran dos hombres, una señal nítida y la otra muy débil, esa seguro provenía de nuestra antena. Hablaban de un nuevo proyecto, no llegué a escuchar sobre qué, ya estaban terminando, y el de la señal débil dijo que quedaban a la espera de novedades.

- ¿A qué hora fue eso?

- Eso es lo que más me intriga, fue pasada la medianoche.

- A esa hora todos están durmiendo.

- Todos excepto Ángel.

Ángel Betts es el técnico que controla la antena. Su trabajo no es mucho más que escuchar las grabaciones diarias de la antena, y borrar aquellas horas en que no pasa nada. Betts es también el apellido de dos miembros del Concejo, Ezequiel y Elías. Desconozco si tienen alguna clase de parentesco, pero me resulta muy sospechoso.

- Tenemos que advertirle al Concejo – propone Alan.

- Yo no intentaría acusar a los Betts.

- ¿Por qué no? – pregunta, cruzándose de brazos.

Trago saliva con dificultad. No tengo más opción que contarle. Me siento sobre la cama y miro a un lado.

- Hace año y medio, mandé una carta al Concejo. Hablaba de algunas preocupaciones que tenía sobre el CePIR y demás. Pasaron los días y no recibí respuesta, entonces decidí hacerlo público – Alan frunce el ceño, pero continúa escuchando atentamente - Aproveché los espacios en blanco que quedaban en las impresiones del laboratorio para hacer pequeños panfletos. Creí que, si los repartía entre los encargados de las distintas áreas, generaría la suficiente curiosidad para que llegue al Concejo. Y lo hizo, pero no de la forma que esperaba.

- ¿Eras vos? Me acuerdo, el Concejo sacó un anuncio.

- Sí. A la mañana siguiente convocaron a todos al Salón y Elías Betts leyó un comunicado. Casi no habló de mi informe, pero me trató de conspiranoico y reprochó mis intenciones. Dijo que difundí rumores falsos para promover el pánico y alterar la seguridad dentro del Bunker. Insistió en que acciones irresponsables como esa podían desencadenar nuevas olas de suicidio.

- ¿Y qué hicieron después? ¿Te suspendieron?

- Sí. Después del anuncio, fui al laboratorio indignado. Cuando llegué encontré una carta a mi nombre, firmada por todo el Concejo. Estaba suspendido por tiempo indefinido y tenía cita con el psicólogo. Pasé toda la semana haciendo largas jornadas de trabajo comunitario, además de una

infinidad de test psicológicos y cuestionarios absurdos y tramposos.

- Debe haber sido muy irritante.

- Pero no terminó ahí. Uno de los doctores me derivó al pabellón psiquiátrico. El informe decía que tenía conductas antisociales y una percepción alterada de la realidad.

- No quiero jugar al abogado del diablo.

- *Pero...*

- ¿Había *algo* de cierto en eso?

- Le estaba agarrando mucha bronca al Concejo y los psicólogos - digo negando con la cabeza - Pero, fuera de eso, era todo mentira. Yo quería ayudar.

- Nunca pensé que fueran capaces de hacer algo así.

- Yo tampoco. Pero aprendí que así son los políticos, harán lo que sea para mantener su reputación y su poder. Incluso encerrar a alguien y forzarlo a perder el juicio con un equipo de psicólogos y una batería de drogas.

- ¿Y cómo saliste de eso?

- Tuve la suerte de que uno de los psicólogos, Fabiano, me ayudó. No sé si sabía que me había metido con la gente equivocada, o si simplemente le apenaba mi situación. Sea como sea, me sugirió hacer las paces y anunciar públicamente mi arrepentimiento... Suena *demasiado* fácil, ¿no?

- Sí – dice asintiendo con la cabeza.

- Pero eso no fue todo. El Concejo me exigió que admita que tenía problemas mentales. No tenía alternativa, así que lo hice.

{Subí al escenario del Salón enfrente de todos y dije que lamentaba lo que hice, asegurando que no volvería a suceder. También dije que el equipo médico me ayudaría con mis problemas.

A partir de ahí mantuve un perfil bajo. Lo mejor que podía hacer era no llamar la atención, esperando a que algún día el Concejo y los refugiados olvidaran lo sucedido}.

- Lo siento mucho.

- No te hagas drama, fue hace mucho.

- Entonces... - Dice Alan, tras un largo rato - Sí no podemos confiar en el Concejo, no sé a quién más acudir.

- Hipotéticamente, si el mensaje no fuera de otros sobrevivientes... ¿Qué más podría ser?

- Pueden ser exploraciones clandestinas. Ni idea para qué, pero es posible.

- No creo que sea una buena idea hacer declaraciones como esa, ni tampoco preguntarles.

- Sí, estoy de acuerdo – dice rascándose la barba con las manos- Pero tampoco podemos ignorarlo. No sabemos qué tan grave puede ser.

- Si los Betts están hablando con alguien de afuera... ¿puede que el resto del Concejo no lo sepa?

- Totalmente. Los miembros del Concejo no tienen agenda ni rinden cuentas, nadie sabe cómo está compuesta su agenda – responde caminando en círculos - Si Ángel tiene algún vínculo con ellos, puede abrirle la puerta de la sala de comunicaciones cuando quiera, no creo que haya nadie a esa hora.

- Debería haber algo que podamos hacer sin quedar expuestos. Si todo el Concejo llega a estar implicado, estamos al horno.

- ¿Y si enviamos una nota anónima?

- El único que estuvo en el exterior en estos días fuiste vos, y seguro lo saben.

- ¿Entonces? ¿Qué podemos hacer?

- Si tuviéramos alguien de confianza dentro... – digo, pensando en voz alta.
- Yo confío en Carlos.
- ¿Qué Carlos?
- Blanco.
- *¿El director? ¿Estás loco?*
- Pasa mucho tiempo en los talleres, hablé con él una vez. Además, ¿qué otra opción nos queda? ¿Conseguir respaldo?
- No serviría de nada - respondo - Seguro encontrarían alguna forma de presionar a tus aliados.
- Entonces está decidido. ¿Alguna sugerencia?
- Tratá de no andar solo.
- Creo que ya aprendí esa lección – dice llevando los ojos hacia arriba.
- Otra cosa. Cuanto menos lo sepan, mejor.
- Me parece bien.
- Espero que seas consciente de que le estás confiando tu vida al director.
- Ojalá no me equivoque.

Día 19 DB: Relevamiento del Búnker

CePIR: Centro de preservación, Inmunización y Reconquista

1. Funciones:

- Soporte vital de los refugiados
- Arca animal minimalista
- Estudio del virus y desarrollo de una cura
- Reserva de saberes técnico-científicos

2. Áreas:

- I+D (Ciencias biológicas)
- Agricultura
- Zoología
- Salud/Medicina
- Ingeniería
- Logística urbana (alimento, vestimenta, etc.)
- Economía
- Seguridad
- Director Ejecutivo
- Concejo Directivo

3. Planes:

- Inmunizar animales sanos (Arca)
- Exterminar animales infectados
- Desarrollar repelente o neutralizador sensorial

Es jueves y Alan se levanta más temprano de lo habitual. Se viste con su muda de ropa más decente, una que no tiene agujeros ni manchas de aceite, para hablar con Carlos, el director.

El director suele estar en su oficina antes del desayuno, entre las siete y las ocho. Si golpeás la puerta, generalmente te invita a pasar. Siempre hizo un gran esfuerzo para mostrarse sincero y accesible, así que quizás Alan haga bien en confiar en él.

Leo el libro de Zafón mientras como algo y respondo las preguntas que Pablo me hace sobre Luci. Sospecha algo, no quiere entender que no pasa nada.

Antes de ir al laboratorio, paso por Ingeniería y retiro algunos presupuestos. Aprovecho para agradecer a Caro por su ayuda.

Ya en la oficina, Tom y Luci discuten de pie sobre si la reprogenética es o no una buena idea. No tengo ganas de escuchar a nadie discutir, por lo que decido interrumpirlos.

- No importa, si igual la decisión es del Concejo. ¿Por qué no dejamos que el informe hable por nosotros?

- Hola, Marcos – saluda Tom – Una semana participando en las investigaciones y ya te sentís el encargado del laboratorio – me dice, a medio camino entre el chiste y la cagada a pedo.

- Perdón. Es que siento que no es la primera vez que tenemos esta discusión.

- Sí, es cierto – interviene Luci – Lo que pasa es que tenemos muchas dudas. Un proyecto así puede ser una completa pérdida de tiempo o, peor aún, algo muy peligroso.

- Sí, ya sé – respondo – Por eso tenemos que asegurarnos de que el informe sea lo más completo y claro posible.

- Está bien – concluye Tom.

- ¿Y ahora? ¿Qué hacemos? – pregunto. Tom mira a Luci.

- ¿Ya están todos los presupuestos?

- No, todavía no – respondo.

- Bien – dice Luci mientras acomoda sus coloridos lentes - Tenemos que empezar con el modelo de simulación. En eso les puede ayudar Daniel, el bioinformático del laboratorio ocho.

- Hablaré con él – dice Tom.

- Sí, vayan ustedes – dice Luci - Yo me sumo luego del almuerzo, tengo otras cosas que atender.

Pasamos toda la mañana ayudándole a Daniel a armar el modelo. Después voy a almorzar y me encuentro con Alan.

En voz baja y con mucho cuidado, me cuenta que el director le agradeció por la confianza y le dijo que iba a estar atento, que aún no podía darle explicaciones pero que pronto harían un anuncio importante. Lo escucho atentamente, le digo que hizo lo correcto y que ahora puede desligarse.

Sin embargo, tengo mis dudas. El director pudo haberle dicho eso para tranquilizarlo y mantenerlo en silencio, supiera o no lo que estaba sucediendo. En cualquier caso, el tiempo dirá si dijo la verdad o no.

Mientras tanto, reflexiono sobre la posibilidad de que haya más sobrevivientes y en los motivos por los cuales el Concejo no querría que lo supiésemos. Se me ocurre que, tal vez, no

quieren que nos encuentren e intenten entrar. Quizás tengan miedo de que quieran afanarnos, o quizás simplemente son demasiados y no el Búnker no tiene capacidad para alojarlos.

Vuelvo al laboratorio ocho y seguimos trabajando con Daniel.

Al rato llega Luci, Tom le explica a qué hace referencia cada fragmento del software. Seguimos así hasta casi medianoche, terminando todos los ajustes del programa.

Tras el desayuno paso una última vez por Ingeniería a retirar los informes restantes.

En su laboratorio, Daniel carga los datos en la computadora e inicia la simulación. Si bien nos advierte que puede demorar, esperamos los cuatro en la oficina.

Al principio no despegamos la mirada de la pantalla, un rato más tarde Tom va a prepararse un café y Luci busca una butaca para sentarse.

Pasa más de una hora hasta que Daniel nos avisa que el programa concluyó. Nos acercamos a leer en silencio. La primera en suspirar es Luci, un momento después Tom se cruza de brazos.

Los resultados no son demasiado concluyentes, pero incluso en el escenario más optimistas, el proyecto no demoraría menos de cinco años.

Eso es lo que podemos saber en base a la información científica que disponemos.

El tema es que hay muchas variables en juego. Por un lado, la ingeniería genética no ha tenido demasiado éxito en experimentos epidemiológicos. Por el otro, en humanos el CRISPR sólo se ha usado para curar enfermedades de individuos particulares, nunca para producir cambios hereditarios permanentes.

Regresamos a nuestro laboratorio y permanecemos ahí, redactando el informe, revisando y discutiendo para asegurarnos de incluir todos los riesgos y dificultades del proyecto. Tom gruñe a menudo y Luci no para de acomodarse el pelo tras la oreja.

A última hora de la tarde, el informe se imprime y ambos dejan su firma. Tom me acompaña a la oficina del Concejo a dejar la copia original y luego se marcha a cenar. *Ojalá el Concejo tenga en cuenta los comentarios y no únicamente el plazo pronosticado.*

Había dejado el libro en la oficina, así que regreso para buscarlo. Ahí, encuentro un microscopio sobre la mesa y decido llevarlo al depósito.

La luz está apagada pero la puerta abierta, se ve que cada área tiene su propio Alan.

Estoy por cerrar cuando noto que hay alguien dentro. Me asomo para avisar y veo que es Luci, apoyada contra la pared con los brazos cruzados, mirando hacia los sensores de incendio.

- ¿Estás bien? – pregunto a un par de metros, fracasando en mi intento de no sobresaltarla.

- Sí, sí. - Responde sin mucha convicción.

Guardo el microscopio en una estantería cercana y vuelvo con ella, que está ligeramente encorvada y hace como si estuviera ordenando una vitrina. Finalmente se endereza y voltea hacia mí.

- Tenía ganas de estar sola.

- Perdón. Ya me iba – digo mientras camino hacia la puerta.

- No. No te estaba echando – me dice. Yo vuelvo un par de pasos y ella guarda silencio.

- Luci, ¿qué pasa?

- El Concejo va a pedirnos que iniciemos el programa – dice agarrándose la muñeca.

- Creo que deberías tomártelo con calma.

Ella niega con la cabeza y mira hacia otro lado.

- Creo que... – digo con cuidado - deberíamos darle una oportunidad a los experimentos del australiano.

- Pero no tiene *ningún* tipo de revisión de pares... – dice, gesticulando con las manos.
 - Yo leí el informe.
 - Claro. Ahora me vas a decir que yo no sé nada porque *solamente* leo los resúmenes.
 - No – digo mostrando las palmas de las manos para tranquilizarla, pero la irrito aún más
- Sólo digo que sabe demasiado para ser un fraude.
- *Como vos sos un especialista en genética...*

Abro bien la boca para responderle, e inmediatamente la cierro. Está histérica, pero es cierto, no soy un especialista ni mucho menos.

Miro hacia la otra punta del depósito, me detengo a observar los racks de recipientes embalados, de equipos en sus respectivas cajas y las vitrinas de vidrio. Siglos de investigación científica y desarrollo tecnológico y esto es todo lo que nos queda, un depósito con menos de trescientos metros cuadrados.

- Marcos. No debí decir eso, perdón.
- No pasa nada. Estás bajo mucha presión. Tal vez más de la que deberías.
- ¿Qué otra cosa puedo hacer? – dice tras un largo suspiro – Pero tenés razón, debería olvidarme por unos días. No hay nada más que podamos hacer, no hasta el lunes.
- Acompañame.

Vamos a la oficina y le devuelvo el libro.

- ¿Lo terminaste?

Afirmo con la cabeza. Luci lo observa detenidamente, como si se tratase de un viejo amigo. Permanecemos en silencio, mirándonos por turnos.

Sus ojos están brillosos y enrojecidos, algo dilatados. Recuerdo lo que me insinuó Fabiano en la última sesión. Vacilo, no quiero meter la pata y ahuyentarla.

Acaricio su suave mejilla y sonrío lentamente, esperando una respuesta.

Luci pestañea y aprieta los labios. Es mi señal, pienso. Me arrimo lentamente y entrecierro los ojos. Ella los también los cierra y poso mis labios sobre los suyos.

Mi frente choca sobre sus grandes lentes y su rodilla se clava en mi pierna. Tomo su nuca y abro los ojos sigilosamente. Se ve frágil, algo tensa y asustada. Acaricio su pelo mientras ensayamos.

Los refugiados del Arca tenemos muchas emociones reprimidas, listas para explotar ante la primera oportunidad. A veces en forma de ataques de ira o instintos suicidas, y a veces...

Muerdo su labio inferior y la tomo por la cintura, ella exhala con fuerza.

Todo comienza a acelerarse y de pronto siento que hace calor. Mi guardapolvo está abierto y no sé cuándo sucedió. Me piso un zapato para descalzarme, pero el piso está frío y sucio, así que me dejo el otro.

Recorro su cuello y siento sus manos sobre mi pecho. Me apresuro a desabotonar su guardapolvo y, tras renegar con el sostén, opta por desabrochárselo ella misma.

Si bien es de tez blanca y acá no podemos tomar sol, sus senos están más pálidos que el resto de su piel. No son muy voluminosos, pero me gusta su suave e irregular textura.

Seguimos explorando en uno y otro lado, a medio desvestir, procurando no romper nada y hacer poco ruido. Desabrocho mi cinturón y ella sigue con los botones. La tomo por la cintura y nos sumergimos en un ritual diacrónico con elevado riesgo epidemiológico.

Siento el frío de la pared en mi espalda, su voz intermitente en mi oído. El tiempo me confunde, por momentos frenético, luego me pierdo en el acto y recobro súbitamente la conciencia, sin saber si pasaron varios minutos o apenas algunos segundos. El rito deja salir nuestros recónditos demonios y abrazamos el abismo que augura un final escalofriante.

Día 741 DB: Diseño y acervo genético

La reprogenética nos permite seleccionar aquellos genes que queramos transmitir a la siguiente generación, de ahí la palabra Eu-genesia, que significa buena genética. El método moderno consiste en jugar en el laboratorio con óvulos y espermatozoides hasta obtener el embrión deseado.

Hasta ahí todo va bien. A menos que consideremos que un embrión es una persona, ya que en ese caso estaríamos realizando un genocidio. Pero ese es otro tema. La espiritualidad y la ética especulativa son lujos que no tiene lugar cuando la supervivencia de la humanidad y la propia están en riesgo.

El principal problema de la eugenesia no es la discriminación a los genéticamente impuros, ni tampoco los católicos antiabortistas. Es el acervo genético.

A diferencia de la evolución por selección natural, la reprogenética selecciona artificialmente los genes para conseguir un híbrido específico. Los perros de raza son muy bonitos de mascota, pero en un entorno salvaje no durarían ni dos generaciones.

Por otra parte, la reproducción natural, además de ser mucho más entretenida, asegura una gran variedad genética que permite a la humanidad sobrevivir a cualquier brote endémico. Una generación eugenésica, en cambio, estaría a merced de que una nueva epidemia contagie a todos.

Es lunes por la mañana y tomo té negro con cereales de maíz. Un desayuno tranquilo, si no fuera por la insoportable curiosidad de Pablo que me satura con preguntas.

- Ya sé que no tenés ganas, pero el sábado no me contaste nada. Charly me dijo...
- Charly es un charlatán.
- Pero era verdad que los descubrieron en el depósito.

Doy un sorbo y guardo silencio. Él también, parece que llegamos a una tregua. *Pueblo chico, infierno grande.*

Sigo comiendo y Pablo saca del bolsillo su libreta. Parece bastante concentrado, por suerte.

- ¿Qué te parece? – dice de pronto, y arranca la hoja de su libreta – No hace falta ser un experto para ser un *gran* artista.

Es un dibujo bastante tosco de dos personas culeando en el baño. La chica, tiene lentes redondos y está inclinada hacia delante, es flaca y muy tetona, demasiado hentai para mi gusto. Detrás de ella, el chico tiene un brazo más largo que el otro, algo de barba y pelo despeinado.

Se lo arranco de la mano y lo hago un bollo.

- ¡Ey! Era mi dibujo.

Los murmullos de fondo se intensifican y los refugiados miran hacia el escenario. El director está subiendo. Se abotona la camisa rosada, hace una seña al sonidista y toma el micrófono.

- Buenos días – pausa – Me complace anunciarles que los análisis preliminares de la gente de Investigación y Desarrollo fueron muy satisfactorios. Gracias Luci, gracias Tom – dice, mirando hacia ellos. Tom asiente con la cabeza. – Por eso, el Concejo estuvo debatiendo y acordaron, *por unanimidad*, que el Proyecto de Inmunización Generacional está aprobado.

Aprobado. La puta que los pario, forros hijos de mil puta. Se lavan las manos, como siempre. Si algo sale mal nos van a culpar a nosotros.

- El objetivo de este proyecto, es que podamos volver al exterior sin que los animales infectados nos ataquen.

(Omite por completo que ninguno de nosotros va a gozar de esa inmunidad, que sólo aplica para los bebés transgénicos).

- ... Por otra parte, Ingeniería va a emprender un Programa de Expansión Territorial. Es decir, realizarán expediciones cada vez más periódicas para cercar un perímetro alrededor del Bunker. Ahí vamos a cultivar los suelos y aumentar nuestro suministro de alimentos. Un fuerte aplauso para todos.

El director cuelga el micrófono en el soporte y aplaude un largo rato.

Así que sobre eso eran las escuchas. Nos arriesgamos buchoneando a los Betts por unas expediciones de mierda. La puta madre.

En el laboratorio Luci analiza en detalle los informes del australiano loco, haciendo anotaciones y pensando en qué experimentos podríamos hacer para chequear sus resultados.

Con Tom hacemos una visita a Ingeniería, donde preparan una expedición para mapear el perímetro exterior. Le comentamos a Caro que necesitábamos capturar animales vivos para futuras

pruebas. Ella no tiene inconvenientes, pero aconseja que un investigador haga el trabajo.

Luego, por mera formalidad, Luci envía una nota de solicitud al director. Como Tom es demasiado viejo y las tareas de Luci demasiado indelegables, me preguntan si quiero ir.

Cuando por la noche le cuento a Alan, este se muere de envidia. No literalmente, por supuesto. Alan no había conseguido participar de ninguno de los CEAs anteriores, y de no estar suspendido hubiera podido participar de alguno de estos.

En Ingeniería me convocan a una capacitación intensiva. Por la mañana un teórico sobre los protocolos de traslado y evacuación, planimetría del Búnker y del perímetro exterior a analizar, más el ABC del equipamiento de exploración.

El equipamiento está integrado por un exoesqueleto electrónico de titanio poroso, que permite amplificar tus esfuerzos de una manera impresionante; una armadura de aleación de acero, recubierta con una pintura anticorrosiva de alta resistencia; un montón de dispositivos de medición, de gases atmosféricos, indicadores de salud corporales y del equipamiento mismo, que se proyectan sobre el visor del casco; micrófono y parlantes, con una recepción de más de cien metros.

Ya por la tarde lo probamos. Es incómodo, huele a solvente y me produce una ligera claustrofobia. Con él me muevo lento y me siento torpe, a pesar de que es bastante intuitivo. El instructor me observa preocupado, no tanto por mi integridad sino la del equipamiento.

El jueves un auxiliar me ayuda con el traje, me coloco el casco y dejo guiar hasta el ascensor secundario, que lleva hasta la salida estipulada para las exploraciones. Como es pequeño, tenemos que hacer un par de viajes.

Primero sube el otro equipo, integrado por dos hombres armados con unos enormes rifles y un cartógrafo con sus instrumentos. El ruidoso ascensor se aleja y se hace cada vez más pequeño hasta llegar a la cima del Bunker.

Mientras desciende, espero con mi mochila y una caja de acrílico. A mi lado está el otro cartógrafo, un escolta de seguridad y Omar, el jefe del equipo, también armado.

Cuando el ascensor llega, Omar abre la reja de seguridad y nos deja pasar. Entra detrás de mí y cierra la reja de seguridad. Escucho el motor del ascensor y siento como nos elevamos. Las sombras de la reja bajan a medida que pasamos uno y otro piso.

Me quedo mirando los enormes rifles que llevan.

- Es sólo precaución – me explica Omar, con una voz digital que sale de mi casco.

Afirmo con la cabeza.

Siento pesado el estómago y respiro con dificultad. La última vez que observé el cielo abierto, fue en un atardecer nublado con caranchos kamikaze en que muchos amigos murieron.

Llegamos arriba y salimos del ascensor. El otro equipo nos espera en aquella entresala cálida y bien iluminada.

El jefe de su equipo abre la otra puerta y van saliendo de a uno. Solamente faltó yo, así que avanzo para poner fin a la espera de los demás.

- ¿Arrepentido? – me pregunta Omar.

- Para nada.

- Eso quería oír.

Cierran la puerta detrás de mí.

Omar camina hacia una gran puerta redonda color amarillo y acciona la llave de seguridad. Luego se aferra a la rueda metálica que mueve los engranajes y la gira lentamente. Tras unas vueltas la rueda hace tope. Agarra el picaporte y la abre sin hacer ningún esfuerzo.

El resplandor del sol invade la sala e inmediatamente la pantalla de mi casco se oscurece para compensar la luminosidad.

Salen todos delante de mí excepto Omar, que cierra la compuerta.

El refugio está sobre unas sierras rocosas a más de mil metros sobre el nivel del mar, cerca de Bahía Blanca. Escucho el silbido de las ráfagas de viento, el display del casco indica una velocidad del aire de veinticuatro kilómetros por hora y una temperatura de dieciocho grados.

Caminamos por una calle asfaltada que desciende en zigzag, rodeada por pastizales verdes que se tornan más frondosos a medida que nos acercan a la base.

Estamos en primavera. El cielo es azul y el sol ilumina nuestras espaldas. Arbustos y pequeños árboles comienzan a recuperar el forraje.

A medida que nos acercábamos a la llanura, vemos esconderse a roedores, probablemente hurones o cuisés. También vemos revolotear aguiluchos ocasionales en el cielo.

El instructor nos dijo que mientras tuviéramos el equipo puesto no teníamos de que

preocuparnos, el traje blindado nos protege y esconde a la vez. Si no fueran tan complejos y costosos serían una excelente solución para vivir junto a los infectados.

Mi equipo avanza en un sentido y el otro en el contrario. Omar me indica que no me quede atrás.

Ya en el llano, el cartógrafo planta un trípode que sostiene una cámara y una serie de medidores.

Reanudan la marcha y me apresuro para no quedar atrás. Me cuesta mucho seguirles el paso, el terreno es algo desparejo y el traje me deja insensible al tacto.

Hago algunos pasos y de pronto mi pie se hunde en la tierra. Suelto bruscamente la caja para sostenerme con las manos.

- No te muevas - me dice Omar.

El escolta se arrodilla y quita el seguro de su rifle. Omar se acerca, extiende la mano y ayuda a levantarme.

- Es sólo un hormiguero - dice.

Agarro la caja y seguimos adelante, esta vez con más cuidado.

Esquivamos las piedras y cuidamos de no resbalar con el pasto húmedo mientras continuamos.

El cartógrafo hace una seña con la mano y nos detenemos. Planta otro trípode, y yo que aprovecho la pausa para colocar la trampa que traigo en la mochila. Dejo la caja y armo la trampa en torno a ella. Abro la compuerta y el ratón intenta escapar sin éxito, pues está atado con un arnés.

La idea es ver cómo reaccionan al olor humano los animales infectados, y de paso capturar uno. Para eso, impregnamos el ratón con muestras de sangre y sudor que donó Alan voluntariamente (a cambio de que termine su período de suspensión).

Recorremos en otra dirección algunos kilómetros, colocan el último trípode y hacen unas mediciones. Finalmente desarman el trípode y partimos de regreso.

Mientras el sol se pone sobre nosotros, Omar y el cartógrafo van catalogando los arbustos y tomando muestras de suelo.

Al llegar a la trampa, encuentro a la rata despellejada, junto a dos cuises cubiertos de sangre. Ellos hacen como si nada, juntan el trípode y yo mis cosas. Luego buscamos el sendero y subimos al Bunker.

Ahí arriba, nos espera el otro equipo. Al vernos, abren la compuerta y ceden el paso. Una vez que cierran y bloquean la compuerta, seguimos hacia el ascensor.

Ya en el taller, nos asisten con el desarmado de la armadura. Con ropa cómoda, salimos al pasillo con las cámaras y nos dirigimos hacia la oficina.

De camino me sorprende Luci y la saludo con un beso en la mejilla. Es muy agradable sentir su pelo contra mi rostro, aun con los gestos que hacen los técnicos.

- Conseguimos un par de cuicos.

- ¿Los puedo ver?

- Están camino a Zoología. ¿Querés acompañarnos a ver la grabación?

Entramos a la oficina. Omar se sienta en el escritorio, enciende la computadora y carga los datos.

Unos minutos más tarde reproduce el video. En este, el ratón se arrastra con todas sus fuerzas, intentando liberarse y salir de la caja.

Pasan los minutos, y el ratón no desiste, a pesar del cansancio y de la vasta distancia que tiene por delante.

A lo lejos, los pastizales comienzan a moverse, algo avanza sobre el suelo. El movimiento de los pastos imita una ola, cada una más cerca que la anterior.

De pronto, una fila de cuises tras otra sale de los yuyos, corriendo a toda velocidad en dirección al indefenso ratoncito, que empieza a chillar.

Hay una sola entrada a la caja, a través de un embudo de tela traslúcida. Los cuises que avanzaban por el medio logran entrar, los demás rodean la caja y la rasguñan.

Cuando los primeros cuises atraviesan el cono de tela e ingresan a la jaula, chocan un pequeño seguro que sella la caja y retrae la tela, dejándolos encerrados. Sin olor alguno que los atraiga, los demás se retiran.

El ratón corre en círculos, intentando escapar de los cuises. Sin embargo es en vano, no toma más de unos pocos segundos para que lo atrapen. El ratón se defiende y muerde a uno de ellos, pero los cuises son más feroces y lo atacan insaciablemente hasta comerle los ojos y dejarlo sin piel.

Ya sin el olor humano, los cuises dejan de interesarse en él y se tranquilizan. El ratón sigue temblando y desangrándose hasta que finalmente sucumbe.

Omar cierra el vídeo y todos permanecen callados. Le doy las gracias y con Luci nos vamos.

Ya en el pasillo nos tomamos de la mano. La acompaño a su habitación y nos sentamos en la cama.

- ¿Recuerdos?

Mira hacia adelante y no me responde.

- Te quiero mostrar algo – le digo.

Saco del profundo bolsillo de mi pantalón la libreta y se la ofrezco. Me mira con el ceño fruncido.

- El otro día, cuando estaba preocupado por la desaparición de Alan, me contaste cosas muy personales. Me sorprendió, a mí me cuesta hablar de ciertas cosas – trago saliva con dificultad – Pero quiero compensarlo. Ahora que saqué las partes vergonzosas, – digo en broma - me gustaría que la tengas.

- ¿Y dónde vas a escribir?

Me tomó por sorpresa, no había pensado en eso. Ella la agarra y lee en voz alta.

- Han pasado ya trece días desde que llegué al refugio. Me dieron esta libreta con la indicación de que escriba en ella mis pensamientos y recuerdos, así que acá voy.

Pasa un par de páginas y continúa:

- Pablo Fernández, mi compañero de celda, se rehúsa a hablarme. ¡Aun después de una semana! Yo quería una habitación para mí solo y... parece que me la han dado.

Riendo, nos dejamos caer sobre el colchón.

- Hagamos esto – me dice – De vez en cuando, vos me das tu libreta, y yo te doy la mía.

- ¿Un trueque?

- Mhm.

- Vine buscando cobre y encontré oro.

Luci me alcanza su libreta y leemos juntos en silencio. Cuando nos damos cuenta se hace de noche, y me invita a dormir con ella.

Día 745 DB: Libreta

Hoy, por primera vez, Luci me dejó ver su libreta.

Según me explicó, no le gusta escribir sobre su vida personal en una libreta que puede perderse y quedar al alcance de cualquiera. Cada loco con su tema.

Los rumores resultaron ser ciertos. Lleva ahí un pormenorizado registro de los experimentos relevantes de estos dos últimos años. También tiene planteos de proyectos prometedores, que no llegaron a realizarse. Estoy seguro que cualquier científico hubiera matado por tener acceso a esa información.

El tío de Peter Parker dijo una vez que, un gran poder, conlleva una gran responsabilidad. Si puedo leer algunas páginas todas las noches, pronto seré el segundo investigador que más sabe sobre el virus.

Además, que la ciencia médica de toda la humanidad dependa de la genialidad de una sola persona, no parece ser una gran idea. Necesitamos un respaldo, y tal vez pueda serlo yo.

Día 751 DB: Línea del tiempo

2027

- SEPTIEMBRE
- CePIR: rescate de profesionales y civiles.
- Entrevistas y asignación de tareas.
- Suicidio colectivo.
- Protocolo de salud, entrega de libretas.

2028

- AGOSTO
- Rumores sobre antena descompuesta
- SEPTIEMBRE
- Primer Comando Exterior Anual

2029

- SEPTIEMBRE
- Segundo Comando Exterior Anual
- Comando Exterior Extraordinario
- Programa de Inmunización Generacional (PIG)
- Programa Expansión Territorial (PET)

Durante estas dos semanas, Luci estuvo coordinando la integración de todos los laboratorios al PIG (Programa de Inmunización Generacional). Hubo reasignaciones, cambios de personal, capacitaciones... nada demasiado digno de mencionar. Lo importante es que ahora está todo listo para comenzar.

La primera fase, consiste en aprender a manipular la portabilidad de los roedores hacia cepas alteradas del retrovirus. Una vez logrado, los próximos pasos serán en mamíferos más grandes y por último en humanos. Llegar a ese punto demandará años de investigación, por lo que no hay tiempo que perder.

Necesitamos conseguir manipular el material genético del retrovirus, para que sea capaz de hospedarse en el mamífero sin ser atacado y rechazado por el sistema inmune. Además de eso, debemos lograr que sólo produzca en su hospedador el efecto programado. De lo contrario podría suceder que nunca logremos asimilarlo o que produzca cambios indeseados en nuestro ADN.

Mientras trabajamos en eso, Ingeniería cerca un pequeño perímetro en torno a las sierras.

En comparación con lo nuestro, su plan es relativamente sencillo.

En primer lugar, una cerca electrificada de alambre de púas, cubierta por dentro con media sombra, evita el paso de animales terrestres. Eso alcanzaría sólo para contener animales de pequeño tamaño, por eso desarrollamos unos repelentes químicos que perturban el olfato de aves y ganado.

En segundo lugar, detrás de ese cordón de seguridad, hay instaladas múltiples capas de vallas electrificadas, con un par de metros de separación entre cada hilera para usar de pasillos.

Por último, en el interior de aquella defensa, soldados equipados con trajes blindados y fusiles vigilan la zona, mientras los técnicos trabajan o cultivan.

Así, el Concejo pretende ensayar distintas maneras de regresar al exterior en presencia de los infectados. Según el anuncio del director, si los resultados son positivos y se puede deambular en el perímetro sin el armazón blindado, pronto comenzaremos a sembrar.

Alan me contó que enviaron un dron a sobrevolar tierras más lejanas. Más que descubrir nuevos lugares para establecerse o extraer suministros, el objetivo era observar cómo interactuaban los animales entre sí.

En un sitio encontraron ciervos, zorros, entre otras especies. Los filmaron durante todo un día y lo que descubrieron les voló la peluca: parece que todos se volvieron herbívoros, no se registraron signos de ningún predador, ni tampoco de disputa entre especies.

Además, los cuises que traje del exterior resultaron tener mutaciones similares a las de las Corales. Analizando más de cerca sus ADN, Luci descubrió unos sutiles cambios en la secuencia que anteriormente habíamos pasado por alto.

El virus parece haber mutado en una nueva cepa. Si bien aún están trabajando en eso, pareciera ser la clave de la nueva parsimonia que los infectados tienen entre sí.

Por otra parte, los refugiados no son nada indiferentes a lo que sucede. Los rumores circulan desde las oficinas a los pasillos, y durante las cenas se escucha a la gente discutir por cualquier disparate.

Algunos descreen de lo que se hace afuera, dicen que todo es una pantomima. Otros dicen

que en los laboratorios experimentamos con gente del pabellón psiquiátrico y que con sus cadáveres Zoología alimenta los animales. Como dijo Einstein: *hay dos cosas infinitas, el universo y la estupidez humana, y de la primera no estoy muy seguro.*

Pablo no para de decirnos a Alan y a mí que le consigamos un excarnívoro infectado, para analizar sus cambios morfológicos. Y así todos, casi no quedan refugiados que no hayan perdido la cabeza.

- Marcos - dice Luci, interrumpiendo mi recreo- No te olvides de esterilizar las jeringas.
- Ya voy.
- Y cerró la puerta del depósito, no vivimos en una carpa.

Estoy re podrido. Luci pretende que haga el trabajo de un genetista, al mismo tiempo que continuo con el de un pasante semiesclavo. Tiene suerte de que meta la pata en esas cosas y no en los experimentos o algo peor.

- Banca un toque. Ya voy.
- Lo mismo dijiste anoche, cuando intentaste...
- Sí, *ya sé* – rezongo, mientras Tom pasa y se caga de risa.

Alan estaba fuera del Bunker, dentro del perímetro exterior. Luego de semanas de suspensión y trabajo comunitario, había conseguido supervisar una operación de Ingeniería del PET (Programa de Expansión Territorial).

Deambulaba de un lado a otro, inspeccionando la instalación de paneles solares que alimentarían las cercas electrificadas, dentro de un traje blindado.

- Alan, avisame la próxima vez – reclamó uno de los soldados – Pequeño cagazo me dio. Dron del orto.

- ¿Qué dron? – preguntó Alan, mirando hacia la cima de las sierras.
- Allá arriba, a tus tres.
- No entiendo ¿Qué hace eso ahí? – pensó Alan en voz alta, mientras observaba en el cielo aquel helicóptero miniatura - No figura en mi agenda.

Cuando terminó el turno, el equipo completo regresó al Búnker. Se quitaron los trajes de protección y cada uno tomó un rumbo distinto.

Alan fue a hablar con Carolina sobre el error en su agenda de trabajo.

- ¿Cómo que un dron? – dijo Caro, sin estar segura de si ella era o no responsable del error – Si yo misma programé la agenda de la semana.
- ¿Preguntamos? Por las dudas
- Sí, va a ser lo mejor. ¿Querés avisarle al director? Así yo hablo con los técnicos para ver quién anduvo jugando haciéndose el vivo.
- Si, ahora voy para allá.

Alan tocó la puerta de la oficina del director y este lo invitó a sentarse. Desde el otro lado del elegante escritorio de madera oscura, Alan le contó lo sucedido.

El director escuchó atentamente, sujetándose la mandíbula con la mano. A mitad de la narración estuvo a punto de intervenir, luego se llevó nuevamente la mano a la mejilla y guardó silencio. Cuando terminó de contarle, se quitó los lentes y los apoyó con cuidado sobre la mesa.

- Ciertamente, es extraño – dijo el director – Creo que fuimos *mu*y claros con las normativas del Programa. En las operaciones exteriores hay que tener todo programado, sin excepción. ¿Quién es el responsable?

- Todavía no lo sabemos. La Ingeniera Martínez – Carolina – quería hablar con usted. En este momento, está hablando con técnicos y encargados.

- Bien. Decile que organice una reunión a última hora de la tarde, allá en Ingeniería.

- Sí, señor.

A la hora de la reunión, el director golpeó la puerta de la oficina de Carolina. Ya estaban todos ahí. Eran tantos que habían tenido que buscar banquetas de los talleres y amucharse en los rincones para entrar en aquella pequeña sala.

Estaban todos callados, algunos con los brazos cruzados, otros parpadeando con más frecuencia de lo habitual. Y tenían motivos para estar así. Alguien había guardado el dron en su correspondiente estante del taller, pues no faltaba ninguno.

Carolina y el director hablaron sermoneándolos a todos sobre los riesgos de no actuar como un equipo organizado y bla bla bla. A pesar de eso, nadie delató a nadie ni mucho menos asumió la culpa.

Cuando todos se fueron, Carolina le dijo a Alan que lo importante no era encontrar al culpable, sino que no pasara de nuevo. Que tienen que vigilar los equipos y cuidarse entre todos, para lo cual tienen que ser transparentes.

Al llegar al dormitorio, me contó sobre aquello. Yo estoy acostado en mi cama y tras pensarlo un largo rato sin llegar a nada, le pregunto:

- ¿Tenés idea si esto va a pasar a mayores o va quedar ahí?
- *Olvidate* – responde Alan, acostado en su cama – Esto va a subir hasta el Concejo.
- Pasan muchas cosas raras últimamente... Odio que no nos expliquen nada, es como estar a ciegas. Te acordás... hace un mes cuando escuchaste...
- Sí. Eso mismo estaba pensando.
- ¿Tendrá alguna relación?
- No lo sé. Pero, como vos decís, están pasando cosas *muy* raras.
- ¿Y si el director te mintió aquella vez?
- No sé qué decir... Tal vez era un dron del Concejo, del director o de alguien más...
- Si es así, los guardias deben haber visto algo. ¿El director no...
- No, no dijo nada al respecto.
- Alan, esta vez tenemos que mantenernos al margen.
- No te preocupes, no voy a decir nada.
- Si nos enfrentamos al Concejo y al director no hay forma de que no termine mal.

Día 758 DB: Daño colateral

Hoy, un dron no identificado sobrevoló el perímetro del Bunker. Desconcertados, los encargados de Ingeniería buscaron responsables, pero no tuvieron éxito. No tienen idea de qué sucedió.

Yo puedo ser algo paranoico, pero si Alan está de acuerdo entonces algo de razón debo tener. El Concejo está tramando algo, quizás también el director.

Hay demasiado en juego y alguien debería hacer algo. Sin embargo, los refugiados parecen estar cada día más desorientados e indiferentes. No tengo esperanza de que alguien se atreva o sepa qué hacer.

Yo ya me arriesgué una vez y tal vez pudiera volver a hacerlo. Pero sé que el Concejo hará cualquier cosa para conservar su poder, y me preocupa poner en peligro a Luci, Pablo o Alan.

¿Me estaré ablandando? Fabiano me dijo hace un tiempo que, cuando finalice el duelo de mi hermana, despertará dentro de mí una voz menos pragmática y más compasiva. Me dijo que estará en mis manos la decisión de escucharla o no.

Era media mañana y Alan estaba en el taller de reparaciones, revelando defectos superficiales de soldaduras. Escuchó la puerta abrirse a lo lejos y volteó a ver quién era.

Un señor alto, canoso y con unas profundas entradas que revelaban gran parte de su frente. Llevaba camisa celeste con los dos últimos botones desprendidos.

- Director – dijo Alan sorprendido - ¿Qué hace por acá?

- Buenos días, Alan. Necesito hablar con vos.

- Sí, por supuesto. Deme un minuto – respondió mientras dejaba el marcador y se limpiaba las manos con un trapo.

- Voy a ir al grano – Alan asintió con la cabeza - ¿Te acordás de hace unas semanas, cuando me contaste sobre la conversación que interceptaste?

- Si, de las exploraciones nocturnas – mintió Alan.

- Nunca hubo expediciones nocturnas.

Alan tragó saliva y comenzó a rascarse el cuello. El director continuó.

- En su momento acudí a la reunión del Concejo y pedí explicaciones. Me dijeron que estaban tan sorprendidos como yo y que se encargarían de averiguarlo. El asunto es que fueron pateando el tema hasta que finalmente dejé de preguntar. Creí que era inoperancia, pero ahora sé que me están ocultando información. El dron de ayer me hizo darme cuenta.

El director cierra los ojos, respira lenta y profundamente, luego los abre y mira fijo a Alan.

- Alan. Necesito que espíes al Concejo. ¿Estarías dispuesto?

- Director – dijo con las cejas tan levantadas que se le marcaron las arrugas de la frente - ¿Qué me está diciendo? Yo no podría...

- No hagamos esta conversación más difícil de lo que ya es – dijo el director, negando con la cabeza - Tenés las mismas sospechas que yo, y sabes que puede ser muy grave. La pregunta es: ¿Estás dispuesto a asumir el riesgo de que te descubran, con todo lo que eso implica?

- Quería evitar esto. Pero si me lo está pidiendo, no debe tener muchas opciones.

- No estás muy equivocado. Hablando de eso, ¿hay alguien más en quién confiarías esto?

- No, no lo creo. Pero cuanta menos gente lo sepa, mejor.

- Sí, estoy de acuerdo. Bien. Me encargaré de que te asignen trabajo en el perímetro. Una buena excusa para que instales algún que otro dispositivo de grabación. – Alan asintió con la cabeza – Otra cosa... no contactes conmigo a menos que descubras algo. No debemos levantar sospechas.

Es la una de la tarde y estoy en el dormitorio. Tenía pensado tirarme una siesta, pero Alan llegó eufórico a contarme sobre el encuentro que tuvo con el director.

- ¿No habías dicho que te ibas a desligar?

- Sí, ya sé. Pero qué más iba a hacer, me lo pidió personalmente.

- ¿Te dijo algo más? ¿Hay alguien más involucrado?

- Dio a entender que no. Y yo te mantuve al margen.

Es imposible dormir con noticias como esta. Alan juega al espía con el director y piensa

que dejándome afuera voy a estar tranquilo y más seguro.

Regreso al laboratorio. En el exterior están intentando cultivar y desde Agricultura me encargan estudios bacteriológicos del suelo.

- Hola, Marcos – saluda Luci con cara de pocos amigos.

- Hola. ¿Estás bien?

- Sí. Todo bien. Necesito que hables con una *voluntaria*.

- ¿Voluntaria? ¿Para qué?

- Dice que es para *el Proyecto*, quiere ofrecerse para los experimentos.

- Pero...

- No pude hacerle entender que las mutaciones poliploídeas solamente tienen efectos en las nuevas generaciones.

- *Veo*. ¿Algo más?

- Su nombre es Serena Piernabierta.

- *¿Me estás jodiendo?*

- No, me mostró su identificación.

Abro la puerta de la sala de reuniones y ahí está ella, sentada con las manos sobre la mesa ovalada. Es rubia, de labios carnosos, ojos oscuros y estatura media. Tiene una remera escotada en V de color gris, que deja ver parte de su gran busto.

Cuando me ve llegar, gira la cabeza hacia mí y sonríe. Agarro una silla y me siento a una distancia prudente. *No le digas señorita Pierna abierta*.

- Hola, Serena.

- Hola. ¿Cómo te llamás?

- Marcos.

- Marcos – repite mientras se enreda un mechón de cabello con las manos.

- Serena. Lo que Luci trató de explicar... - digo, mientras hago un esfuerzo para mirarla a los ojos – es que las mutaciones las reciben los bebés. Nosotros no nos podemos *curar*.

- Ah, *de una*. ¿Y cómo sería eso?

- Con fecundación in vitro. ¿Viste cuando arman los embriones en frasquitos? – Serena afirma con la cabeza – Bueno, hacemos eso y luego lo introducimos en la madre hospedadora.

- Tal vez sea divertido.

- ¿Cómo?

- Anotarme como voluntaria.

- De acuerdo, Serena. Cuando necesitemos madres te avisamos.

- Gracias.

Me levanto y abro la puerta para que salga. La acompaño hasta el pasillo y ella se despide con un beso. Debería ser rápido y en el cachete, sin embargo que se reparte en esa zona y parte de mis labios, de manera prolongada aprovechando que permanezco completamente paralizado.

Al regresar, Luci me fulmina con la mirada.

- ¿Qué pasa?

- Vos sabrás.

Estábamos solos cuando despedí a Serena, estoy seguro que nadie nos vio. Por lo tanto debe ser otra cosa.

Continuo con los análisis de suelo, esperando sin demasiado éxito que Luci se calme. Más tarde comienzo a sentir un ligero sabor a frutilla, así que me saco la lapicera de la boca.

Voy al baño porque me estoy re meando. Mientras camino al mingitorio los vagos me miran raro. Enfrento el espejo y me doy cuenta, tengo una boca dibujada con lápiz labial. Y

ahora... ¿cómo le explico a Luci?

Por la mañana, Alan trabajaba de niñera. Al menos así se sentía por momentos, cuando tenía que intervenir para que los de Agricultura no se agarren a las piñas con los de Seguridad por haberles pisado una zona cultivada. Eso le tenía las bolas llenas.

Pero estar enojado le ayudaba a no pensar demasiado en el riesgo de que alguien lo vea colocando grabadores. Si bien tenía un arsenal de explicaciones posibles para lo que hacía, siempre existía la posibilidad de que sospecharan y hablen con algún superior. Pensar en eso le hacía estar *cagado hasta las patas*.

- ¿Todo en orden jefe?

- Eso parece – respondió Alan, mientras guardaba un grabador y colocaba otro bajo la batería de los paneles solares.

El dispositivo, tenía una pequeña antena que amplificaba la recepción, y un circuito electrónico que sintonizaba alternadamente distintas frecuencias. Cuando percibía que una frecuencia tenía mayor intensidad, dejaba de buscar y se quedaba con ella. Además, Alan la había programado para ignorar las frecuencias usadas por los trajes blindados, por lo que, si alguien se comunicaba con el Búnker, lo grabaría.

Con el traje blindado era muy difícil ser sutil y sigiloso por los movimientos. Hacer el recambio de dispositivos y hacer las comprobaciones del sistema de alimentación eléctrica se le complicaba.

- Necesita ayuda – dijo un agricultor, acercándose con máscaras antigás y ropa blanca. Las máscaras eran lo único que les impedía marearse y vomitar, ya que el perímetro hedía a orina y jugos gástricos, el olor del repelente de animales aéreos.

- No, gracias. Ya terminé.

Alan guardó un tester, un destornillador, unas pinzas y el grabador en la caja de herramientas. Permaneció de pie esperando que los agricultores terminen su trabajo.

Llegada la una, volvió al refugio y almorzó en el Salón Principal. Por más ansiedad que tenía, era preciso que esperase, no quería llamar la atención de nadie.

Luego de su ración de sopa de legumbres, regresó a la oficina del taller. Se puso a redactar su reporte del día, esperando que lo dejaran solo.

Cuando el último técnico salió de la habitación, fue hasta una de las computadoras y conectó el dispositivo, descargó las grabaciones y pensó en la manera más eficiente de analizarlas.

Como eran alrededor de veinticuatro horas de grabación, no podía simplemente escucharlas. En lugar de reproducir, simplemente deslizaba el mouse sobre la barra y veía los gráficos de barra que indicaban la modulación del sonido. El ruido blanco o ambiental presentaba barras relativamente constantes, mientras que las conversaciones profundas fluctuaciones.

Nada, puras barras planas. *Habrá que ser pacientes.*

Para Luci:

¿Te dije que sos una cosa cautivante?

Sí, cosa. Como un mueble o una mascota, pero también todo un universo. Algo.

Podría pasar horas mirándote, si tan sólo dejaras de ir de un lugar a otro.

Me encantan tus ojos, tu pelo, tu boca. Igual que el resto de tu cuerpo. Aunque eso es lo de menos.

Me intriga esa combinación de inocencia con conocimiento, como si hubieras probado la manzana prohibida y no por eso haber cambiado. Hablaría durante días, estudiando lo que decís e indagando en qué pensás.

Me dan ganas de hacer un montón de cosas con vos. Y no son únicamente sexuales (aunque muchas de ellas lo son). Quisiera conocerte más, compartir experiencias, recorrer las ruinas del mundo, discutir hasta el cansancio y, sí, también tener relaciones.

Obviamente no necesitas responderme ya. Pero cuando tengas algo para decir, por más breve e injustificado que sea, por favor hacémeo saber. La ansiedad me puede.

Fiel a mi rutina, desayuno escuchando sobre la pequeña peña que Pablo está organizando con sus colegas de Zoología. Esa es la clase de cosas que uno hace cuando está al pedo. Aunque la verdad me parece una gran idea, espero que no la desautoricen y quede en nada.

[Recuerdo la última, fue algo rara. Habían corrido mesas y sillas a un lado para armar una pista de baile. Ahí y sin más, sin ayuda del fernet o la cerveza, ni tampoco de luces estroboscópicas, se movían, guiados por el repetitivo ritmo del reggaetón y la cumbia villera.

Haciendo uso de algunas mesas y sillas que no estaban tumbadas, viejos y descaderados jugaban a las cartas. En otra esquina un grupito de vagos se turnaba para encarar alguna mina, y mientras esperaban su turno se reían de como su amigo rebotaba.

Así transcurrió hasta no muy pasada la medianoche, cuando poco a poco fueron despejando el lugar y circulando por los pasillos. El Salón estuvo sucio hasta la tarde siguiente, pero no nos importó].

En el laboratorio intento concentrarme, sin embargo no puedo dejar de pensar en lo que estará haciendo Alan. Tom me descubre con la mirada perdida un largo rato y me caga a pedo.

Decido hacer mandados y organizar el laboratorio. En realidad no me corresponde, lo que pasa es que no estoy en condiciones de otra cosa.

Luci está distante y parece esquivarme. Por más que lo niegue, sigue molesta por lo de Serena. Aunque eso no es todo, está cada día más pasada de rosca, y para colmo no se siente muy bien. Pero es demasiado testaruda para tomarse unos días.

Voy a visitarla a su habitación por la noche. La encuentro recostada, mirando su libreta. Aún no es hora de que apaguen las luces.

- Permiso – digo tras abrir la puerta.
- Marcos. Preferiría estar sola esta noche.
- Bueno, no hay problema – le digo mientras me siento en el escritorio, para probar suerte.
- Significa que quiero que me dejes sola.
- Buenas noches.

Regreso a mi dormitorio, subo la escalera de la cama y me acuesto. Un rato más tarde llega Alan.

- Alan...
- Marcos
- ¿Cómo te fue?
- Sin novedades – dice a secas, luego se acuesta a dormir.

Intento hacer lo mismo, pero sus ronquidos me inquietan. Meto la cabeza debajo de la almohada, pero no me sirve de nada.

Me había acostumbrado, en serio, era un ronquido grave y continuo, casi como un ronroneo o el sonido de un motor de combustión regulando. Ahora, en cambio, parece el motor de una camioneta vieja, que acelera de repente y repentinamente se detiene por completo. Parece que se va a morir.

Bajo de la cama y me visto con ropa cómoda. Agarro la almohada y salgo a la penumbra del pasillo.

Estaría bueno dormir en el cine, si tuviera para pagar la entrada. Tal vez puedo hacer como en los aeropuertos, arrimo algunas mesas y me acuesto arriba.

Parece una buena idea. Entonces me dirijo al Salón, a altas horas de la noche, mientras todo el mundo duerme. Llego y me pongo a arrastrar un par de mesas.

Es perfecto. No hay ruido, está oscuro y las mesas son bastante sólidas. Me paro en la silla y acuesto de espalda.

- ¿Quién anda ahí? – pregunta alguien encandilándome con la linterna.

- Hola – respondo entrecerrando los ojos – Soy Marcos Mayr, de I más D.

- Permítame su libreta.

Las libretas sirven de identificación, tienen número de refugiado, una fotografía y unas páginas para anotaciones oficiales. Se la entrego y lee mis datos.

- Vine para dormir algunas horas, mi compañero...

- ¿Tiene autorización?

- ¿Qué? No, mi compañero ronca, y no podía...

El sereno es alto, de pelo corto y cara de perro. Saca una lapicera y anota en mi libreta, luego en la suya. Por último me la devuelve.

- ¿Qué es esto?

- Una multa. También puede hacer un pago voluntario ahora. Le sale menos de la mitad, y no se registra el antecedente.

Lo que me faltaba, un cana coimero. Les encanta buscar excusas para currar. Igual no le pago ni en pedo, y aunque quisiera no tengo un sope. Mañana me voy a tener que fumar una hora haciendo el descargo en las oficinas de atención de Logística Urbana.

- No tengo plata – le respondo de mala gana.

- Una lástima.

- Bueno, te agradecería que apagaras la luz. Ya demasiado caro me salió el hotel.

- De ninguna manera. Usted se vuelve a su dormitorio – me dice levantando la voz.

- A ver. Ya me hiciste la multa. Quiero dormir nomas. Mañana me levanto a primera hora, cuando encienden las luces, y ordeno todo.

- No me hagás calentar.

Definitivamente tendría que haber parado ahí. Antes que agarre el bastón, me patoteo y se entere medio piso.

- Si no se entera nadie. *¿Qué te jode?*

- A ver si me entendés, *pendejo* – dice agarrando su cachiporra – Acomodá ya esa mesa y me indicás dónde queda tu pieza.

Levanto las manos para indicarle que voy a cooperar.

Arrastro la mesa hasta donde estaba y agarro la almohada. Él me alumbra el camino hasta el pasillo. Caminamos hasta la puerta de mi dormitorio y se queda esperando a que entre.

Cierro y me quedo viendo por la ranura de la puerta como la luz de la linterna se desvanece.

Alan todavía ronca. El sonido resuena despacio durante unos largos segundos, después toma aire y sube el volumen, hasta llegar a un pico máximo y apagarse de golpe. Luego vuelve a empezar.

El sereno ya debe estar en otro lado. Así que agarro la almohada y nuevamente salgo al pasillo.

Avanzo en sentido contrario al Salón para alejarme por completo de los ronquidos. Elijo una zona donde las luces no molestan tanto y me siento contra la pared.

Escucho unos pasos a lo lejos. *Otra vez no.*

- ¿Noche jodida? – pregunta una chica no muy alta, con el pelo suelto. Cuando está a un par de pasos la reconozco, es Serena.

- Algo así.

- Los escuché. ¿Qué fue lo que pasó?

- Me hizo una multa y pidió coima.

- Típico – responde riendo – ¿No podés dormir?

- Mi compañero no para de roncar.

- ¿Te molesta si te acompaño?

Niego con la cabeza y ella se sienta a mi lado.

- Ayer me metiste en un lío bárbaro.

- ¿Sí?

- Me dejaste lápiz labial en la boca.

- ¿Tu jefa es muy estricta?

- No es sólo mi jefa.

- Ay, que tonta. No me di cuenta.

- No te hagás drama, no es para tanto igual.

Es tarde. No tengo reloj, pero debe ser más de la una, quizás las dos. Estoy agotado y hay penumbra. Serena apoya la cabeza sobre mi hombro, y yo mi cabeza sobre la suya. Serena es voluptuosa y huele bien, cierro los ojos y dejo volar mi imaginación con ese aroma.

Estoy en un parque, el día está soleado y de fondo unos chicos juegan a la pelota. Serena se balancea en una hamaca sonriente, la cadena se tensa y grita del susto. De pronto caigo y siento un fuerte vértigo. Me despierto sobresaltado y sacudiendo la cabeza.

- Marc...

- Perdón – digo, a pesar de que no la golpeé.

- No, no es eso... ¿Vamos a mi dormitorio?

Aprieto con fuerza los ojos y suspiro. Ganas no me faltan. Serena es simpática y sencilla. Además, tiene una mirada irrealmente sensual, ni hablar del cuerpo. Me siento para la mierda, *Luci...*

- Perdón, Serena. No puedo.

Baja la mirada y me hace sentir peor. Cruzo mi brazo sobre su hombro e intento explicarle, como si significara algo.

- Serena, vos no tenés nada de malo. Todo lo contrario, sos una mujer increíble. Pero... Lo que tengo con Luci es muy serio, por lo menos para mí. No quiero arruinarlo.

- Te entiendo. No te hagás drama.

- Gracias por acompañarme, de verdad. Creo que te convendría irte a dormir, no sirve de nada que los dos andemos mañana como zombis.

- Bueno, dale.

- Que duermas bien.

Día 21 DB: Línea del tiempo

2027

- MAYO
- Aparición del virus en Centroamérica.
- Fenómenos aislados relacionados al virus.
- JUNIO
- Ataques de aves a personas.
- Propagación exponencial.
- Reconocimiento público.
- JULIO
- Aumento de las muertes.
- Actividades públicas suspendidas.
- Las aves son declaradas plaga, se permite su caza indiscriminada.
- AGOSTO
- Pueblos masacrados.
- Estado de emergencia en Argentina y resto de América.
- Misiones militares de exterminación de aves.
- Invasión de roedores a grandes ciudades.
- SEPTIEMBRE
- CePIR: rescate de profesionales y civiles.

Mastico lentamente los cereales, intentando poner la mente en blanco y no pensar en la pesadumbre que tengo en la cabeza. Gracias a la estupenda noche que pasé en el pasillo, fui de los primeros en llegar al Salón.

Las mesas se van llenando y Pablo se sienta frente a mí. Llevo un rato comiendo cuando descubro que me observa detenidamente, como esperando que yo haga algo.

- ¿Qué?

- ¿Qué onda con la enfermera?

Lo miro confundido y hago con las manos un ademán de no estar entendiendo a qué se refiere.

- Se enteró todo el mundo de lo de anoche.

- Ah, eso. No es para tanto. Sí, está bien, tengo una multa y poca plata.

Pablo niega con la cabeza.

- Charly me contó. Te vieron en el pasillo con la enfermera, la rubia que está re fuerte.

- ¿Serena?

- Sí. No sé cómo se llama.

- Pero no pasó nada...

- Mmm... ¿Conocés la expresión *no mates al mensajero*?

- Sí, ¿Qué pasa, Pablo?

- Anda circulando que se anduvieron apretando en pleno pasillo. Y esa es la versión conservadora.

- *La puta que los parió* – digo, sin darme cuenta de que estoy puteando bastante fuerte y muchos me miran - ¿La versión conservadora?

- Sí. También hay unos memes dando vuelta. Pero yo no tuve nada que ver – dice, mientras levanta las manos en señal de inocencia – Parece que te estás haciendo popular.

- ¿Cómo es el meme?

- Parecido al del baño, pero más *hentai*.

- *Orientales de mierda*.

- Sí, son lo peor.

- ¿Qué fue lo que pasó?

- Nada. Me acompañó. Hablamos. Volvió a su dormitorio. Punto. ¿Entendido?

- Que decepción.

No soporto que me miren, así que termino rápido y voy a trabajar.

Mientras camino por los pasillos advierto que soy objeto de miradas y eventuales cuchicheos. *Estoy al horno*, Luci seguro lo sabe.

Intento hablar con ella, que me dice que está ocupada, que hablamos luego. Entra y sale del laboratorio, no sé si me está evitando o simplemente se mantiene ocupada.

Llega el cambio de turno y no aguanto más, siento que se me va de las manos. Deambulo por los laboratorios hasta dar con ella.

- Tenemos que hablar – digo sin más. Ella me mira fijamente.

- ¿Ahora?

- Sí, y a solas.

Vamos hasta una sala de reuniones que se encuentra vacía y nos sentamos. Ella permanece en silencio, esperando que empiece yo.

- Yo sé que los rumores no me dejan bien parado, menos con lo del otro día. Pero créeme que no es lo que parece.

Luci se cruza de brazos y escucha atentamente.

- No tengo nada con Serena. Ni tampoco tuve.

- ¿Con *Serena*? ¿Qué hiciste? – pregunta, mirando por encima de sus anteojos.

- No... ¿no te enteraste de nada? – niega con la cabeza – Anoche, cuando...

- La versión corta, *por favor*.

- Bueno. Cuando me echaste – Luci arruga la cara – Estoy resumiendo... Alan roncaba más que nunca, y yo no podía dormir. Fui al Salón y discutí con un sereno. Me puso una multa y... Terminé intentando dormir en el pasillo.

- ¿Y Serena?

- A eso iba. Apareció ahí.

- ¿Apareció? ¿Así, de la nada?

- Se que suena difícil de creer. Pero con el sereno se armó un escándalo. Serena se debe haber despertado y reconocido mi voz. Me acompañó un rato y después volvió a su habitación.

- ¿Nada más?

- Nada más.

- ¿Qué es lo que andan diciendo?

- Es como el meme de la otra vez.

- ... que era verdad.

- Sí, ya sé. Pero esta vez algún chanta le mandó fruta.

- *Mirá...* No me gusta el papel de novia celosa, pero tenés que decirme la verdad. Si me decís que no... tuvieron relaciones, está bien. Pero no pretendas que crea que no pasó *nada*.

- Pero... Bueno, está bien. La otra vez, en el laboratorio, fue un poco provocativa, bastante. Me tomó por sorpresa con ese beso. Si no fuera así te hubieses dado cuenta, no soy tan estúpido como para hacer algo a escondidas y no tener cuidado de limpiar las evidencias. Esta vez, le dije que me causó problemas con vos y se disculpó. *Mirá*, lo único, y por favor que quede entre nosotros, lo único que pasó es que en un momento entró en confianza y me invitó a dormir con ella.

- ¡*Hija de puta!* ¿Y vos...?

- *No*. Por supuesto que no.

Luci se lleva una mano a la cabeza y cierra los ojos con una mueca de dolor.

- ¿Estás bien? Perdón, yo...

- No es tu culpa. Ando con mareos y dolor de cabeza.

- Lo siento mucho. Y discutir no ayuda.

- No. ¿Podrías dejarme sola?

Alan pasó nuevamente a recambiar el grabador. Ya llevaba un par de días con esa rutina y casi no le temblaban las piernas cuando se ponía el traje.

En las huertas, algunas semillas ya estaban germinando. Los agricultores regaban y se cercioraban de que todo marchara en orden. Alan comprobaba el correcto funcionamiento de los sistemas eléctricos de seguridad y dirigía la expedición.

Jefe – dijo uno de los soldados de turno – ¿Es normal eso?

Miró hacia el cielo, dónde el guardia señalaba. Vio una bandada de aguiluchos sobrevolando en círculos a unos cien o doscientos metros de altura.

- Están muy alto – respondió Alan - El repelente no debe llegar hasta allá.

- Entendido.

- Aunque tengo que admitirlo, es un poco perturbador verlos ahí dando vueltas. Supongo que el trauma nunca desaparece del todo.

Uno de los agricultores cerró la válvula que deja salir el agua por los regadores y luego se quedó mirando hacia arriba. Su compañero hizo lo mismo y Alan volvió a voltear, sólo por curiosidad.

Los aguiluchos comenzaron a ascender en órbitas cada vez más pequeñas.

Alan no lograba recordar si era de un documental, una película o qué, pero escuchó en su cabeza la voz de un narrador que explicaba que las águilas suelen ser solitarias, y rara vez volar en grupo.

Al llegar al centro del remolino, los aguiluchos comenzaron a descender, uno tras otro y en formación de V, a toda velocidad.

- ¡Fuego a discreción! - ordenó Alan

Los soldados tomaron sus enormes rifles automáticos y dispararon al cielo, en una indistinguible sucesión de balas. Los agricultores corrían al refugio y Alan los seguía por detrás.

Las aves caían a montones, pero eran demasiadas. Los aguiluchos volaron directo a los agricultores, y los guardias no se animaban a disparar por temor a herirlos.

Segundos más tarde, los aguiluchos los alcanzaron y atacaron ferozmente. Alan ordenó la retirada y ayudaron a los agricultores, cuya ropa no llegaba a cubrirlos de los picotazos.

Finalmente, abrieron la compuerta e ingresaron al Búnker.

Algunos aguiluchos lograron entrar. Entre los guardias y Alan los fueron degollando hasta que no quedó ninguno.

A su alrededor, los agricultores estaban sangrando y algunos habían perdido la conciencia.

- ¡Rápido! – gritó Alan – ¡Hay que llevarlos al Hospital!

Alan ayudó a cargarlos y entre todos los llevaron hasta el ascensor.

Alan apoyó al hombre que llevaba contra la pared para abrir la rejilla, dejó entrar a los guardias y antes de ingresar volvió a cargarlo. Uno de los guardias cerró la puerta y descendieron acompañados por el sonido del motor.

- Tenemos una emergencia – dijo Alan - Hay seis heridos bajando por el ascensor.

Se detuvieron en el sector médico, el cual tiene un ancho pasillo, de colores claros y bien iluminado, que lo divide al medio.

Desde la mesa de recepción que tiene forma de L, la secretaria se llevó las manos sobre la boca al ver la sangre de los heridos. Mientras que, del otro lado, una decena de enfermeros esperaban con seis camillas.

Alan quiso acompañarlos, pero un médico se interpuso.

- No está permitido el ingreso de equipos pesados.

Alan gruñó. Luego se contuvo, sabía que tenían razón. El hospital tenía equipos delicados y las reglas estaban por algo.

- Lo siento, doctor. Enseguida bajamos. Por favor, avísenos ni bien tengan el diagnóstico.

Llegaron al taller y se quitaron los trajes. Uno de los soldados temblaba y el otro tenía la mirada perdida.

- Vayan a descansar – les dijo Alan – Lo hicieron bien.

Alan terminó de vestirse y regresó al hospital. Tuvo que insistir, pero finalmente lo dejaron entrar a la sala de cuidados intensivos. Ahí, encontró a dos sujetos durmiendo y con los ojos vendados.

- ¿Dónde está el resto?

- Perdieron mucha sangre, no pudimos hacer nada – dijo fríamente la doctora.

Alan tragó saliva y avanzó hacia los heridos.

- ¿Cómo están ellos?

- Estamos monitoreando su evolución. Tienen heridas superficiales por todo el cuerpo, pero creo que sobrevivirán.

- ¿Por qué vendaron sus ojos?

- Porque se los destrozaron.

Día 66 DB: Susceptibilidades a evitar

Con Pablo decidimos dejar los chistes para el dormitorio, no queremos volver a pasar un momento así de incómodo.

No es que seamos morbosos o insensibles, sino que es difícil saber sobre qué hablar. No tenemos libros ni películas nuevas de las que hablar y del trabajo estamos cansados. Tampoco podemos hablar de la familia o amigos, porque eso sí es un tema sensible.

Para nosotros el humor es algo terapéutico, nos ayuda a aceptar el pasado y aliviar la tensión. Pero se ve que a algunos les hace revivir viejas escenas y perder el control.

Ahora entiendo por qué algunos prefieren estar a solas.

Lo de los agricultores fue horrible. El director homenajeó su sacrificio e intentó tranquilizar a los refugiados, que sin embargo caminan apresuradamente y algunos hasta tienen evidentes tics.

¿Por qué fallaron los repelentes? La responsabilidad recae sobre I+D y en segunda instancia sobre Zoología, así que interrumpimos todas las actividades y nos concentramos en eso.

La primera hipótesis es que fue una cuestión de potencia, la altura de los aguiluchos era demasiado alta y el viento no colaboró. En primera instancia parecería tener sentido, ya que las águilas se guían principalmente por la vista.

No obstante, si es así, ¿Por qué no se detuvieron al acercarse a los agricultores? Según otra opción, el shock de adrenalina pudo haber inhibido ciertas funciones no esenciales y, por ende, una vez iniciado el ataque los repelentes no surtan efecto.

Alan viene a la oficina y dice que tiene que hablar conmigo. Dejo mis cosas y vamos hacia el laboratorio, que de momento está vacío. Me siento en una butaca y escucho.

- Se comunicaron anoche.
 - ¿Qué? – pregunto desconcertado, Alan hace un ademán de que espere.
 - Ayer, luego del ataque, no hice tiempo para analizar la *grabación*. Tampoco me hice mucho problema, nunca hay nada. Hoy me hice un hueco y encontré algo.
 - ¿Y? ¿Qué decían?
 - Los regañaron por trabajar sin trajes de seguridad. Parece que en esta época del año los animales son más agresivos... Definitivamente no era la primera vez que hablaban.
 - ¿Sabés quiénes eran?
 - Elías y un tal Milton.
 - Milton, ese nombre no me suena.
 - A mí tampoco. Veremos si Carlos sí.
 - ¿Qué más escuchaste?
 - Fueron muy breves, pero Elías sabe que el director sospecha del Concejo. Por eso le dejaron vía libre con el Programa.
 - ¿Dónde está la grabación ahora?
 - En la oficina de Carlos.
 - O sea que ya lo sabe.
- Alan afirma con la cabeza y se lleva la mano al mentón, como si se peinara la barba.
- Tenemos que hacer algo – dice de repente - El Concejo oculta información y conspira contra el director. Hay un grupo de sobrevivientes en algún lado, y ellos saben por qué ocurrió el ataque.
 - Ya lo hiciste. El director está enterado.
 - Pero esto recién empieza. Va a necesitar de nuestra ayuda más que nunca.
 - ¿Para qué?
 - Para destituir el Concejo.
 - ¿Qué? ¿Estás enfermo?
 - Está muriendo gente, y no les importa.

- Pero no tenemos chance. El Concejo maneja la seguridad...
- No toda. Y no te olvides que Carlos es el brazo ejecutivo del Concejo.
- O sea...
- Es el que se comunica con todos los jefes de área, te apuesto lo que quieras a que muchos confían en él. Vamos a necesitar mucha ayuda y muchas horas de vigilia.
- Y un pequeño milagro.

[Cuando llegué al Bunker, estaba conmocionado y aterrorizado. Lo único que quería era olvidarme de los animales infectados y del mundo, dejar atrás la culpa de los que quedaron atrás y poder reconstruir mi vida, sea como sea.

No mucho tiempo después, me acostumbré a mi nuevo hábitat y mi nueva vida. Entonces, comencé a tener dudas sobre si la gente que conducía el Bunker realmente sabía lo que estaba haciendo.

Tal vez no era el único, pero si el único que cometió el error de querer actuar. Al intentar llamar la atención y juntar seguidores, mi preocupación fue vista como una declaración de poder y un dolor de cabeza para el Concejo. Y casi pago caro por eso.

Eventualmente hice las paces. Quizás mis preocupaciones eran exageradas, quizás los refugiados no estaban listos para la verdad.

Había una antigua fábula en la cual un grupo de prisioneros han vivido, desde su infancia, encadenados en una caverna. Estos sólo puedan mirar al frente, y lo único que ven son sombras proyectadas por una gran fogata que se enciende detrás de ellos. Como nunca han visto otra cosa, los prisioneros creen que esas sombras son todo lo existe.

Un día, uno de ellos es liberado y escapa de la caverna. Primero se encandila con la intensa luz del sol. Más tarde se acostumbra, sin embargo no puede creer lo que ve, es demasiado diferente a todo lo que conocía.

Finalmente termina aceptando lo que sus ojos le muestran y decide regresar, para contarles a sus hermanos lo que ha descubierto. Sin embargo, ahí dentro, no puede distinguir entre las sombras y anda a los tropezones, todos se ríen de él y lo tratan de loco.

Se trata de la famosa Alegoría de la Caverna de Platón, repetida hasta la náusea, pero muy ilustrativa y útil.

Tal vez, en aquel entonces, fui como el prisionero. Quise volver a la caverna demasiado pronto, como estaba encandilado fui torpe y nadie me tomó en serio.

Tal vez sólo necesitaba tiempo. Tiempo para acostumbrarme a la oscuridad y transmitir un mensaje más moderado. O quizás, aun así, no me hubieran dejado. Nunca lo sabré].

Ya no dudo solamente de la idoneidad y los métodos del Concejo, también de sus intenciones.

Como dijo Alan, está muriendo gente y no les importa. No podemos seguir de brazos cruzados y esperar que todo se resuelva mágicamente. Sé que es lo correcto, y también necesario.

Aun así, la ansiedad y el nerviosismo no aflojan. El director tendrá sus influencias, pero el Concejo lleva años de adoctrinamiento psicológico y social.

- Director.

- Alan. Pasá, cerrá la puerta.

Entro detrás suyo y el director me mira detenidamente, como si estuviera evaluándome. Alan me acerca una silla y me siento en ella. Al otro lado del escritorio está el director, sentado con ambas manos sobre la mesa.

- Él es Marcos. Mi compañero de dormitorio.

El director se quita los lentes y los deja sobre la mesa.

- Estuvo al tanto desde el principio – prosigue Alan – Es de confianza, fue quién envió una carta al Concejo durante el primer año.

¿Qué necesidad, Alan? Esquivo la mirada del director y aprieto los puños.

- Sí, ahora recuerdo – dice, tras unos segundos – Que buena manera de empezar con el pie izquierdo.

- Ni me digas...

- Se que no suena bien – dice Alan mirándolo a los ojos – Pero creo que sólo hay una manera... Destituir el Concejo.

Lo dice así, sin más. Luego traga saliva y espera. El director se recuesta sobre el respaldar y se mira las manos, que mueve en una especie de sutil coreografía. Mira hacia un lado y hacia otro.

- Si lo hacemos, y no estoy diciendo que lo hagamos, – dice enfatizando con el dedo índice – no hay vuelta atrás. Y no hay garantía...

- Lo sé.

- ¿No hay alguna manera... de hacer esto de forma pacífica o por lo menos evitar una batalla campal? – pregunto.

- El Concejo siempre ejerció una autoridad cerrada e incuestionable – responde el director – No creo que se tomen bien una acusación como esta.

- Si lo hacemos bien ... - dice Alan – No tiene por qué salir nadie herido.

- ¿Cómo sería eso? – pregunto.

- Mediante disuasión. Dejándolos acorralados y sin opción. Con una buena estrategia y un imponente despliegue armado. No hace falta que vuele una sola bala.

- Sí, *si sale bien*. - dice el director.

Necesitamos una masa crítica de gente proveniente de todas las áreas para que, una vez caído el Concejo directivo del CePIR, no reine el caos y podamos seguir la agenda con el respaldo de todos. Tenemos que ser discretos y contundentes, por lo que decidimos proceder de inmediato.

El director deja el despacho y visita a los jefes de área de mayor confianza para pedir su apoyo. Alan va al taller a hablar con Carolina.

El director nos comentó que en Zoología hubo un reciente cambio de autoridades, y que por eso no conoce demasiado al nuevo jefe. Voy a buscar a Pablo, para preguntarle si cree que su amigo Fede participaría de algo así.

Le cuento lo que está pasando y no lo puede creer. No al principio. Por suerte confía en mí y me dice que hablará con él. Acordamos vernos en Ingeniería a última hora de la tarde, junto al director y los demás. Antes de irme, lo escucho rezongar porque van a tener que suspender la peña.

Me queda hacer una última cosa. Según hablamos con el director, teníamos buena relación con casi todos los jefes de área. Excepto Investigación y Desarrollo, la mía.

El jefe de I+D es muy afín al Concejo y tiene un carácter más bien conservador, no hay ninguna chance de que colabore. Aun así, necesitamos alguien de confianza. Yo conozco a la persona idónea, pero no me gusta para nada la idea de involucrarla.

- Hola, Luci – la saludo, ella está en la computadora de la oficina- ¿Cómo andás?

- Hola, Marcos. Un poco mejor. Justo quería hablar con vos.

- ¿En serio? Yo también, no lo vas a creer.

- ¿Es importante?

- No te haces una idea.

Vamos a la sala de reuniones y cerramos la puerta.

- ¿Te acordás cuando Alan quedó atrapado? Por la noche recibió un mensaje, alguien se estaba comunicando y estaba seguro que venía de afuera del Bunker.

- ¿No pudo ser una señal de...

- No, acá no entra ni sale ninguna señal electromagnética, es como una Jaula de Faraday – le explico – Alan le contó al director. Después anunciaron los Programas y nos olvidamos. Hasta la semana pasada. Un dron no registrado anduvo sobrevolando el perímetro, y nadie pudo dar una explicación. Entonces el director le pidió a Alan que espíe las comunicaciones en secreto.

- ¿Y qué descubrió?

- Elías se estaba comunicando con alguien, por la madrugada.

Luci abre ampliamente los ojos y se lleva la mano a la cabeza.

- Y eso no fue todo. Sabían que las águilas podían atacar y no dijeron nada, para sacarse de encima al director.

- ¿Saben con quién se están comunicando?

- No. Pero Alan y el director coinciden en que hay que hacer algo, antes de que sea demasiado tarde.

- ¿Algo como qué?

- Perdón, Luci. No quería involucrarte en esto.

- No necesito que te preocupes de mí. Decime.

- Vamos a destituir el Concejo.

No suena mejor al venir de mí. Pero no se me ocurrió de qué otra forma decirlo. Sentía que tenía algo que me quemaba y lo necesitaba escupir.

Le cuento los detalles y por qué la necesitamos. Luci es la científica más destaca de todo el CePIR, con ella como referente podíamos conseguir el apoyo de todos los investigadores.

Además, tenemos que constituir un nuevo Concejo, sobre todo por cuestiones de funcionalidad y moral pública. Para eso, llegamos a la conclusión de que la mejor opción era incluir un representante de cada área.

Me dice que sí, que está de acuerdo. Eso sí, no deja pasar la oportunidad de reclamarme que no se lo haya dicho hasta último momento.

Busco al director y le cuento los avances. Me dice que ya tenemos todo, excepto lo más importante. Necesitamos un alto número de soldados.

Por estatuto, los soldados responden al director. Sin embargo, está estipulado que pueden desobedecer al director si el Concejo se lo ordena. Debido a eso, acude a buscar al General.

Salga como salga, me voy a enterar recién en la reunión.

Aprovecho la pausa para advertir a Serena. Cuando toco la puerta de su dormitorio, caigo en la cuenta de que no es una buena idea contarle. Así que simplemente le digo que durante esa noche no salga de la habitación, que confíe en mí, y que le explicaré más tarde.

A la hora citada, estamos en la oficina de Logística. En una esquina está Carlos, sentado junto al Oficial al mando de la seguridad exterior. A su lado Carolina, Federico, los jefes de Agricultura, Logística y Economía, apoyados contra una mesa. Por último, Luci, Alan, otras tres personas y yo estamos de pie.

El director toma la palabra. Agradece el apoyo en un momento tan crucial como este. Recapitula los hechos y lo que tiene en mente. Todo parece ir bien.

Luego intervienen los demás. Preguntan, critican, proponen y discuten durante un buen rato.

- Las compuertas de cada piso tienen un sistema de seguridad relativamente centralizado –

explica Carolina - Si podemos sabotearlo, los guardias quedarían encerrados y nos dejarían vía libre.

- General – continua Carlos – Si todo acontece acuerdo al plan, sólo se interpondrán en su camino los escoltas del Concejo.

- Cuento con nosotros, mis tropas acatarán sus instrucciones. Detener a los miembros del Concejo no debería ser un problema – responde con firmeza - En caso de haber resistencia de parte de los escoltas...

- En caso de resistirse, – interrumpe el director - los escoltas están equipados con chalecos antibalas, bastones y aturdidores eléctricos. Sólo el custodio del Concejo lleva armas de fuego.

- Entendido – responde el General – Dispararemos a los chalecos con armas de baja potencia, y en cuanto al custodio...

- No quiero que nadie salga herido. Pero de ser necesario no dude en hacer lo que crea correcto.

- Y no lo olviden – agrega Alan – La Sala del Concejo tiene cierre de seguridad manual. Si perdemos el efecto sorpresa, no tenemos forma de entrar.

- Por eso es tan importante la sincronización – continua el director – Tenemos que interceptarlos a la salida del pasillo. Si llegamos antes pueden encerrarse y negociar durante días. Si nos demoramos, o si falla el bloqueo, puede llegar el personal de emergencia y empezar una batalla campal.

- Tengan en cuenta – menciona Carolina – que no podemos usar los trajes, son lentos y ruidosos.

- Si lo hacemos bien, mañana tendremos el control del establecimiento – concluye Carlos - ¿Alguien tiene algo más para decir?

Alan mira su reloj. Está en medio de una pequeña, oscura y desordenada oficina, llena de monitores y computadoras. A su lado, Vanesa codifica mientras tararea con la boca cerrada.

La sesión del Concejo debe estar por concluir. Si bien el director está reunido con ellos, no tiene forma de avisarnos, así que estamos a ciegas.

Determinar el momento preciso para sabotear el sistema y movilizar las tropas, depende enteramente intuición de Alan. Ese es el punto más flojo del plan, y no tengo nada para hacer.

- ¿Todo listo? – pregunta Alan
- Sí, estaba revisando nomas.

Alan tiene la frente transpirada y los párpados oscuros. Vuelve a mirar su reloj y respira profundamente.

- Comiencen la secuencia – dice Alan, a través de la radio que transmite a la frecuencia del comando.

- Sobrecarga en marcha – responden por la radio.
- Recibido – responde Alan - General, espere mi señal.

Un equipo de Ingeniería está sabotando el suministro de energía. Pronto quedaremos casi a oscuras, iluminados por nada más que las luces de emergencia y algunas linternas.

Cada nivel tiene puertas con un mecanismo de cierre automático que sirve para contener cualquier tipo de amenazas. Normalmente, si el edificio queda sin electricidad y los sistemas se apagan, todas esas puertas quedan abiertas. De esa manera se pueden realizar reparaciones o iniciar los desalojamientos de emergencia.

Sin embargo, Vanesa introdujo unos cambios en el protocolo de seguridad. Cuando se corte la luz, todas las puertas quedarán cerradas, aislando sectores enteros y neutralizando cualquier tipo de apoyo armado que tenga el Concejo.

Hay algo que me preocupa. Si todo sale bien, es decir si no se arma una batalla campal o el Concejo se encierra, vamos a estar sin aire. Sin electricidad, no funcionan los compresores y por lo tanto tampoco los sistemas de ventilación. Si por algún motivo no logran restablecerla, en cuestión de días moriremos sofocados.

- El sistema está detectando la sobrecarga – dice Vanesa.
- ¿Cómo están los generadores de emergencia? - pregunto.

- Solicito confirmación de los grupos electrógenos – dice Alan, tras presionar el comunicador.

- Están desconectados como la última vez que preguntaste.

Los monitores se apagan y quedamos a oscuras, también en silencio. Unos segundos más tarde las luces tenues de emergencia se encienden.

- General, luz verde para proceder – comunica Alan.
- Recibido. Operación en marcha.

Ahora tenemos que esperar. Si todo sale bien, el director se habrá encargado de que la reunión termine a la hora programada, interviniendo mucho o poco según el tiempo, y en breve estarán saliendo. En ese caso, la tropa debería interceptarlos al final del pasillo.

Esperar. Siento un hormigueo en las piernas y fuertes palpitaciones en el pecho. Alan

camina de un lado a otro mirando al suelo. De pronto se detiene y aprieta el puño. Enciendo la linterna y corremos hacia la escalera de emergencia. La mayoría de las puertas están bloqueadas, pero Vanesa dejó una vía de acceso, para el General y su tropa.

Estamos unos pocos pisos por debajo. Empezamos a subir a oscuras por esa escalera. No sé por qué lo hacemos. Quizás para detener una masacre, quizás por pura adrenalina.

Cruzamos una puerta de emergencia, ojalá no tengamos compañía. Acelero el paso y dejo a Alan atrás.

Subimos un par de pisos y siento que me baja la presión, hace tiempo que no corro así. Miro hacia atrás, Alan me sigue de cerca, jadeando y completamente transpirado.

Las luces de emergencia alcanzan a iluminar el número tres que indica en qué piso estamos, más no los escalones. Trastabillo y caigo hacia un lado.

Por suerte logro agarrarme de la baranda, que está llena de tierra.

Alan se detiene y me mira, yo levanto un pulgar para indicar que estoy bien.

Escuchamos gritos lejanos, que resuenan por las paredes. Son los refugiados, que comienzan a advertir que están encerrados y se preguntan por qué.

Agitado, Alan retoma la marcha. Pasa delante de mí y lo pierdo de vista cuando gira hacia el pasillo.

Corro hacia allá y lo veo quieto, con las manos sobre la cabeza. No llego a ver qué hay en la esquina del pasillo, debe ser el sereno del piso.

No tengo ningún arma, pero si no puedo verlo entonces él tampoco. Me acerco contra la pared con pasos suaves, hasta que pronto me doy cuenta que los gritos enmascaran los ruidos.

Me detengo a solo un paso de la esquina, Alan me ve de reojo. Los serenos están armados con aturdidores eléctricos y bastones, pero les gusta usar los últimos. Si me asomo todavía vamos a estar en desventaja, ninguno de los dos somos muy corpulentos y los serenos suelen estar entrenados.

Todavía estoy pensando qué hacer, cuando Alan comienza a caminar lentamente hacia atrás. Entiendo intuitivamente el plan, así que me preparo.

Cuando se asoma el bastón, me abalanzo sobre él y lo agarro con las dos manos. El sereno me da un puñetazo en la frente y me tiro al piso. Física básica, no creo que pueda levantar setenta kilos.

Inmediatamente me siento en el suelo y hago un bollito, agarrando el bastón con todas mis fuerzas. Siento los golpes en la cabeza y los brazos, que no duran mucho.

De repente siento que deja de tirar el bastón. Vacilo un instante y luego me enfoco, no puedo dejar solo a Alan.

Me pongo de pie. A pesar de que me duele la cabeza, no estoy tan mareado.

Miro al sereno, que tiene a Alan encima. Intercambian golpes y pronto Alan está contra la pared, cubriéndose con las manos sin mucha suerte.

Yo tengo el bastón entre las manos. Un bastón que sirve para pegar de lejos, y pega bastante fuerte. Es más, se ve que es hueco en la parte de la empuñadora, porque pesa poco y tiene el peso concentrado en la punta.

El sereno sabrá pelear y será más grande, pero yo tengo el arma. *Su* arma. Y siempre tuve ganas de probar qué tan fuerte pegaban. El otro día un compañero de él me pidió una coima, y me hubiera cagado a palos si no le hubiera hecho caso.

Sin embargo eso no importa. Lo importante es que le está pegando a Alan y tengo que ayudarlo. Hago tres pasos y le parto la cabeza de un sopapo. Él arruga la cara y cae desplomado.

- *¿Por qué tardaste tanto?* – grita para que pueda escucharlo.

- Estaba mareado – digo encogiéndome de hombros - ¿Estás bien?

- Sí, nada grave. ¿Y vos?

Asiento con la cabeza. Alan mira su reloj y sale corriendo. Yo lo sigo, en cualquier momento comienzan los disparos.

No estamos tan lejos, subimos un piso más y permanecemos escondidos detrás de la puerta.

- ... Miembros del Concejo, están rodeados – alcanzo a oír - Digan a los escoltas que bajen sus armas y nadie saldrá herido.

- Disparen – grita otra voz desde más lejos.

El director también dice algo, pero el estruendo de los disparos lo sofoca.

Llegamos tarde, el tiroteo se está produciendo y no sabemos qué hacer. Alan abre milimétricamente la puerta para ver.

No pasa ni un minuto y los disparos paran de repente.

Abre la puerta por completo. Estamos a unos cincuenta metros, los escoltas y tres cuartas partes de la tropa del General están en el suelo, abatidos o retorciéndose del dolor.

Al fondo del pasillo, el director retrocede hacia atrás, en dirección a la sala de reunión del Concejo. Elías lo tiene de rehén y apunta con un revolver a su cabeza.

- Las armas al suelo, o el director muere.

Demoro un segundo, luego me doy cuenta.

Es una decisión imposible. Si no bajan las armas Elías va a apretar el gatillo, no tengo la menor duda. En cambio si obedecen, va a amotinarse en la sala. Si eso pasa pueden permanecer durante días, negociando.

A la larga terminarían cediendo, pero sin el Concejo *ni* el director, el CePIR queda huérfano y sin autoridad. Si eso pasa las áreas pueden dejar de cumplir con sus funciones, y todo sería un caos. Podríamos quedarnos sin comida. Incluso, si nada de eso ocurre, la ansiedad e incertidumbre de los refugiados puede ser tal que muchos se pongan violentos, dejen de trabajar o se suiciden.

Mientras todos quedamos paralizados, pensando qué hacer, el director toma el arma que apunta a su cabeza y hace que Elías presione el gatillo.

El estruendo inunda el pasillo, el director cae de rodillas y se desploma sobre el suelo. Decidió resolver el dilema él mismo, cortando por lo seguro.

Un segundo disparo resuena. El ojo de Elías se pone rojo y salpica sangre por detrás de su cabeza. El General todavía sostiene el rifle y observa a través de la mirilla.

El cuerpo de Elías cae contra la puerta y queda justo en medio. A menos que muevan su gordo cuerpo nadie va a poder cerrar la puerta.

- Soldados, retiren las armas de los escoltas – ordena el General – Señores, quedan detenidos. Por favor no nos obliguen a llevarlos por la fuerza, nadie más tiene por qué morir hoy.

Los miembros del Concejo son acompañados por media decena de soldados, dos mostrando el camino y tres por detrás. Mientras tanto, el resto de los soldados atiende a los caídos.

Alan y yo corremos hacia Carlos.

Llevo la mano hacia su cuello. Es demasiado tarde, ya no tiene pulso. No debería sorprenderme, el charco de sangre rodea su cabeza.

Detrás de nosotros escucho unos pasos y volteo. Es el General, que apoya su mano sobre el hombro de Alan y me mira inexpresivamente.

- Lo hicieron bien, muchachos.

- Conocíamos los riesgos, pero no esperábamos que el director... – dice Alan.
- Sí, es una tragedia. Y me apena mucho – dice el General – Pero fue su decisión. Se marchó con honor, y creo que con la conciencia tranquila. No creo que muchos puedan decir lo mismo.

Es casi medianoche en el Búnker y nadie puede dormir.

Los refugiados no se deciden entre reunirse en los pasillos para protestar, o quedarse en sus dormitorios para resguardarse de lo que sea que esté sucediendo. Pero no son tontos, sé han dado cuenta ya que la luz se cortó y la ventilación no funciona, que lo que sea que esté pasando es grave.

Entretanto, Alan y el General acuden a la habitación donde están confinados los miembros del Concejo. Ahí le explicarán el motivo de la destitución y cómo seguiría todo de ahora en adelante.

Por su parte, Carolina y Vanesa emprenden la colosal tarea de volver todos los sistemas a la normalidad. Hasta entonces los distintos sectores del edificio están incomunicados y nadie tiene novedades.

La única vía por la que se puede llegar a los dormitorios superiores es la escalera de emergencia, por la que subimos con Alan.

Para evitar problemas, sus puertas están custodiadas. No obstante, tengo un permiso firmado por el General para que me dejen pasar.

Así que camino por un pasillo, evitando las inquisitivas y acusatorias miradas. Tengo más calor que de costumbre y siento olor a chivo.

- Soy Marcos – digo tras golpear la puerta.

- Pasá.

La penumbra apenas me deja distinguir lo que hay en el interior. Las luces de emergencia del pasillo hacen lo que pueden.

Sentada sobre la cama inferior está Serena. Tiene las rodillas contra su pecho y las rodea con sus brazos. Su compañera no está. Agarro la silla y me acomodo cerca de la cama.

- Tranquila. Lo peor ya pasó – digo, ensayando una leve sonrisa. Ella no responde – El Concejo descubrió otros sobrevivientes y no querían contarlos. El director los descubrió e intentaron inculparlo para deshacerse de él. Entonces les pidió ayuda a los jefes de confianza para arrestarlos.

Es una versión bastante simplificada, pero bastante cercana a los hechos. La historia completa sería demasiado complicada y, dado su estado actual, no ayudaría mucho.

Me pregunto si debo decirle lo que pasó con el director. Sin dudas la alteraría. Y si se corre el rumor puede irse todo al carajo. Fabiano me explicó más de una vez que la estabilidad de los refugiados es endeble.

- ¿Entonces ya puedo salir?

- Yo esperaría un poco. Están todos muy nerviosos. Y todavía están arreglando las puertas principales.

- Tengo que ir al baño.

- Bueno, está bien. Vení conmigo.

Serena baja de la cama y espera. Se aferra a los puños de su blusa, estirando las mangas. Le doy mi mano para reducir su temor. Regresamos por donde vine.

Los soldados no quieren dejarnos pasar, le insisto que vamos al baño y volvemos.

Uno de ellos quiere llevarnos de nuevo al dormitorio o una celda de detención. El otro le dice que no deben abandonar su puesto. Ella presiona mi mano con fuerza mientras yo espero en silencio.

Nos dejan pasar. Cuando ya estamos lejos, Serena me pregunta.

- ¿Por qué estás metido en esto?

- Alan fue el que alertó al director. Como confía en mí, me pidió ayuda.

Nos detenemos frente al baño.

- Te espero.

Serena suelta mi mano y entra.

Pasan los minutos y comienzo a impacientarme. *Mujeres*, pienso. *¿Será que pasó algo? ¿Debería...?* Llevo la mano al picaporte de la puerta cuando se abre y sale.

- Listo.

- ¿Volvemos? – digo, y comienzo a dar vuelta. Serena toma mi mano y no avanza, obligándome a volver.

- Marc... - dice, mirándome a los ojos – Gracias.

- De nada.

- Me alegra que pienses en mí.

Respondo su sonrisa con otra y volvemos. Pasamos por los soldados y la acompaño a su dormitorio.

Ahí, me despido con un beso en el cachete y ella me da un abrazo. Se queda así un rato. Finalmente me suelta, sonriendo.

Las puertas se abren y cierran sin cesar, las alarmas de evacuación suenan con estridencia. El restablecimiento de los sistemas falló.

Los refugiados corren sin saber a dónde ir.

El eco de un grito llega y pronto se vuelve un coro, desafinado e inquietante. Entre el caos y la histeria logro reconocer una palabra: *ratas*.

Busco a Luci y corremos hacia el depósito.

Los gritos se van apagando muy de a poco y otras voces se suman, son las ratas chillando.

Cerramos la puerta del depósito y nos dividimos para sellarla. Ella busca cinta y pegamentos. Yo acerco mesas y cajas para que nadie ni nada pueda derribarla.

Luci sube a la mesa y pone adhesivo en las grietas de la puerta. Yo cubro con cinta de alta resistencia las bisagras y trazo una equis de lado a lado.

Apilamos las cajas y comenzamos a sentir temblores.

No pueden ser ratas, es algo pesado. De pronto algo golpea la puerta.

“Resistirá”, digo para calmarla.

Mis manos tiemblan no sé qué más hacer. Sospecho que eso no es todo.

Escucho otro ruido. Es metálico y más suave, rápido y repetitivo, como granizo cayendo sobre un techo de chapa.

“El canal de ventilación”, grita Luci. Hay que sellarlo.

Busco una escalera por el depósito. Encuentro unas cuantas, pero ninguna tiene la altura suficiente. Última opción: trepar por los racks donde se depositaban los equipos.

Me aferro con las manos del segundo nivel e intento subir las piernas. Es incómodo, pero puedo hacerlo. Subo así, nivel tras nivel. A medida que lo hago, Luci se ve cada vez más pequeña y parece que nunca termino de subir.

Continuo mi ascenso y cada vez se tambalea más. Si caigo mal desde esta altura no tengo muchas chances de sobrevivir. Pero eso no importa, si no logro sellar el canal moriremos los dos.

Llego a la cima y me pongo de pie. Estoy exhausto.

Sobre mí tengo la salida de ventilación. Agarro de mi bolsillo la cinta industrial y envuelvo la abertura con tantas vueltas como puedo.

Los golpes de la puerta se oyen cada vez más fuerte. Miro hacia allá abajo y veo como la puerta cede hacia dentro. Las mesas se corren y la camada de ratas alcanza a Luci.

Grita. Las ratas la cubren por completo y no puedo verla. Luego tampoco oírla. *Luci...*

La estructura donde estoy parado comienza a vibrar. Las ratas están trepando.

No tengo a donde ir.

Salto y me cuelgo del canal de ventilación. No es una gran idea, no sé cuánto pueda aguantar.

Los brazos se me tensan, las manos se ponen frías. Los dedos sudan y se resbalan. De pronto se me suelta una mano.

En esta posición la caída no alcanza para matarme, aunque si para fracturarme en mil partes las piernas. Uso todas mis fuerzas para no soltarme.

Mi mano resbala y apreté con fuerza, pero no alcanza.

Todo pasa en una fracción de segundo. Comienzo a caer de pie. No quiero ver abajo, pero lo hago de todos modos. El piso y las ratas se acercan y cierro los ojos.

Despierto con la respiración acelerada y la frente transpirada. Fue una pesadilla.

Alan trae buenas noticias. Los sistemas fueron exitosamente restablecidos. Pronto volveremos a escuchar el reconfortante ruido de fondo de aire siendo circulando por las cañerías metálicas.

También me cuenta que el General habló con los miembros del Concejo, explicándoles los motivos de la destitución y cómo seguiría todo de ahora en adelante.

Alicia Martínez, una de las mayores, dijo que nunca había estado de acuerdo en mentir a los refugiados. Culpó a Elías de haberla amenazado y tener dominado al resto mediante intimidación. Le ofrecieron absolverla, siempre y cuando dijera todo lo que sabía. Por supuesto, aceptó.

Aún falta para la hora del desayuno. Sin embargo, los pasillos están concurridos de gente discutiendo y yendo de un lado para otro, para finalmente quedarse en el Salón principal. Ahí se cruzan de brazos o levantan la mano fervorosamente, debatiendo a los gritos para sobresalir entre el bullicio.

Los parlantes se encienden con un pequeño estallido.

- Hola a todos. Convocamos una reunión general en el Salón Principal. Comenzamos en diez minutos. Gracias.

Busco a Luci a su habitación. Me saluda con un fuerte y largo abrazo. Seguidamente nos besamos. Pongo mis dedos entre los suyos y caminamos hacia el Salón.

Todavía faltan unos minutos, aun así el lugar está repleto como un hormiguero. Empujo delicadamente para acercarme al escenario, pidiendo perdón al por mayor.

Me cruzo con Pablo, que me pregunta de un rumor que oyó. Está sonriendo, aunque no de alegría. Quiero calmar sus nervios, pero no logro hacerme oír, hay demasiado griterío.

Llegamos a un par de metros del escenario y nos detenemos, no se puede avanzar más. Luci parece una momia, mira al frente seria y callada.

Me pregunto cuál será mi lugar en todo esto. Dijeron que conformarían un nuevo Concejo, que todo seguiría una rutina similar. Sin mentiras y con algún que otro cambio.

Sube al escenario el General, seguido de Carolina y Alan. El General se para tras el atril que sostiene el micrófono y se aclara la garganta.

- Atención - dice con una voz firme- Tenemos mucho que tratar. Cómo siempre fue costumbre del director, voy a ir al grano.

- ¿Dónde está el director? – grita alguien desde el fondo.

- A eso voy. Empezaré por los hechos, y luego Carolina procederá a explicarlos – continua el General – Anoche acudimos a arrestar a los miembros del Concejo, siguiendo órdenes del director, que los había descubierto ocultando información y conspirando contra él.

- ¿Dónde está el director? ¿Por qué no lo dice él? – pregunta con aún más ímpetu el mismo sujeto, y el Salón estalla en aplausos.

- Muerto... El director está muerto. – dice con un ligero temblor en la voz. Hay silencio por unos segundos y el General traga saliva – Los miembros del Concejo se resistieron al arresto, y Elías Betts tomó de rehén al director. Intentó soltarse y en el forcejeo se escapó un disparo que le dio en la cabeza.

Desconcertados, indignados, asustados, los refugiados hablan entre sí. Carolina se acerca al atril y el General le cede el lugar.

- Hola a todos – dice desde demasiado cerca, y el sonido sale distorsionado - Yo estoy tan indignada como ustedes con su muerte. Y entiendo que quieren saber qué sucede. Por lo cual voy a aclarar sus dudas. Voy a contar por qué llegamos a todo esto... Como algunos saben, Alan – lo señala con la mano abierta –quedó fuera del Búnker hace unas semanas; desde ahí, interceptó un mensaje del exterior, y se lo comentó al director. El director acudió al Concejo por respuestas, pero negaron todo. A las semanas un dron sobrevoló la zona de los cultivos, y resultó no ser de Ingeniería. El director decidió enfrentar al Concejo, pero nuevamente negaron todo. Entonces le propuso a Alan espiarlos, grabar desde el exterior todas las señales... Ayer, justo después de la muerte de los agricultores, logró captar una conversación entre Elías y alguien más, alguien que no pertenecía al Búnker.

El ruido es tan bullicioso que opaca los parlantes. Están muy excitados, me preocupa que se harten de escuchar y empiecen a romper todo.

Carolina intenta seguir. No obstante nadie parece oírla, y rápidamente desiste.

Alan se acerca y toma el micrófono. Lo saca del atril y se para en medio del escenario.

Captaste la atención, ahora decí algo.

- Compañeros – dice, respirando agitadamente - Desde que llegué al refugio, estuve igual que ustedes. Trabajé todos los días, confié en mis superiores, acepté mis suspensiones. No me importaba. No me importaba porque creía que el Concejo se preocupaba por nosotros... - se detiene y toma aire. Está pálido y sudoroso, aunque no parece fuera de control - Pero antes de ayer, descubrí que todo era un engaño. Ellos sabían que los animales podían atacarnos si salíamos, pero igual nos dejaron salir y que los aguiluchos ataquen a nuestros colegas. Murieron tres de ellos. Dos están inconscientes. Hice lo que creí correcto y acudí al director. No quería que nadie más saliera lastimado, y tampoco ahora. Estamos juntos hace dos años. Por favor, no nos dividamos ahora, cuando más necesitamos estar unidos.

Lo logró. Mantuvo la atención hasta el final. La gente vuelve a hablar entre sí.

Tras uno o dos minutos, se van callando poco a poco. Entonces Alan retoma.

- Los que estamos acá, arriba, y muchos más que están entre ustedes... no hicimos esto por sed de poder ni por egos personales. Lo hicimos porque queremos que el CePIR siga funcionando con la misión para la que fuimos convocados: sobrevivir y regresar al mundo exterior.

Vuelve a guardar silencio y dejar tiempo para que hablen y reflexionen.

Se lo ve más calmado, en comparación con cuando empezó a hablar.

Es una extraña estrategia esa de intercalar el discurso con tiempo para que debatan entre sí, y hasta el momento parece estar funcionando.

- Quiero que hagamos lo que el director habría querido. Elijamos un nuevo Concejo, uno que diga la verdad y represente a todos los sectores. Pero antes, quiero pedir un momento de silencio, para Carlos Blanco, nuestro director. Un gran hombre que murió con honor, y también para todos los que murieron por la misma causa.

Alan apaga el micrófono, cierra los ojos y agacha la cabeza. Todos imitan su gesto, excepto yo.

No se trata de que no esté de acuerdo o no tenga lágrimas en los ojos. Quiero ser testigo de este momento, observar como por primera vez todos se comportan como un solo grupo, como una comunidad.

Alan levanta la cabeza y se seca una lágrima. Enciende el micrófono y lo acerca a la boca.

- Si todos están de acuerdo... ahora elegiremos los miembros del nuevo Concejo. Estará

integrado por uno de cada área. Iré leyendo los que teníamos pensado y si su área está de acuerdo quiero que digan *sí*.

Carolina le alcanza una lista impresa, que habíamos decidido en la reunión.

- Para el área de Investigación, quiero postular a la doctora Luci McClintock – dice, y gran parte del auditorio estalla en aplausos - Por favor, Luci, necesito que subas al escenario.

Luci me mira, como preguntándome si la acompaño, yo niego con la cabeza. Suelta mi mano y sube a saludar al público.

- Los que estén de acuerdo digan *SÍ*.

- ¡*SÍ!* – Responden todos los integrantes de Investigación.

- Muy bien – dice Alan, sonriendo – Ahora el que sigue: Para Seguridad, el General Juan Carlos Torres.

- ¡*SÍ!* – responde gran parte de los soldados.

- Para Ingeniería, la ingeniera Carolina Smith.

Caro también tiene una gran aprobación. Alan continúa nombrado a los postulados de las demás áreas, afortunadamente todos son aceptados.

Zafamos.

La excitación se va transformando en euforia y ovación, luego en catarsis.

Alan felicita a los nuevos miembros del Concejo, el General estrecha fuertemente su mano, probablemente en agradecimiento por manejar la situación.

Cuando me doy cuenta, la mayoría de las luces se están apagando y la gente se aleja del escenario. Pablo desaparece de mi vista y veo al representante de Zoología irse apresuradamente.

De pronto siento que el piso ruge y mi estómago tiembla. Escucho un ruido grave que toma fuerza de un momento para otro.

Veo a un tipo junto a mí que mueve la cabeza hacia adelante y hacia atrás, a unos metros otro levanta el brazo y lo flexiona un par de veces.

El sonido sube y distingo el origen: son los parlantes pasando una rítmica y minimalista base electrónica. El Salón termina de opacarse y unas pocas chicas reparten tragos.

El jefe de Zoología vuelve al escenario y toma el micrófono. Dice en nombre del Concejo que tenemos el día libre y nos invita a la Peña, que comienza en tres, dos, uno...

De a poco el ambiente se va descontracturando y muchos se ponen a bailar. La música sube de volumen y el DJ se anima a mezclar más. De a poco va pasando de electro a reggaetón, mechando algo de cumbia y cuarteto, para más tarde retomar la electrónica.

Espero hasta que Luci baja del escenario y juntos buscamos a Pablo.

Nos agrupamos en ronda con otros de sus amigos. Unos bailan, otros hablan entre sí, otro se hace el borracho.

Se hace el mediodía y cambian a pop, rock y no mucho más. La gente va y viene.

De la cocina traen bocadillos durante un rato y más adelante dejan las bandejas sobre las mesas. No alcanza para todos, pero a nadie se le ocurre reclamar.

Los de veterinaria se van turnando para celebrar y trabajar. Siguen trayendo bebidas, casi todas mezclas de jugos en polvo, nada de alcohol.

Vuelven los ritmos bailables y el público responde con aplausos.

Continúa así hasta casi medianoche. A partir de ahí la multitud se va desvaneciendo poco a poco y pronto cada uno regresa a su habitación.

Día 765 DB: Motín y Nuevo Concejo

En un momento de inseguridad y remordimientos, Alan me preguntó si valió la pena, si la muerte del director fue necesaria o si sirve a algún propósito mayor.

Yo también me sentía culpable, pero le respondí que sí, que el director lo había tenido claro cuando tomó la decisión.

Por más que me duela, creo que hicimos lo correcto. Nuestras vidas dependen de las decisiones del Concejo y, si hubiéramos esperado más, el resultado hubiese sido peor.

El nuevo Concejo es lo más cercano que puedo imaginar a un gobierno ideal (si es que existe tal cosa). Realmente confío en ellos y creo que Alan lo hará bien.

Además, me entusiasma pensar que pronto sabremos qué sucede allá fuera. Si bien existe la posibilidad de que las noticias no sean favorables, me mantengo optimista. Por primera vez en mucho tiempo, creo que todo puede mejorar.

El laburo continúa. Ahora que Luci es concejera, no tiene tiempo para ejercer como encargada del laboratorio y directora del PIG. Por eso, delegó el mando del laboratorio a Tom, cuya experiencia y longevidad le preceden.

Yo también saqué mi parte de eso, Luci pidió que me registraran como Investigador oficial. Más que mérito es una cuestión de necesidad. Con una población reducida es muy difícil encontrar profesionales adecuados para cada puesto.

Hombres afeitados y bien peinadas entran y salen de la sala de reuniones. Tom está haciendo entrevistas para nuevos ayudantes.

No es que mi anterior sueldo haya sido la gran cosa, sin embargo para quienes llevan meses sin hacer nada representa cierto estatus. Además, es un trabajo mucho más ameno que limpiar inodoros o destapar cañerías llenas de pelo.

- Cualquier cosa me decís – me dice Luci. Levantándose de la butaca y aprontándose para irse.

- Sí, no te hagás drama. Con Tom nos arreglamos.

Luci permanece con la mirada perdida un instante. Luego hace una mueca de dolor y vuelve a la realidad, llevándose la mano a la frente.

- ¿Estás bien?

- No es nada, ando un poco mareada nomas.

- Bueno. Tomátelo con calma, ¿sí? Nos vemos.

- Ah, me acordaba. Alan tiene turno con el psicólogo a medianoche...

- ¿Cómo sabés eso?

- Estamos supervisando todo, y vamos a seguir así hasta que nos decidamos por un nuevo director... Si querés me puedo dar una vuelta a esa hora.

Hace unos cuantos días que con Luci no... Bueno, eso. Por lo que esas palabras fueron como un shock hormonal para mí.

- Sí, dale. Por supuesto.

- Nos vemos más tarde.

Me da un beso y sale por la puerta.

En eso alguien llega y ella le dice que pase. Es un posadolescente que viene para la entrevista. Tiene la remera arrugada, el pelo peinado hacia un costado y todavía mojado.

- Sentate. Ya te van a llamar.

Sigo con mis cosas hasta eso de las seis de la tarde. Estoy preocupado por Luci, hace un tiempo está mal y no mejora.

Voy hasta el ascensor y subo a Medicina para buscar a mi anterior compañero, pero no está de turno.

Necesito sacarme la duda. Camino a la biblioteca y pregunto por algún libro básico de diagnóstico de enfermedades. Me dan una especie de enciclopedia grande y pesada, con bastante polvo acumulada en las uniones de las páginas.

Me siento en una mesa y pongo a leer. Busco el índice, averiguo como se usa y empiezo a investigar. Dolor de cabeza, mareos, descomposturas. ¿Cuáles son los otros síntomas de

embarazo? Vómitos, retraso menstrual, sangrado vaginal, estreñimiento, fatiga, irritabilidad y cambios de humor.

Que se yo, puede ser... *al igual que cualquier otra cosa*, como diría Tom.

Regreso al Salón para comer algo, está limpio y tiene olor a desinfectante. Me quedo un rato pensando, luego llega Pablo. Hablamos de varias cosas y le cuento mis dudas.

Pablo tiene bastante idea de vacas y mamíferos en general, por lo cual me da una explicación larga y más detallada de lo que necesito. Lo que más me queda es que a simple vista se destacan los cambios morfológicos. Se hinchan los senos y el abdomen.

No me sirve para nada, pero Pablo está contento. Después me pregunta por quién estoy preocupado. Me está tomando el pelo, así que no le doy bola.

Vuelvo al dormitorio temprano. Abro la puerta y veo a Alan acostado en su cama. Cierro, me saco los zapatos y subo por la escalera.

- Temprano.

- Sí. – Explica – Caro está con las cosas del Concejo, así que no tenía mucho para hacer.

- ¿No van a elegir un nuevo jefe de área?

- Ni idea.

- Qué quilombo.

Me meto entre las sábanas y alguien toca la puerta.

- Permiso – dice Luci. Entra ella y Carolina, desde el pasillo observa el resto del Concejo.

- Mañana haremos un anuncio – dice Caro - Pero queremos darles un anticipo... Hemos estamos discutiendo por la designación del nuevo director... y llegamos por unanimidad a la conclusión de que vos, Alan, serías el más indicado. Tienes la inteligencia y el carisma para el puesto, además confiamos plenamente en vos.

- Yo... No sé qué decir... ¿No conviene alguien de logística, que están más al tanto de todo?

- No. Necesitamos alguien de confianza en este período de transición. De confianza nuestra y el resto de los refugiados – explica Carolina.

- Las virtudes de Carlos eran su sinceridad y templanza – intervengo, bajando de la cama en medias – No conozco nadie que represente eso más que vos.

Alan me mira con los ojos bien abiertos.

- ¿Qué decís? – pregunta Luci - ¿Contamos con vos?

- Bueno, dale. Acepto.

- Estupendo – dice Carolina – Bueno, los dejamos descansar. Que tengan buenas noches.

El General asiente desde atrás y un par saludan con la mano. Primero se retiran quienes estaban en el pasillo y luego Carolina. Luci me mira y saluda con una sonrisa cómplice, entonces sale y cierra la puerta.

Apago la luz y regreso a la cama.

Me meto entre las sábanas. Tengo calor, de manera que espero que mi cuerpo se enfríe. Pasan unos minutos y siento como el cansancio me invade.

Hay música de fondo. No logro distinguir si es jazz o clásica. Una nena corre intentando agarrar la cola del perro, que la esconde entre las patas. Está mi madre, hablando con Luci. Estoy descalzo y tengo arena entre los pies, hay una fogata.

El fuego se apaga lentamente oscureciendo todo, la música se apaga también. No logro ver bien, siento que alguien me hizo algo, me siento débil. Finalmente abro los ojos, estoy en mi cama.

¿Por qué tuvo que terminar tan rápido?

Escucho un ruido.

Tardo en darme cuenta qué es. Son pasos. Son suaves, como si vinieran del pasillo, pero por alguna razón pienso que es distinto. Entre uno y otro paso hay una eternidad, y el sonido es muy nítido.

La escalera de la cama cucheta cruje.

Quiero ver. Sin embargo estoy de espaldas a la pared y no reacciono. Siento que se dobla el colchón, hay alguien tras de mí. Escucho como respira.

De repente apoya algo en mi nuca y entro en pánico. Me da un escalofrío.

Siento el calor y la humedad. Suspiro, es Luci, que me está besando.

- Pensé que ya no venías - le digo.

Siento su pelo y me giro hacia ella. Tiene las tetas hinchadas y la panza un poco más grande. Mientras me sigue besando, no puedo dejar de pensar en el sueño y en lo que me dijo Pablo.

¿Voy a ser papá?

No es el lugar ni el momento indicado para tener un hijo. Menos para ella, que tiene tantas presiones y responsabilidades.

En realidad, es exactamente el peor momento. No sé qué pensará ella, ni qué va a hacer.

Siento su mano en mi pito. Estoy esperando hace una semana que me vuelva a dar bola, debería estar re caliente, pero no puedo dejar de pensar en eso.

- Luci. Necesito saber algo.

- Ahora no, Marc – me susurra al oído.

Siento el gusto a frutilla en la boca.

Luci no me dice *Marc*. Tampoco tiene los labios tan carnosos...

No veo a Pablo por la mañana. Me siento solo y como en silencio mientras pienso qué decirle a Luci. Si bien la otra vez no se enteró, no me confío.

En las últimas semanas fui ganando fama por varios motivos. Así que cuando un rumor es sobre mí, la gente me reconoce.

Un grupo de chicas hablan de cerca y se ríen. No llego a escuchar lo que dicen porque están lejos, pero cada tanto alguna gira la cabeza y me mira. Odio esto.

Las miradas revelan que alguien camina por el escenario. No lo ubico, es alto y camina bastante encorvado. Agarra el micrófono y amaga, parece que no se decide si hablar o no.

- Hola compañeros. Quería avisarles que esta tarde hay un *Torneo de Truco*. Para inscribirse o consultas pasen por las oficinas de Logística Urbana. Gracias.

El tipo baja del escenario y yo parto para el laboratorio. En los pasillos pasa lo mismo, me observan a la distancia y cuando me acerco se callan.

Siempre odié la farándula y todos esos programas de televisión que miraban las jubiladas a la siesta. Me irrita esa patética y efímera popularidad de quienes salen o se acuestan con famosos. No soporto los puteríos ni esa actitud de tener que contarle a todo el mundo lo que hacés.

Sin embargo, no importa cuánto odies algo, siempre podés terminar ahí. En ese trabajo, en ese país, o siendo objeto de chismes por ser el novio de una investigadora y ahora política famosa.

Tom es de la vieja escuela, cree en la rutina y la disciplina, incluso hoy que es sábado. Trabajamos casi sin conversar y explicamos algunas cosas a los nuevos, que están llenos de preguntas.

VPL o Virus de la Paloma Loca fue el nombre provisorio que llegó a darle el Comité Internacional de Taxonomía de Virus. Aunque si hoy tuviéramos que bautizarla, haría falta hacer varias consideraciones.

Para empezar, estamos hablando de un virus de transmisión inversa, también conocido como retrovirus. La particularidad de estos tipos de virus es que utilizan ARN para lograr una replicación y transmisión particular, a veces incluso entre individuos de distintas especies. Ejemplos de retrovirus de transmisión inversa son el VIH o virus del SIDA, el XMRV que produce cáncer de próstata y síndrome de fatiga crónica, o el virus de la Hepatitis B.

Por otro lado, una vez que un animal se ve expuesto al patógeno y pasa por un período de incubación, comienza a padecer mutaciones de línea germinal que alteran buena parte de su comportamiento.

Quizás Virus de la Alteración Trans-animal o VAT sea más adecuado. Sino tal vez VATE, para Alteración Trans-Especista. Pero eso es especulación mía.

Hacemos una breve pausa a la una de la tarde. Voy al Salón a comer algo y regreso.

Sigo con lo mío y antes de darme cuenta son las cinco de la tarde. Ordeno mi escritorio, paso por el baño y regreso para acostarme en mi cama.

No sé que decirle a Luci. Es lo mismo que la otra vez, y por boludo me di cuenta demasiado tarde. Además, tengo que preguntarle si se hizo el test, si está embarazada.

Tocan la puerta. No llego a responder cuando gira el picaporte y alguien entra.

- Che, Marc – dice Pablo – Te anoté en mi equipo para el *Torneo*... ¿Vamos yendo?
- Hola, Pablo. No ando con ganas...
- Dale, no seas ortiva. Ya pagué y todo.
- ¿No puede ir otro?
- No, son unos impresentables.
- Bueno, dale. Bancá que me cambio.

En el Salón general, las mesas están acomodadas para que quepan tres jugadores de cada lado y un árbitro. Hay decenas así, casi todas con tres o más jugadores esperando. Alrededor de ellas hay rondas de sillas plásticas para ver las partidas y a un lado un puesto que vende tragos y comida.

Caminamos a la mesa de control y preguntamos las reglas. Se juega a treinta puntos o dos faltas, con flor. Hay una fase de grupos y después rondas eliminatorias. Lo de siempre.

Nos sentamos y repasamos las señas, mientras escuchamos la música pop que suena de fondo.

Llega Charly, que tiene pelo lacio con el flequillo para un lado y gesticula mucho con las manos al hablar.

- *Matador* - dice al saludarme, y me guiña un ojo.
- Charly, *basta*. – digo mientras apreto su mano con fuerza.

Repasamos nuevamente las señas y en eso llega otro equipo, integrado por un dos vagos y una chica. Agarran el mazo y mezclan, Pablo corta y reparten.

Estamos sentados en triángulo, Charly en una esquina y yo en la otra, en medio uno de nuestros rivales y en frente Pablo, coordinando.

La partida arranca pareja. Pablo es conservador y juega a lo seguro. Charly en cambio es muy mentiroso, pero cada vez que intentan agarrarlo con las manos en la masa resulta tener algo. Lentamente vamos sacando ventaja.

Entramos a buenas antes que ellos y terminamos ganando treinta a veinticuatro, con una falta envido con treinta y uno.

Me distiendo un momento y miro a mi alrededor. Casi todos los equipos están jugando, salvo en una mesa dónde todavía esperan. También llegaron más espectadores, está Carolina y otros del Concejo, sin embargo no veo a Luci.

Viene otro equipo. Unos pibes que seguramente no aprendieron a jugar a las cartas hasta que entraron al Búnker. Pablo canta "*envido*" y ellos repiten "*envido*", Charly los apura con un "*real envido*".

"*Quiero*". Pablo mira fijo a Charly, preocupado y enojado a la vez. "Veintinueve", dice Pablo. "Treinta y dos", dice el más enano. "*Me ganaron de mano*", concede Charly. Siete abajo.

Pablo tira un tres de oro para hacer primera, pero lo matan con un siete de espada.

- *Truco* – dice el enano.
- ¿Qué tienen? – Pregunto Pablo. Yo me muerdo el labio – *Quiero*.

Tengo un tres, Charly juega un cinco de oro, o sea que le queda un siete de oro (cinco más siete más veinte dan treinta y dos). Si gano segunda, tenemos buenas chances de ganar tercera. Ellos apuran con un dos, y yo mato con el tres.

- Quiero *Retruco* – digo.
- Tiene un siete de...
- *Quiero* – dice sin escucharlo su compañero.

- *Boludo*, dijo que tenía treinta y dos. – le reclama, y su compañero se lleva la mano a la cabeza.

Tiro el cinco y ellos un dos. Van cayendo las cartas hasta que finalmente le toca a Charly, que da vuelta la carta.

- ¿Y el siete? – pregunta Pablo, con la cara arrugada.

- No tenía treinta y dos.

Pablo le pega a la mesa, ellos se chocan los puños entre sí. Diez a cero. Va a ser difícil remontar.

Ahora reparte Charly, mientras Pablo le dice que deje de hacer cagadas. Mirando el resto de mesas, encuentro a Luci. Ella esquiva mi mirada y se va rápidamente.

Reparten y levanto un tres, y treinta de envido. Buenas Cartas. Tiro el cuatro y miro a Pablo para avisarle que cante los puntos.

- *Flor* – dice uno de ellos.

- *La puta madre* – digo – Me cortó los puntos.

Ganamos el rabón y terminamos trece a dos. *Suerte de principiantes*.

Durante el resto de la partida nos vamos acercando de a poco, hasta quedar veintiséis a veintinueve. Cantan la falta y no podemos decir que no. Yo tengo siete, y soy el mejor de mi equipo. Así que perdemos.

Charly se caga de risa y Pablo los felicita de mala gana. Ellos nos agradecen y se van contentos.

- ¿Qué pasa? – pregunto a Pablo, que de pronto levanta la cabeza, como intentando ver algo.

- ... el equipo que faltaba.

Me doy vuelta y llega Serena con otras dos chicas. Se sientan en la mesa y los vagos les dicen algo, ellas se ríen. Serena mira sobre el hombro de su contrincante y me saluda con una sonrisa amistosa.

Jugamos otra partida y la ganamos. Charly está teniendo más cuidado y me están saliendo buenas cartas. Ganamos otros más y quedamos primeros en el grupo, pasando a octavos.

En nuestro grupo terminaron todos los partidos, en el otro está retrasado. A esperar.

- Ya vengo – dice Pablo.

Se levanta y va hasta la mesa dónde está Serena, que junto a sus amigas se ríe a carcajadas. Les pregunta algo y conversa con ellas y el otro equipo. Serena mira hacia mi mesa y guiña un ojo.

- Salieron primeras – explica Pablo al volver – Parece que inventaron unas señas que confunden a todo el mundo.

- No hace falta saber qué carta tienen para poder ganarles.

- Eso dije, pero según ellos te distrae mucho.

Luci vuelve a entrar al Salón y se queda mirando una de las mesas. La miro de a ratos, pero parece esquivarme. Como de costumbre, atrae miradas. La única diferencia es que ahora también miran a Serena y a mí, esperando que pase algo.

Llega uno de los árbitros e indica que vayamos a la mesa del medio, nos toca con el último de otro grupo. Nos sentamos y Pablo comienza a mezclar.

Mientras esperamos que llegue el otro equipo, Serena y el suyo pasan a nuestro lado. Ella me da unas palmadas en la espalda. Si bien en circunstancias normales pasaría desapercibido, con un público de más de cien personas todo se magnifica.

Luci la mira con los labios apretados y los ojos inmóviles, la cara que hace cuando llega temprano al laboratorio y no la dejan pasar porque están limpiando. Serena finge no darse cuenta.

El otro equipo se sienta entre nosotros y empezamos.

Nadie canta la mentira y ganamos el rabón en tercera. La siguiente mano ganamos el envido y nos vamos.

Mantenemos la diferencia de tres hasta entrar a buenas. Ahí se ponen nerviosos y mienten muy mal. Terminamos ganando por una amplia diferencia.

Choco los cinco con Pablo y Charly. Estamos en cuartos. Aprovecho la pausa para ir a la cantina a comprar algo. Traigo un vaso grande de jugo de naranja con hielo y unas masitas.

Pablo golpea la mesa con los dedos con un ritmo punk. Charly se acomoda el flequillo.

Llega el otro equipo y ya los conocemos. Son los orientales que nos ganaron en el Torneo de Ping Pong.

- Hey – saluda la chica

- Hey, tanto tiempo.

- Sí. ¿Cómo les fue en el otro torneo?

- Mas o menos – respondo moviendo la mano - Quedamos afuera en cuartos. ¿Y ustedes?

Era una pregunta de compromiso. El Ping Pong era el deporte oficial del Búnker y todos conocíamos los resultados de la Supercopa.

- Bien – responde su compañero - Nos tocó una llave difícil, pero vamos a llegar a la final.

- Me alegro – dice Pablo – ¿Empezamos?

Reparte el otro de su equipo, que no creo que sea oriental porque tiene rulos y acento correntino.

Cambiamos de posición. Yo estoy en el centro y recibo toda la información. De esa forma Charly no se tiene de hacer enojar a Pablo y él no se vuelve loco.

Vamos muy parejos. Los orientales son calculadores y no cometen errores. Rara vez llegamos al vale cuatro y nunca aceptan un real envido.

Pasan primeros a buenas con nosotros detrás con catorce puntos. En la siguiente mano ganamos dos y dos. Estamos dieciocho a dieciséis.

Me toca ser pie. Levanto las cartas, tengo el macho, pero nada que le acompañe. Miro a Pablo y me dice que tiene un dos. Charly pestañea rápidamente, indicando que no tiene nada, la chica lo ve.

Charly tira un cuatro, el vago un diez y Pablo un doce.

- *Envido* – dice tímidamente la chica.

- *Falta envido* – grita Charly golpeando la mesa con la mano abierta.

Ella sonríe. Si ella tiene más puntos ganan el partido, si ganamos nosotros ganamos lo que a ellos les falta, o sea que quedamos veintiocho a dieciocho.

- Quiero – dice, pronunciando mal la ere – Treinta y tres.

Pablo tira las cartas y se levanta. Yo suspiro. Charly se ríe a carcajadas.

- Las quiero ver en mesa – digo, como si sirviera de algo.

Muestra las cartas. Tiene un seis y un siete de copa. Treinta y tres.

- Perdón – dice Charly, poniéndose de pies- Pero yo soy mano, y también tengo treinta y tres.

Tira sus cartas sobre la mesa, un seis y un siete de oro. La chica queda con la boca abierta.

- Él se fue – dice el correntino, señalando a Pablo, que no lo puede creer.

Pablo lo niega, y él insiste. No importa, ellos tienen primera y Charly tiró el siete en tercera.

- Sí, se fue – digo – Truco.

- Quiero.

Tiro mis cartas, con el uno de espadas en el medio y me levanto para burlarme de Pablo, que está por tener un ACV.

Le alcanzo el vaso y hace fondo blanco. Es simbólico porque no tiene alcohol, pero entre el azúcar y la euforia que tiene salta y levanta el puño.

Serena se acerca y nos felicita. Pablo aprovecha a darle un beso, en el cachete por supuesto. Yo mantengo la distancia y la felicito, ella está en la otra semifinal.

El Salón está lleno, todo el mundo está pendiente de quién gana el torneo.

Voy a la mesa y corto.

Serena vuelve con sus compañeras. Luci la busca y le dice algo al oído. Ella se pone seria por un segundo y luego responde riendo.

Luci viene a vernos, y continúa esquivándome la mirada.

Tengo unas cartas pésimas. Pero no importa, Charly y Pablo están compenetrados. Tienen buenas manos y no cometen errores. Nos los llevamos puestos, ganamos treinta a veinticuatro.

Somos finalistas. Ya tenemos asegurado un jugoso premio y Charly está más que contento, así que se paga otro trago. Pablo en cambio está más tenso que antes y no dice una palabra.

Jugamos contra el equipo de Serena. Retiran todas las mesas excepto la nuestra y llenan todo de sillas. Hay más de cien personas, y en segunda o tercer fila está Luci.

La gente que vio las semifinales comenta que somos prolijos y muy buenos mintiendo. Sin embargo, también dicen que ellas tienen un juego indescifrable, se hacen las tontas y cuando te confiás te la mandan a guardar.

Repetimos formación, yo en medio y uno a cada lado. Serena se sienta frente a mí y me mira fijo. El árbitro repite las reglas y dice “*que gane el mejor*”. Charly se frota las manos.

Pablo corta y Serena reparte. Levanto las cartas y espero las señas de mis compañeros. No hago las mías, como yo dirijo no necesitan saber. Además, Serena no me saca el ojo de encima.

Ella, en cambio, habla y hace señas sin importarle si la miro o no.

- Ibuebanol tres – dice, mientras se muerde la lengua y acomoda la blusa, que le queda un poco grande y amaga a salirse.

No tenemos puntos, así que no cantamos la mentira. Parece que ellas tampoco. Vamos al rabón y Charly canta el truco. No quieren. Tantas señas y no se animan, no entiendo.

La siguiente mano sacamos un par de puntos. Más adelante nos alcanzan y pasan al frente.

Sigo sin entender las señas. Primero hablaban de medicamentos de mujer, después de telenovelas y ahora de Ping Pong. Serena se acomoda la blusa a cada rato y hace diferentes muecas, pero no detecto ningún patrón. Cada tanto dice un número, pero no coinciden con lo que tira.

Pasamos a buenas. Pablo tiene un pequeño tic en el ojo que va y viene. Charly se acomoda el flequillo. Serena me pateo sin querer y se disculpa. Nos ganan una doble mentira y sacan una buena diferencia.

Se nos están yendo. Dejo de prestar atención a lo que dicen y juego con nuestras cartas.

- *Flor* – dice Charly.

Una de ellas amaga a hablar.

- *Esperá* – le dice Serena - ¿Cuánto tenés? Decime.

- Veintisiete.

- Cantala, pero hasta ahí.

- *Flor*.

Si Charly no tiene más puntos entonces suman otros seis y perdemos.

- Treinta – dice Charly.

- Son buenas.

Charly juega el siete de espadas. La ronda sigue y tenemos primera en casa.

- *Truco.*

- No quiero.

Con esos siete puntos pasamos al frente.

La siguiente mano nos igualan a veintisiete.

Me toca repartir. Cuando termino agarro mis cartas. Una sota, un falso y la hembra. Nadie hace señas a esta altura. Ellas tiran un tres y queda. No cantan la mentira.

- ¿Tienen puntos?

- Cantá – dice Charly. Pablo niega con la cabeza.

- ¿Tenés mucho?

Vacila. En consecuencia tiro la sota, por las dudas.

- *Truco* – dicen.

- ¿Tienen algo?

- Quiero – dice Pablo, que conoce mi juego mejor que nadie.

Tira un doce, y yo mato con el falso. Serena tira el dos. Sólo queda Pablo, que tira un tres y dice...

- *Quiero retruco.*

Si dicen que no quedamos a un punto de ganar, pero si dicen que sí la mano gana la partida y el torneo.

Nos miramos entre todos. Algunos con cara de póker, otros nerviosos, o fingiendo estarlos. Nadie tiene la menor idea de las cartas del otro equipo, y todos quieren ganar.

- Quiero.

Pablo suspira y tira un once. Van tirando uno a uno, hasta que me toca y tiro la hembra. Es la carta más alta que hay sobre la mesa, pero todavía queda Serena, y hay una carta que puede ganarnos. Tira y es un siete de oro.

¡Ganamos!

El público estalla y en aplausos. Pablo salta de la silla y da una vuelta olímpica alrededor de la mesa. Cruza un brazo sobre mi hombro y me hace saltar. No hay champagne, así que Charly agarra una jarra de jugo y hace como si lo fuera.

Saltamos unos minutos hasta que se me empiezan a cansar las piernas y advierto que estamos empapados, haciendo el ridículo frente a medio Búnker. Así que nos detenemos y vamos a felicitar a las subcampeonas.

Saludo a una con un beso en la mejilla y Charly hace lo mismo. Pablo está excitadísimo de la emoción, abraza a Serena con ambos brazos y le deja la blusa mojada.

Saludo a la última chica y miro a Serena, que se acerca y me da un ruidoso beso en la mejilla. Me alejo de ella y reúno nuevamente con mi equipo. Luci está cruzada de brazos.

Pablo tiene los ojos iluminados, Charly mueve el cuerpo al ritmo de la música.

Estamos esperando que armen el improvisado podio para la premiación. Son tres plataformas rectangulares de color blanco brillante, cada una más alta que la otra.

El árbitro llama al equipo de los orientales, que suben a un lado y les entrega una medalla. Lo mismo con el de las chicas. La gente aplaude y algunos se empiezan a retirar.

- ... y en primer lugar... *¡Atlético S O S!*

Subimos al podio y Pablo recibe la copa, que levanta tan alto como puede.

Tanto las entregas de las medallas como de la copa son simbólicas, después la tenemos que entregar a cambio de los premios. Luego serán usadas para otras competencias.

[Una vez un equipo de Ping Pong salió campeón y mantuvieron escondida la copa todo un mes. Como Facundo, en ese entonces mi compañero de dormitorio. trabaja en Logística Urbana, me contó que en la oficina no sabían qué hacer. Discutían sobre obligar a que entreguen la copa o negociar con mejores premios, e incluso ponerles sanciones.

Al final se solucionó de otra manera, alguien se las robó y pidió rescate. Sí, como un secuestro, en Logística estuvieron satisfechos, pudieron recuperar el trofeo sin incidentes y encima les salió más barato. Desde entonces todos cambian el trofeo apenas termina la celebración].

Bajamos del podio y vamos caminando entre el público mostrando la copa, mientras estrechamos algunas manos. A unos pocos pasos nos siguen los otros equipos.

Estamos en el medio de la multitud, cada tanto doy un codazo o alguien me pisa. Ya se fueron muchos, pero debemos ser más de cincuenta.

Aprovecho la ocasión para acercarme a Luci sin que me vea venir.

Cuando me ve, abro la boca para saludarla. En eso alguien cruza una mano por detrás y me abraza. Serena.

Luci se da vuelta para irse, y yo la agarro de la muñeca. Me devuelve una cachetada.

Cuando vuelvo la cara se están agarrando de los pelos.

- ¡Pelea! – grita un estúpido.

Intento separarlas. Justo un instante antes de meterme una de ellas, no sé quién hace una trancadilla y caen al piso.

Me agacho y se giran una sobre otra, gritando. A Serena se le sale una teta. Me arrodillo y meto las manos entre ellas, pero las dos se agarran con fuerza y no puedo separarlas.

A continuación, alguien más se acerca a ayudar y agarramos uno a cada una. Tiramos en sentido contrario, hasta que nos damos cuenta que están agarradas de los pelos.

- Pará – le digo.

Se acerca Pablo y les suelta las manos.

- ¡Ay! – dice Pablo, que tiene sangre en las manos – *La puta que te parió, Luci.*

Están las dos despeinadas, Luci tiene unos arañones en la cara, y Serena un ojo negro. Se gritan una a la otra insultos tan agudos y con tanta velocidad que me cuesta distinguirlos. *Cornuda, perra estúpida, zorra resentida, frígida, puta barata, conchuda.*

Llegan unos cuantos serenos y se las llevan. Probablemente estén detenidas un rato hasta que se cansen de gritar y tranquilicen un poco. Después van a hablar con el psicólogo y firmar un papel de conciliación que reduzca sus sanciones.

- *Está loca* – dice Pablo.

- ¿Cuál de las dos?

- Luci. No sé cómo duraste tanto.

- ¿Y Serena?

- Serena es maravillosa.

Luci está sentada en una cama individual, lo único que hay en esta celda de dos por dos. Está con los brazos cruzados y la cabeza gacha.

Recién ahora me dejan entrar a verla. Ya habló con un psicólogo y firmó la conciliación. Por la mañana la van a liberar.

- Luci... ¿Cómo estás? - le digo tras las rejas, ella se gira hacia la otra pared. - No sé por dónde empezar.

- No hace falta.

- Sí, necesito que hablemos.

- Y yo no tengo ganas.
- ¿Por qué?
- No tengo ganas de que me expliques que no hiciste nada y todo es un malentendido.

¡Seguridad!

- Está bien. No es lo único de lo que quería hablar.
- ¿Sí? – dice el guardia de turno, que acaba de venir desde su escritorio.
- ¿De qué querés hablar?
- Me parece que sería mejor... - digo mirando al guardia.
- Decime lo que tengas que decir.
- ¿...estás embarazada?
- Ah... *Con que era eso*. No. Tomo pastillas.
- Pero... ¿Y los síntomas?
- Antes no tomaba. Por eso tomé la del día después, luego del depósito. De eso son los síntomas, eso y el estrés. Así que no te preocupes, andá con Serena nomas.
- Pero yo no... - comienzo a decir. Ella amaga a decirle algo al guardia, que espera con las manos sobre el cinturón. Trago saliva – Yo quiero estar con vos.
- No está funcionando – dice, negando con la cabeza – No me siento con ganas de seguir. Mira al guardia y este se acerca.
- Vamos flaco. Ya terminó la visita.

Comienza una nueva semana.

Ayer, el Concejo designó jefes de área para los puestos que habían quedado vacantes. Seguido de eso decretó como prioritario el restablecimiento de las comunicaciones con quienquiera que estuviese en el exterior. Quieren descubrir qué sucede.

Alicia testificó que todo el Concejo estaba al tanto de las comunicaciones con otros sobrevivientes. Sin embargo, también dijo que nunca había estado presente en las conversaciones.

Ángel confirmó su versión, pero tampoco sabe con quién ni de qué hablaban. Dijo que él preparaba todo y dejaba a Elías solo en la habitación.

Alan relevó a Ángel de su puesto y pidió estar presente en todas las comunicaciones que se realicen. No obstante, tras armar la agenda de tareas previstas para la semana se dio cuenta que eso no iba a ser factible. Para compensarlo decidió designar temporalmente un Asesor de comunicaciones exteriores, una persona de confianza que lo tuviera al tanto de todo lo que sucedía.

Así que ahora tengo doble trabajo. Tengo que acudir de inmediato cada vez que la antena reciba alguna señal, para luego contarle al director lo sucedido. Por eso tengo permiso para llegar tarde a la oficina, por más que a Tom no le guste.

Son las cinco de la mañana cuando escucho la llamada.

Bajo de la cama y tanteo hasta llegar al escritorio. Agarro la radio.

- ¿Qué pasa? – digo apretando el botón.

- Recibimos algo. Pidieron hablar con Elías. Le dijimos que va en camino.

- Bien. Ya voy.

Abro la puerta, dejando entrar la penumbra del pasillo.

La cama de Alan está sin tender. Me visto bostezando y marchó a paso acelerado hacia la habitación de control de la antena.

El sereno saluda inclinando la cabeza y abre. La sala tiene un tablero de control y algunos monitores. Las paredes son de cemento alisado y tiene apenas el tamaño de tres dormitorios.

El técnico y varios miembros del Concejo están ahí, entre ellos Luci y Carolina. Todas las sillas están ocupadas, por lo que permanezco de pie.

- Cuando quieran -digo.

- Transmitiendo desde CePIR. Solicitamos confirmación de señal – dice el técnico al micrófono.

- Recibido CePIR – responde una voz seca, arrastrando las erres - ¿Está Elías?

- No. – dice Carolina acercándose al micrófono – Elías está muerto.

- ¿Escuché bien? ¿Dijeron que está muerto?

- Sí, es correcto.

- ¿Qué le sucedió?

- Tuvo un ataque cardíaco el día de ayer.

- Cuánto lo siento. ¿Con quién tengo la ocasión de hablar?

- Carolina López, miembro del Concejo. ¿Quién es usted?

- Miller, Milton Müller.

- Un gusto, señor Müller. ¿Dónde se encuentra usted?
- En el OTE señora, ¿por qué lo pregunta?
- ¿Cómo en el OTE?
- En el Observatorio Transatlántico Europeo ¿*Qué pasa con ustedes?*

Ahí estaba. Un centro de investigación en medio del Océano Atlántico que habían sobrevivido al apocalipsis. Quién sabe cuántos serán o cómo se las han arreglado para subsistir durante estos años.

- No sabemos nada Milton, Elías nunca nos contó nada.
- Elías no tuvo un ataque, ¿*cierto?* – pregunta tras una larga espera.
- No – confiesa Carolina, cerrando los ojos. Luci se muerde el labio y algunos se cruzan de brazos – Nos enteramos de que había otros sobrevivientes y fuimos a exigirle respuestas. Elías tomó de rehén al director y en el forcejeo se le escapó una bala, el General no vaciló en responder el fuego.

- Entiendo – responde Milton.
- Milton, ¿cómo sobrevivieron en el océano durante los últimos dos años?
- Cada dos meses recibimos viáticos y repuestos.
- ¿Reciben? ¿Quién los está ayudando? ¿Cuántos grupos de sobrevivientes hay?
- ¿*No lo saben?* Nunca llegó a Europa.
- ¿*Cómo?* ¿Podés repetir, Milton? ¿No llegó qué? – pregunta Caro mirando al resto.
- El virus nunca llegó a Europa.

Carolina queda boquiabierta. El técnico se pone de pie e intenta caminar para liberar la tensión, pero como no hay lugar vuelve a sentarse. Los demás se hablan al oído. Luci se acerca a Carolina.

- Milton – dice Luci – Vamos a necesitar *muchas* respuestas.
- Por supuesto. No puedo creer que no lo sepan... ¿Van a comunicar todo al resto?
- Sí, mañana.

- Bien... Les resumo la situación. Mientras el Virus se propagaba por toda América, en Europa cancelaron todos los vuelos y no dejaron que los barcos se acerquen a las costas. Algunos gobiernos siguieron todo de cerca y un día dejamos de recibir señales. Un mes más tarde, un buque pesquero recibió un mensaje de Elías. Tras de unas cuantas explicaciones, el capitán del buque emprendió su regreso a Inglaterra, y transmitió el mensaje. El primer ministro se reunió con las principales autoridades de la Unión Europea, decidieron establecer un observatorio cercano al continente. Eso fue lo que sucedió.

- Es difícil... Después de tanto tiempo, es difícil de creer.
- Es lo que pasó Carolina – insiste Milton – Hay algo que necesitan saber. Tienen que suspender los cultivos y las salidas al exterior, al menos hasta que pase el verano.
- ¿Por qué? El perímetro parece funcionar, sólo debemos tener cuidado.
- ¿*Tampoco les dijo eso?* El ataque de las águilas es solamente el comienzo.
- ¿El comienzo de qué?
- No estamos seguros. Tras el invierno se vuelven inestables, sobre todo los días cálidos.

En poco tiempo ni los repelentes ni el vallado eléctrico van a detenerlos.

- Entiendo. ¿Algo que nos recomiendes hacer?
- Aislar el Bunker. Cerrar todas las entradas y salidas de aire.
- No hace falta. El Búnker está preparado para que no pueda ingresar ningún animal.
- Esta vez es distinto, una nueva cepa del virus se está propagando. Es más contagiosa que antes. Los animales tienen mutaciones en sus mecanismos de defensa y parecen estar más sensibles

de lo habitual... Hace poco más de dos semanas, enviamos una tripulación a las costas de Venezuela. A pesar de que estaban equipados con trajes similares a los suyos, nunca regresaron... A partir de ese entonces enviamos únicamente drones.

- Milton. No creo que sea viable aislar el complejo. Somos casi mil personas aquí dentro. No hay manera de que podamos aguantar más de algunas semanas sin morir sofocados. ¿De cuánto tiempo estamos hablando?

- Hasta que pase el verano. Es decir, unos cinco o seis meses... No sé cómo, pero tendrán que encontrar el modo. Si pudieron desbaratar los trajes blindados no veo por qué no encuentren cómo entrar.

- ¿Entonces qué hacemos?

- Esconderse, y esperar.

Ni bien terminan de hablar, salgo en busca de Alan. No puedo creerlo. Todo este tiempo... Voy de sector en sector, hasta que finalmente lo encuentro en Logística Urbana.

Le cuento todo. Él me mira y se caga de risa.

- ¿Qué tiene de gracioso?

Alan nota que estoy serio y para de reírse de inmediato. Nunca vi a alguien tardar tanto en decir algo.

- ¿Cómo pud...?

- Ni idea.

- La nueva cepa... ¿Qué pensás sobre eso?

- Podemos hacer unas pruebas. Pero según Milton no sería una buena idea.

- Se me ocurre que si solamente atrapamos cuises...

- Si, puede ser. Pero pensalo bien. Más gente puede morir.

Alan respira hondo.

- ¿Vos qué harías?

- Creo que... yo tomaría muestras. Con mucho cuidado, por supuesto... Necesitamos saber si están diciendo la verdad. Si hay otra cepa y es así, entonces no tenemos opción: hay que aislar todo y encontrar la forma de hacer aguantar el aire todo el verano.

Mira su reloj y niega con la cabeza.

- Ya casi es la hora del desayuno. No puedo esperar hasta mañana para el anuncio.

- ¿Vos decís que se va a filtrar?

- Acá dentro las paredes hablan.

Día 768 DB: Nunca estuvimos solos

Había imaginado una inmensidad de posibilidades, pero nunca algo como esto.

Todavía me cuesta aceptar que nos hayan ocultado esto tanto tiempo. Me pregunto si una evacuación es posible. Si es así, ¿por qué todavía no lo han hecho?

No sé qué dirá Alan, ni como se lo tomarán los refugiados. Ojalá no pase nada.

Por otro lado, me consuela pensar que si todo esto es cierto, entonces Alessia debe estar con vida. ¿Me recordará aún?

Estoy junto a Pablo, jugando con la cuchara y los cereales. Me pregunta si voy a comer, yo niego con la cabeza y le paso mi bandeja.

En cualquier momento Alan subirá al escenario a hacer su primer anuncio oficial como director.

Parece que se hace esperar, porque no lo encuentro por ninguna parte.

- Hola, Marcos.

Volteo hacia atrás y la veo sonreír levemente. Lleva una campera sencilla de colores claros apenas abierta, por sobre la cual cae ese pelo rubio ondulado que, de estar afuera del Bunker, bailarían libremente con el viento.

- Hola, Serena.

- ¿Me puedo sentar?

Me quedo mirándola unos segundos y estoy a punto de negar con la cabeza. Pablo me gana de mano y se levanta.

- Los dejo solos.

Busco sin éxito su mirada, intentando decirle que no hace falta. Él camina hacia otra mesa y se sienta de espaldas a nosotros.

Me vuelvo y ella está sentada frente a mí. Hacemos contacto visual y espero hasta que cese, pero no lo hace. Miro a un lado.

- Serena... No sé como empezar... Sos muy simpática y tenés una especie de personalidad hipnótica. Es difícil no prestarte atención. Serías una muy buena amiga o una novia espectacular para cualquiera.

- Pero...

- No podemos seguir así.

Serena se cruza de brazos y mira al costado. Un segundo más tarde vuelve la vista.

- ¿Así cómo?

Me quedo mudo. *Como perros en celo*, pienso. No puedo decir eso. Suspiro.

- No quiero que nos sigamos viendo, saludando, charlando. La cuestión es... me causaste muchos problemas. Luci... Bueno, eso no es tu culpa. Pero de todas formas no quisiera que nos vean juntos.

- ¿*Tanto te importa* lo que opinan los demás?

- Me importa lo que *ella* opina. Y me parece que se lo dejamos bastante difícil. Todo apuntaba a que tuvimos algo. Y me va a costar mucho volver a ganar su confianza.

- Marcos, vos...

- Buenos días – se oye decir a Alan, amplificado por los parlantes.

Está vestido con un jean gris y una camisa negra. Tiene el micrófono en una mano y la otra a medio meter en el bolsillo.

Camina de un lado a otro, sin demasiada prisa y mira un lugar neutral del Salón.

¿Lo dirá? ¿Dosificará la información o la aplicará sin anestesia?

- Primero que nada... quiero agradecerles a todos por colaborar para que esta transición sea lo más suave posible. Han confiado en nosotros y no los defraudaremos. – Ensayo una leve

sonrisa hacia un lado – El motivo del anuncio tiene que ver con las conversaciones con alguien del exterior que Elías estaba teniendo en secreto – inspira profundamente y continua – Hace unas horas, se detectó una señal y el Concejo pudo establecer un canal de diálogo... *Sí*, eso quiere decir que hay otros sobrevivientes.

Murmullos, cruces de miradas, cejas arqueadas, bocas pasmosamente abiertas y ojos entrecerrados. Todo eso se podía ver en los refugiados. Alan se acerca al atril y toma agua del vaso. Lo deja y camina lentamente hacia delante del escenario.

- Teníamos dudas sobre contarles o no esto. Pero hemos hablado con el Concejo, y llegamos a la conclusión que merecen saberlo. Todos nosotros fuimos engañados y merecemos la verdad.

Alan confía en que, si todos saben la verdad, la gente será comprensible y cooperativa. Esperemos que así sea.

- Hablamos con un científico del OTE, el Observatorio Transatlántico Europeo, una base de investigación que vigila la evolución del virus e intercambiaba información con Elías sobre nuestros descubrimientos. *¿Por qué lo harían?*, deben estarse preguntando. Es increíble, pero el virus nunca logró salir de América. Europa, Asia, Oceanía y África siguen intactos. O más o menos, el bloqueo no debe haber sido nada sencillo.

Alan baja la mano que sostiene el micrófono y permanece quieto. Está pálido, más que de costumbre, y con grandes ojeras.

Los murmullos se reanudan, mientras otros siguen mirando al escenario, esperando que diga que es una broma, que dé una explicación profunda y esperanzadora, unas palabras de apoyo, o algo.

- Es mucho para procesar – dice finalmente Alan – Les pido que sean pacientes y se tomen el tiempo que necesiten para pensarlo. Les doy mi palabra de que los vamos a mantener al tanto.

Baja del escenario y se retira. Aquellos que tenían preguntas se van a tener que quedar con las ganas.

Cuando me doy cuenta de su ausencia, Serena ya está lejos. Hubiera querido despedirme, aunque es mejor así.

En la oficina saludo a Tom, que lleva puesto el guardapolvo y trabaja como si nada.

El nuevo asistente trae roedores sanos. Con su ayuda les inyecto hormonas para inducir el período de celo. Más tarde tendremos que extraer óvulos y espermatozoides, biopsiarlos para el diagnóstico preimplantacional y seguir probando con CRISPR.

Por la noche encuentro a Alan en el dormitorio. Está acostado en su cama, con los ojos bien abiertos. Es casi una década mayor que yo, y nunca aparentó otra cosa, pero ahora es distinto. Tiene la piel seca y la cara arrugada, como si hubiera envejecido de golpe.

- Voy a organizar una expedición – me dice.

- *¿Sí?*

- Para capturar cuises o lo que sea que encuentren primero. Mañana lo voy a anunciar.

- Me parece bien.

- En el Concejo no se ponen de acuerdo... Les preocupa la seguridad, y sobre todo la moral.

- *¿Una ola de suicidios?*

- ... o un piquete.

Día 768 DB (2): ¿Resistirá?

Para mantener con vida a cientos de personas, un sistema debe intercambiar energía con su entorno, por más mínima que sea. Un sistema aislado o completamente cerrado es imposible.

El búnker cuenta con reguladores atmosféricos y filtros de CO₂ de emergencia. De esa manera, si por algún motivo deja de ingresar aire del exterior, podemos seguir respirando durante unos cuantos días hasta que Ingeniería se encargue de la reparación.

Sin embargo la entrada de oxígeno no es el problema. Las distintas salidas liberan aire con una alta concentración de dióxido de carbono, metano y otros gases. Si Milton está en lo cierto, eso podría atraer animales lo suficientemente pequeños como para introducirse en las cañerías.

Es un dolor de cabeza para Carolina y el área de Ingeniería, pero pueden desarmar las cañerías para colocar capas de rejillas y alambre. En teoría debería funcionar.

Por otra parte, también pueden entrar por las cañerías de aguas residuales. Eso no se puede tapar, así que Alan, Carolina y otros más estuvieron discutiendo. La única solución parece ser cerrar la red de aguas sépticas y tirar la mierda directamente sobre las napas.

¿Y el agua? No tengo idea.

Sólo espero que las reformas improvisadas del sistema de ventilación se terminen a tiempo. De lo contrario, el aire se irá poniendo cada vez más hediondo, hasta que todos quedemos dormidos para siempre.

Para Alessia:

Hola, hermana.

Ha pasado mucho desde la última vez que hablamos, la última vez que nos vimos. Me disculpo por eso. Se supone que, por ser el mayor debería ser el más maduro, pero no siempre me sale.

Intuyo que te habrás preguntado hace unos años qué fue de nosotros. Lamento decirte que no tengo noticias de ella.

En cuanto a mí, es tanto que no sé por dónde empezar.

Gracias a un golpe de suerte fui rescatado y llevado a un refugio. Al día de la fecha llevo más de dos años, en los cuales creí que el virus había llegado a todos los continentes. Creí que estábamos solos, pero ahora sé que no es así.

Espero oír de ti pronto y, por qué no, ver cómo has crecido.

Con cariño,

Marcos.

Por la mañana un hombre sube al escenario.

Ya lo había visto antes, pero no sé su nombre. Trabajaba en Logística Urbana antes de integrar el Concejo. Es alto y algo fofo, lleva una chomba celeste y el pelo tupido. Toma el micrófono, saluda y se presenta.

- Buenos días. Mi nombre es Julio Medina, soy integrante del Concejo. Quería comentarles que estuvimos debatiendo entre nosotros y llegamos a la conclusión de que tenemos que estar todos unidos. Por eso no podemos darnos el lujo de polarizaciones ni revanchismos.

Tiene la apariencia de un anuncio descontracturado. No obstante, Luci y el resto del Concejo están sentados en la primera mesa, atentos y expectantes. Alan en cambio no está presente. Me pregunto por qué.

- Hemos decidido dar un indulto a los prisioneros políticos, que habían sido encerrados por motivos de seguridad. Ahora que ya sabemos que fueron tan víctimas de las mentiras como todos nosotros, podemos dejarlos en libertad.

Prisioneros políticos. Es al viejo Concejo a quién se refiere.

Me doy vuelta para buscar entre la multitud. Tardo un buen rato. Finalmente veo un hombre alto sentado en una de las mesas del fondo. Es más flaco y lleva una campera de jean. Parece menos formal que su hermano y tiene un semblante más calmo.

Pero sigue siendo un Betts. Nunca confiaré en él, ni tampoco en Angel. No es una cuestión de sangre o algo así. Lo que pasa es que no me trago que en una situación así se mientan entre parientes, siendo el único tipo de relación que pueden conservar.

Ya comprendo la ausencia de Alan. No debe haber estado de acuerdo, pero eso no importa, el Concejo es el órgano máximo de decisión. El director no es más que un gerente general.

Tenemos cita con Milton en un rato. Todo sea por una noche de sueño normal.

Llego a la entrada y saludo con la cabeza al guardia. La puerta está abierta.

Ya están todos, Alan incluido, que está sentado junto a la mesa de control. El guardia cierra la puerta tras mi entrada. Busco un espacio libre en la pared y me apoyo en él.

- Buenos días. Habla Alan Weinmann, director del CePIR. Aquí estamos todos listos para comenzar, así que cuando quieran...

Aguardamos en silencio alrededor de un minuto.

- Buenos días. Habla Alan Weinmann, director del CePIR. Estamos listos para comenzar...

- Buenos días, director – responde – Mi nombre es Milton Müller, ayer estuve hablando con Carolina y los demás.

- Sí. Estoy al tanto de eso.

- Estupendo... ¿Cómo va todo? Ayer me comentaron que anunciarían las noticias.

- Sí, así es. Ha sido algo inesperado para todos. Y estamos trabajando para que todo salga bien.

- Me alegra oírlo. ¿Qué amerita su presencia hoy, señor? ¿O es únicamente para oírlo usted mismo?

- Tenemos algo concreto – responde Alan – Solicitamos una evacuación completa del

CePIR. Creemos que es lo más justo para los refugiados. Además, dada la situación de la nueva cepa, lo necesitamos más que nunca.

- Comprendo, señor. Pero lamento decirle que eso no será posible, la zona no está preparada para aviones de carga militares. El helipuerto es muy pequeño, y no tienen un terreno lo suficientemente plano como para aterrizar allí.

- Entonces envíen helicópteros.

- Son más de setecientas personas, necesitaríamos unos centenares de unidades.

- Estamos hablando de todo el mundo. Hay eso y mucho más.

- Sí, pero no están dispuestos a enviar una misión suicida. Ya saben qué les pasó a ustedes cuando llegaron hace dos años.

- Entonces... Envíen aviones militares que los escolten. Tiene que haber una manera.

- Lo siento, señor. Si por mí fuera, hubiera ordenado una misión de rescate durante el primer año. Desgraciadamente, yo no tomo las decisiones, y los que sí lo hacen tienen otras prioridades.

- Por lo menos habla con ellos – intervengo- Deciles que tenemos una cura.

- ¿Quién dijo eso? – pregunta Milton - Sabemos que no la tienen

- Marcos Mayr, investigador del laboratorio principal – me presento – Ahí trabajamos con ingeniería genética, utilizamos el CRISPER para alterar el ADN. Estamos cerca de lograr que los animales no nos vean como presas o amenazas. Los resultados son muy prometedores, pero nos hace falta equipamiento específico del cual el Búnker carece.

- No estábamos al tanto de eso.

- Llevamos apenas un par de meses, pero los resultados parecen ser prometedores – miento.

- ¿Es cierto eso? – pregunta Milton

- Totalmente – me respalda Luci – Yo soy la directora de la Investigación, y como tal estoy al tanto de los progresos del programa.

- Tal vez esto pueda ayudar. Veré qué puedo conseguir.

- Es todo lo que pedimos- responde Alan.

La comunicación se interrumpe. Alan mira los sensores y da media vuelta para mirar al resto.

- Van a pedirnos un Back Up para continuar con la investigación. Con suerte buscaran muestras y un puñado de investigadores. Nada más – dice Carolina.

- Tal vez podamos negociar – dice Julio, con ambas manos en los bolsillos – Ahora tenemos algo que ellos quieren.

- Podemos decir que nos evacúan a todos o a nadie – dice una mujer mayor, cuyo nombre no recuerdo.

- ¿Y si se niegan? – pregunta el General – Ya saben que estamos desesperados. Quizás por eso... nos dijeron lo de la nueva cepa.

- ¿Vos decís que es mentira? – pregunta Luci.

- Por eso organicé para hoy la expedición – dice Alan.

- Como sea – dice Julio, con la mano sobre la mandíbula - Van a negociar para evacuarnos a nosotros y algunos investigadores. Como dijo Caro, no van a hacer más de lo estrictamente necesario para continuar con la investigación. Y ellos pueden darse el lujo de esperar hasta que cedamos o muramos asfixiados.

- Entonces moriremos todos juntos – dice la mujer.

- Yo creo que es mejor que se salven unos pocos a ninguno – opina Luci – No deja de ser

cierto que esto es más grande que cualquiera de nosotros, y un descubrimiento así puede resultar clave para el futuro de la humanidad.

- Eso lo decís porque vos estás primera en la lista - reclama la mujer.

- Calmémonos – interrumpe Alan – Tenemos que esperar, esta discusión no tiene sentido.

Por ahora intentemos que ninguna persona quede atrás.

- ¿Y los animales? – pregunta el representante de zoología - ¿Pretenden dejarlos acá y que se mueran de hambre?

Es casi hora del almuerzo, partimos para el Salón.

Ellos arriman unas mesas y se sientan junto al escenario. Luci se despide y va a la mesa donde está Tom. Alan tampoco está con ellos. Busco entre las mesas hasta encontrarlo con una chica. *Picarón.*

Me siento de espaldas a todos en la mesa que está Pablo, cerca de uno de los pasillos.

Mientras esperamos los menús, me reclino sobre el respaldo y contemplo el lugar. Me llama la atención un hombre, que está solo y come lentamente. Desde la distancia puedo distinguir las largas cicatrices en su rostro, que rodean unos lentes de sol baratos.

Buscamos las bandejas y comemos, sin prisa pero sin pausa. Pablo me cuenta sobre su nuevo proyecto, una selección de básquet.

- Pensalo – me dice – Conseguimos un buen abogado, alguien tiene que llenar el cupo de América en los Juegos Olímpicos. Además tenemos atletas de primer nivel, los hermanos chinos por ejemplo.

Dejo de escucharlo y me permito imaginar por un instante que todo ha vuelto a la normalidad. Fuimos rescatados y estamos tomando un café en París, conversando sobre lo que haremos. Yo buscaré a mi hermana e intentaré volver a comenzar, él intentará mil opciones de sacar algo bueno de todo esto.

Miro el reloj a lo lejos. Pronto deberé ir al laboratorio.

Si bien tengo permiso para ausentarme, nada obliga a Tom a darme menos trabajo. *Ni tampoco a mí a cumplirlo.*

Quedo haciendo sobremesa un rato, curioso de ver regresar a los expedicionistas con las muestras de la cepa. No soy el único, hay más gente almorzando de lo habitual.

Escucho el motor del ascensor accionarse en la otra punta del Salón. Ahí están. Seguramente en unas pocas horas estemos haciendo pruebas con lo que sea que hayan traído. Doy un sorbo del vaso de agua.

Una mujer grita. Inmediatamente escucho murmullos tras de mí y el chirrido de sillas arrastrándose.

Giro la cabeza. La gente corre en mi dirección, como si estuvieran escapando de algo. Me paro sobre la mesa para ver mejor.

Una camada de cuises avanza a toda velocidad entre la muchedumbre.

Nadie sabe qué hacer. Sin ningún obstáculo, los cuises llegan hasta la mitad del Salón y saltan sobre la mesa del hombre con lentes de sol. Se detienen un momento, luego algunos suben sobre sus hombros y piernas. Parecen calmados.

¿Qué está pasando? ¿No nos habían dicho que con la nueva cepa son más peligrosos? Las corales mataron a los expedicionistas, ¿por qué los cuises no?

- No se muevan – grita Alan de pie junto a su mesa.

La gente lo mira y vuelve a los cuises. Siguen mansitos, como si fueran hurones o gatos domésticos. Nadie se mueve. Hay temblores y murmullos, pero nadie levanta un pie de donde están.

De pronto las puertas se cierran. Seguramente quieren contener la invasión, sea lo que sea

no tienen que salir de acá a menos que estén en jaulas.

- Es el agricultor que atacaron los aguiluchos. *Está infectado* – grita de pronto Ezequiel.

- No pierdan la calma – intenta tranquilizar Alan.

No sirve de nada. La gente se amontona contra las puertas y piden a gritos que abran.

Pablo me dice algo, pero no llego a escucharlo. El bullicio es ensordecedor.

Hay por lo menos un par de guardias armados. Levantan los rifles y disparan hacia los cuises.

La mesa queda teñida de rojo y dos caen al piso. Los cuicos se mezclan entre la multitud.

Ninguno de ellos se da cuenta, porque siguen golpeando las puertas con las manos. No hay señales de que estén atacando a nadie.

Ezequiel saca un revolver del interior de su campera y dispara dos veces. Al agricultor se le abren dos agujeros en el pecho y cae desplomado hacia atrás. Su remera se llena de sangre.

Los cuises que hasta ahora parecían confundidos saltan por los aires y muerden a quienes tienen más a su alcance. La muchedumbre se dispersa.

- Fuego a discreción – ordena el General a lo lejos.

Primero los guardias de seguridad vacilan, no quieren disparar entre la gente, luego lo hacen.

Los cuises se mueven de presa en presa a toda prisa. Por cada cuis muerto hay media docena de refugiados caídos.

Los guardias recargan las armas y continúan. Los cuises que quedan van por ellos. Eso les facilitan las cosas. Descargan toda la munición sobre ellos.

Todos observamos horrorizados sin hacer nada. De fondo se escuchaban gritos y sollozos. Algunos de dolor, otros de histeria, otros porque su amigo o pareja está desangrándose.

Entre el estruendo de los disparos, nadie advierte que Ezequiel se acerca sigilosamente hacia la mesa del Concejo y comenzó a ejecutar uno a uno.

- ¡Seguridad! - grito, pero no me escuchan.

De inmediato corro hacia él por detrás, para que no me vea venir. Cuando estoy a sólo unos pasos, él mira sobre su hombro y dirige la pistola hacia mí.

Es demasiado tarde para echarme atrás, así que me abalanzo sobre él y agarro el arma con las dos manos.

Él dispara, pero ya la moví unos centímetros, lo suficiente para que la bala no me alcance.

Comenzamos a forcejear. Intenta sacar el arma, yo me aferro a ella con fuerza y no lo dejo.

Es más grande que yo y parece tener más fuerza, además sostiene la pistola por la empuñadura. Tengo que hacer algo. Giro para hacer palanca con las manos e intentar quitársela y logro que suelte una mano.

Recibo un golpe fuerte en la cintura. Siento que me quedo sin aire, pero no pienso soltarme. De pronto me da un cabezazo por detrás y me mareo. Luego otro, y más en la cintura.

Mientras caigo al suelo se me escapa el arma de las manos. *Qué inútil*, pienso. Me cubro la cabeza con las manos, como si fueran a prueba de balas.

Pasan los segundos y no siento nada.

- Dale, Marcos – escucho.

Levanto la cabeza y Alan me extiende la mano. Al ponerme de pie noto que aún sigo mareado.

- Cuando se agachó a levantar el arma le di un rodillazo en la cara.

Miro alrededor. Quedan pocos cuises. El problema es que los guardias se quedaron sin balas.

En medio de los gritos, escucho la voz de Luci.

Intento identificar de dónde proviene el sonido y corro hacia ahí, abriéndome paso entre la gente, intentando no pisar a nadie.

Está en el piso, sacudiendo la pierna. Uno le está mordiendo la pierna, a través de su pantalón de jean. Ella le pega con la libreta, pero es un mal ángulo y los golpes llegan con poca fuerza.

Agarro un cuchillo de la mesa y me agarro de su pierna para que deje de moverse, entonces lo apuñalo.

- ¿Ese era el último? – grita Alan para hacerse escuchar.

- ¿Estás bien? – le pregunto a Luci. Ella asiente con la cabeza.

- Abran las puertas de inmediato – dice Alan, presionando la tecla de su radio - Guardias, necesito que lleven a Ezequiel Betts a confinamiento. Que nadie lo vea sin mi permiso.

Me saco la remera. Con ella rodeo la herida y con las mangas hago una especie de nudo, para detener la hemorragia. Le tomo la mano. Está temblando y no suelta una palabra.

Las puertas se abren y el Salón va quedando vacío. Hay muchos cuerpos en el suelo, rodeados por charcos de sangre.

Sin embargo, la gran mayoría parecen estar con vida. Algunos gritan, algunos se retuercen. Otros los acompañan.

Los guardias agarran a Ezequiel de los brazos y lo llevan sin cuidado a la rastra.

- Emergencias – dice Alan nuevamente a su radio - Traigan camillas y preparen la sala de cuidados intensivos. Tenemos más de veinte heridos. Convoquen a todo el personal disponible.

Pablo se acerca y pregunta si necesito algo. Niego con la cabeza.

Pronto baja uno de los ascensores y salen médicos con camillas. Un par tienen ruedas, el resto son simples tablillas acolchonadas.

Cargamos en una de ellas a Luci y con Pablo la llevamos hasta el hospital.

Al llegar, un par de enfermeros me ayudan a dejarla en una cama.

Insisto en quedarme a ayudar, o por lo menos a ver. Ellos me dicen que no pueden empezar hasta que deje la habitación. Rezongo, pero en seguida me retiro para no retrasarlos.

Pablo me pregunta si estoy bien. Respondo que sí. Acto seguido vuelve para seguir ayudando.

Yo me quedo a esperar a Luci. Creo que no perdió mucha sangre. Aunque no sé si tiene alguna infección o algo de gravedad.

Ya más en frío me pongo a pensar, todo pasó de prisa y casi no fui consciente de nada.

Acabo de salvarme de milagro. Carolina, el General y casi todos los miembros del Concejo fueron asesinados por el hijo de mil puta de Ezequiel Betts. Espero que Luci esté bien.

- Estará bien – dice una médica con mascarilla blanca y el pelo recogido, que sale de la sala.

Se quita la mascarilla y descubro que es Serena.

- ¿Ya puedo verla?

- Sí, acompañame – me dice.

Luci está sobre la camilla recostada boca arriba, inconsciente.

- Estaba muy alterada, así que le dimos un calmante bastante potente. Marcos, yo estaba de turno cuando escuché los disparos. ¿Qué pasó?

- Estaban entrando los expedicionistas y apareció una camada de cuises. Al principio estaban calmados y fueron hasta un hombre con muchas cicatrices. Bloquearon las puertas y Ezequiel Betts dijo que había sido infectado con los aguiluchos.

- Puede ser. Javier es el sobreviviente del ataque. ¿Dijiste que los cuises no atacaron?
- Al principio no. Pero después Ezequiel ordenó que disparen y mataron a Javier. Ahí empezaron a atacar. Mientras los guardias acababan con ellos, Ezequiel se acercó a la mesa donde estaban los actuales miembros del Concejo y los mató.

Serena queda boquiabierta por unos segundos y pronto mira a un costado.

- ¿Y esa mordedura es de los cuises?

- Sí, es la nueva cepa. Nos dijeron que los hacía más peligrosos, por eso nos sorprendió cuando no atacaron.

Me mira unos segundos, parpadeando más de lo normal. Apoya una mano sobre mi hombro y me dice.

- Marcos. Hay algo tenés que saber. Javier había desarrollado mutaciones importantes luego del ataque.

- ¿Mutaciones? ¿La nueva cepa es contagiosa?

- Parece que sí. Cuando llegaron tenían los ojos destrozados. Uno murió al segundo día. Javier, por su parte, comenzó a recuperarse al quinto día. Después dejó de hablar. Pero fuera de eso estaba bien, entonces le dimos el alta. Estaba haciendo el último cambio de vendas cuando me di cuenta que sus ojos estaban ahí, intactos. Lo mantuve sedado y no dije nada. También alteré los informes.

- ¿Por qué?

- No confiaba en nadie – dice, cruzándose de brazos – Deberías decirle a Luci. Y a nadie más.

- ¿Por qué no?

- Pensá. Si todo el Concejo está muerto, excepto el anterior... No sabemos qué puede pasar. Yo sé que es difícil, pero tenés que confiar en mí.

Día 769 DB: No valió la pena

Tomar muestras de la nueva cepa fue una mala idea, ya lo sé.

Alan insiste en que no fue culpa mía ni del Concejo, que no podíamos anticipar lo que sucedió. Ojalá pudiese creerlo, me ayudaría a sentirme un poco menos peor.

Por otro lado, no puedo dejar de pensar en Ezequiel y el Concejo. ¿Por qué mierda los dejaron libres? Todavía no entiendo cómo pudieron ser tan ingenuos.

Estuvimos engañados durante años y decidieron creer que ellos tampoco sabían nada. Obviamente estaban al tanto de que podía ser mentira, pero creyeron que la moral de los refugiados era más importante.

No sé qué irá a pasar. Tenía la esperanza de que seamos evacuados, de reconciliarme con Luci, de volver a ver a mi hermana.

Ahora no sé si saldré algún día de acá, ni tampoco que pasará con Luci.

Tampoco sé si Alan podrá mantener el control del Bunker, ya que no queda casi nadie del Concejo. Ni tampoco sé quiénes ocuparán su lugar.

Luego de la muerte de Carlos había dicho que, a pesar de todo, lo que hicimos valió la pena. En su momento tenía sentido, pero ya no puedo estar de acuerdo con eso.

Con Carolina, el General y casi la mayoría de los asambleístas muertos, el viejo Concejo no tuvo grandes impedimentos para retomar el poder.

Alan me dijo que un mal orden es mejor que un completo caos. Me explicó que en estos días la estabilidad era más necesaria que nunca, y que además no hubiera sabido a quién designar para integrar el Concejo.

Alicia subió al escenario y culpó a los Betts por actuar a sus espaldas y conspirar contra el CePIR. Tanto Ezequiel como Ángel estaban presos. Nada mejor que la verdad para tapan una mentira.

A Luci le dijeron que la tenían en gran estima y que bajo otras circunstancias no dudarían en incluirla en el Concejo, pero que en este momento la necesitaban en el laboratorio. Ella es inteligente, sabía cuándo le conviene mantener la boca cerrada y acatar las órdenes.

Si antes los refugiados estaban desorientados, ahora directamente no se animan a opinar. *¿Quiénes son los traidores? ¿Podemos confiar en este Concejo? ¿Qué alternativas tenemos? Mejor agachar la cabeza y no meterse donde no te incumbe.*

También dijeron que es importante dejar el pasado atrás para pasar página.

Exceptuando eso, de momento todo parece seguir más o menos igual. Todavía no me hicieron nada, ni tampoco a Alan. No me confío de su palabra, aunque tampoco sé me ocurre qué hacer.

Estoy solo en la oficina, sentado frente a la computadora, cuando alguien toca la puerta.

- Adelante – digo volteándome para ver.
- Hola, Marcos – saluda Serena, estrenando nuevo corte de pelo.
- Hola, Serena.
- ¿Estás solo?
- Sí. ¿Alguna novedad sobre Luci?
- Se despertó y pronto le darán el alta.
- Gracias – digo asintiendo con la cabeza – Serena... Te debo una disculpa.
- No hace falta.
- Sí, *insisto*.
- Bueno, está bien. Pero dejémoslo ahí. Tengo algo más importante que decirte.

Cierra la puerta y acerca una banqueta a mi lado.

Abre el bolso que lleva consigo y saca una servilleta. Con ella agarra la botella de alcohol etílico del escritorio y comienza a removerse el maquillaje alrededor de los ojos. Tiene profundas ojeras y su piel está ligeramente azulada.

Levanta una mano y se lleva los dedos a los ojos. Retira unos lentes de contacto y sus ojos están notablemente enrojecidos, como si tuviera conjuntivitis o hubiera estado nadando en una pileta con mucho cloro.

- No sé cuánto tiempo podré seguir ocultándolo. Y no sé qué harán conmigo.
- Pero *¿cómo?*
- Y eso no es todo. Estoy perdiendo pelo, *mucho*. Me lo corté para disimular, pero si sigue así no sé qué puedo hacer. *¿Raparme?*

La abrazo antes de que se largue a llorar.

No es ella quién me preocupa más, si eso es del virus pronto Luci comenzará a padecerlo.

- ¿Cómo pasó? ¿Tuvo que ver con Javier? – pregunto apenas me suelta, ella asiente con la cabeza - Lo siento mucho.

- A Javier no se le notaba tanto, estaba rapado y tenía los ojos vendados.

- Claro.

- Sabés qué, no creo que sea letal. Pero no es eso lo que más me preocupa. Tengo miedo de terminar en una sala de experimentos. *Irónico*, ¿no te parece? – dice haciendo referencia a cuando nos conocimos, mientras se seca la nariz con un papel.

- Eso no va a pasar – digo para tranquilizarla, ella hace un esfuerzo para sonreír- ¿Te puedo pedir algo?

- Sí, decime.

- ¿Puedo tomarte una muestra de sangre? Me gustaría analizarla en el laboratorio.

- Dale, no hay drama.

En la oficina hay ventanas y no se escucha cuando alguien está llegando. Por eso le doy indicaciones de que me siga a una distancia prudente.

Camino hasta el depósito y me asomo para asegurarme de que no haya nadie. Seguidamente entro y sostengo la puerta, ella pasa y cierro.

Agarro una banda elástica y la hago un nudo sobre su codo. Cuando veo que la vena se dilata, introduzco la aguja con cuidado y saco sangre.

Miro a Serena y me confirma.

- Sí, es más oscura de lo habitual.

Coloco algodón sobre su brazo y cubrí con cinta. Ella se baja la manga.

- Me hubiera gustado conocerte bajo otras circunstancias – me dice.

- A mí también.

Regreso al laboratorio y ella al hospital.

Estoy preparando la muestra de sangre, de pronto cae un pequeño mechón de pelo rubio sobre mi muñeca. Inhalo profundamente y luego suspiro.

Entra Luci a la oficina y me mira vacilante.

- Hola, Luci. ¿Cómo andas?

- Hola. Bien, un poco adormecida por los analgésicos, pero voy a andar bien.

- Me alegro.

- Gracias... por ayudarme allá...

- Sí, no es nada.

- ¿Te molestaría que tomara una muestra de sangre? Es apenas un poco. Necesito una de control, y a mí me dan miedo las agujas.

- Sí, no hay problema.

Esperé que se sentara y realicé el procedimiento. Ella me observaba tranquila, por primera vez en muchos días.

- Listo.

- ¿Tenés idea dónde está Tom?

- Creo que fue al cuatro.

- Gracias.

- De nada. Nos vemos.

- Nos vemos.

No podía pedir que hagan un análisis riguroso, sería demasiado sospechoso y me harían

muchas preguntas. Así que me saco sangre y comparo las tres muestras.

Una vez terminado, busco un microscopio y coloco unas gotas de cada sangre en portamuestras distinto. Acerco el ojo al lente y cierro el otro.

A simple vista, la sangre de Serena y Luci se parecen entre sí más que a la mía. Viendo un poco más de cerca, parecen tener menos glóbulos rojos, sobre todo la de Serena.

A menos que sea una extraña coincidencia, pronto Luci comenzará a notar los síntomas.

Habiendo terminado mis tareas regreso a mi dormitorio.

Alan está tumbado en su cama, en la misma posición que ayer. Quiero decir algo para levantarle el ánimo, aunque sea un chiste o una pavada. Pienso, pero no se me ocurre nada.

- Alan. ¿Cómo te fue?
- ¿A vos qué te parece? – me dice sarcásticamente.
- No sé.
- Me dijeron que estaban dispuestos a perdonarme.
- Bien, supongo.
- Pero quieren que de ahora en más, sólo diga lo que ellos me autoricen a decir.
- ¿Y qué les respondiste?
- Tendría que haberlos mandado a la concha de su madre. Pero asentí y me marché.
- Hiciste bien. No te quedaba otra.
- No se siente así. Creo que hubiera sido mejor renunciar.
- No. Mientras todo marche te van a querer ahí. Cuando dejes de ser útil, te van a inculpar por algo y encerrar en la cárcel, como querían hacer con Carlos. Y si te lo hacen a vos, yo soy el segundo en la lista.
- Al menos todos sabrían la verdad.
- Y acabarían *suicidados* o en el pabellón psiquiátrico.
- Yo nunca me suicidaría.
- Es por tu ética altruista, ¿no?
- No – ríe de pronto – Me estremece la idea de esos minutos finales, ese momento en que tus venas se desangran o que la cuerda presiona contra tu garganta, los músculos se tensan y no podés tragar, o cuando el agua inunda tus pulmones y luchas por respirar. Es sólo un instante, pero es el más horrible de toda tu vida.

Estoy en el Salón, desayunando solo. Pasa el rato y Pablo no aparece.

¿Se habrá quedado dormido?

No, lo más inteligente en estos días es trabajar horas extras, para hacer buena letra y evitar problemas. Seguramente entró más temprano de lo habitual.

- Hola a todos – dice desde el escenario un hombre canoso y más bien bajo – Para los que no me conocen, me llamo Abelardo y soy miembro del Concejo Directivo.

Hay algo extraño en él que me genera disonancia. No logro identificar qué es.

- Como ya saben – dice, caminando de un lado a otro – el otro día sucedió algo terrible, tanto que prefiero no mencionar...

Ya sé qué es. Hasta se vistió igual el forro. Está imitando al director. Sus palabras, sus ademanes, la forma de caminar, las pausas, el equilibrio entre el tacto y la sinceridad. Le falta carisma, pero no llega a ser demasiado sobreactuado.

- ... Lo que queremos que quede claro, y digo esto en nombre de todo el Concejo, es que nuestra vida pende de un hilo, y para mantener todo bajo control es primordial que cada uno cumpla su parte. Cuando a alguien se le ocurre que de pronto quiere ser médico e intenta hacer una cirugía a corazón abierto, el resultado obvio es que el paciente termine muerto. Por eso los *médicos* tienen que encargarse de la medicina, los investigadores de la investigación y los ingenieros de la Ingeniería... *que cada uno cumpla con su parte, y nada más...* Una frase muy sencilla, pero cuando se olvida pronto llegan los delirios de grandeza y ocurren catástrofes. – Hace una pausa y mira de un lado a otro lentamente, como si hiciera contacto visual – Pero no se preocupen, ahora los traidores están bajo custodia y nos encargaremos de que todos estén a salvo.

Increíble. Echarles la culpa a los muertos. No pueden ser más descarados.

Me gustaría decir que los refugiados están indignadísimos y no se tragaron semejante disparate. Sin embargo muchos asienten con la cabeza, casi nadie murmura.

Me levanto para ir a la oficina y lo veo, en una esquina sentado entre dos tipos. Pablo sigue hablando y hace como si no me reconoce. No lo puedo creer.

Ya en el trabajo, hago todo lo que dice Tom sin decir ni a. Seguimos cruzando roedores y ponemos a incubar unos fetos con mutaciones cromosómicas. En algunos días veremos los resultados.

Sin embargo, todo esto es inútil. Deberíamos partir de la nueva cepa, replicando su vector de transmisión que ya tiene la capacidad de penetrar y ensamblarse en nuestras células.

Regreso a mi dormitorio pensando en que con Alan podré descargarme, ya que estará igual o más encabronado que yo.

Abro la puerta y no hay nadie. *Debe estar trabajando*, pienso.

Me siento para descalzarme y encuentro que el ropero está abierto. Lo voy a cerrar, cuando descubro que está vacío.

Me pregunto por qué será. *¿Habrá llevado todo a lavar? ¿También la ropa de invierno?*
No. *¿La habrán robado?*

Me siento sobre la mesa y contra mis manos siento algo. Es un papel.

Está demasiado oscuro para leer, por lo que salgo al pasillo y me acerco a un foco.

Sr. Marcos Mair, Refugiado N° 735:

Le informamos que su compañero fue reubicado en un dormitorio acorde a su nueva jerarquía. Pronto le asignaremos uno nuevo. Mientras tanto siéntase a gusto de elegir su cama favorita.

Logística Urbana.

Día 771 DB: Testigo

Comencé a escribir pensando que nunca nadie lo leería, si sos el último sobreviviente del mundo nadie más lo sabrá.

Hoy, en cambio, sé que el mundo sigue dando vueltas pasando el océano. Por lo tanto tengo otro motivo para seguir escribiendo, para contar lo que sucedió dentro de estas paredes.

Con ayuda del Observatorio Transatlántico Europeo, el Concejo nos usó con quién sabe qué propósitos. ¿Querían experimentar con nosotros? ¿Querían a todo un pueblo simulando el fin del mundo para ver qué sucedía?

No entiendo por qué en dos años nadie intentó rescatarnos. ¿Será de conocimiento público que estamos acá varados? ¿Que creímos que todo el mundo había desaparecido, y que teníamos que cargar con esa pesada mochila en nuestras conciencias?

No sé si quiero escuchar la respuesta. Son ellos los responsables de todas las muertes y todo el sufrimiento. De haberlo sabido antes, nada de esto hubiera ocurrido. Sin embargo, ahora que lo sé no me sirve de nada.

Resulta paradójico, pero ¿de qué sirve saber que todo está mal cuando no podés hacer nada al respecto? Creo que, en ciertos casos, el conocimiento no es una herramienta sino una maldición.

Ya ni siquiera puedo mirar a Luci, no sin imaginar lo que le sucederá. ¿Habrà una cura? No lo creo. Casi no conozco los síntomas. No obstante, a menos que la enfermedad no sea letal, no hay manera de que logremos desarrollar una cura a tiempo.

Nunca me imaginé diciendo esto, pero tal vez la ignorancia sea la clave de la felicidad.

Hoy se les dio por reubicar a Alan en una habitación individual. El criterio del rango tiene cierto sentido. Aunque no ahora que la moral de los refugiados está baja y les preocupan los suicidios. Después de todo, fue para prevenirlos que se prohibieron los dormitorios individuales.

Supongo que quieren aislar a Alan de su círculo de confianza para que no pueda orquestar nada.

Se va la chica que estaba en la fila delante de mí. Saco de mi bolsillo la cuponera y se la entrego al tipo, que arranca un papelito y me da la bandeja.

- Gracias – le digo, y me mira con cara de culo.

Otra vez no encuentro a Pablo. Como tranquilamente y dejo la bandeja en la mesa de platos sucios. Por último marchó a la oficina.

Me siento junto a la computadora y leo la agenda de trabajo del día.

- Marcos – saluda Tom, que viene del laboratorio.

- Hola, Tom.

- Enviaron una nota.

- ¿Quiénes?

- Pregunto.

- Logística – responde, y me entrega una hoja doblada al medio.

Sr. Tom Smith, Encargado del Laboratorio N°7:

Por medio de la presente, le informamos que el Sr. Marcos Mayr está en licencia sin goce de sueldo por tiempo indefinido, a partir del día de la fecha. El Área está analizando su incierto cambio de rango, efectuado durante la gestión del anterior Concejo. Pronto se regularizará su situación y, de ser necesario, asignará el personal pertinente al Laboratorio.

Atentamente,

Logística Urbana

- Marcos, lo siento mucho, pero voy a tener que pedirte que te retires.

- Sí. Quedate tranquilo, no pasa nada.

Que se vayan todos a la mierda. Igual ya no me interesa el proyecto.

Camino por los pasillos. La gente mira para otro lado y hace como que no me ve.

Se me ocurre pasar por la biblioteca a buscar algo para matar el tiempo, pero rápidamente lo descarto. Estoy demasiado alterado para leer.

Agarro el picaporte de la puerta del dormitorio y me detengo. Hay algo raro.

En el pasillo no hay nadie. No veo personal de seguridad, ni nadie que pase a buscar algo.

Suelto el picaporte y golpeo las puertas de los demás dormitorios. Nadie responde.

Entro en pánico y decido meterme. Agarro la silla y con ella trabo el picaporte. Debería ser suficiente.

Camino en círculos. Intento tranquilizarme.

¿Qué tan probable es que planeen hacerme algo? ¿Qué tan probable es que no hay nadie?

Vemos. Primero me dejaron solo, lo que supuestamente está prohibido. Posteriormente Pablo me dejó de hablar, sin motivo aparente alguno. También me suspendieron. Y ahora...

Momento. Todavía no sé si esto es intencionado. *¿Qué tan probable es que lo sea?* Volvemos a lo mismo. Esto no ayuda.

¿Qué más puedo hacer?

A ver. La puerta... pueden forzarla. Necesito un plan B, una vía de escape.

La cama cucheta tiene un metro setenta, más o menos. Las paredes del dormitorio son de

placas de yeso de más de tres metros de alto. No puedo treparme, porque son demasiado delgadas y las desgarraría, delatando mi ubicación.

La mesa tiene unos setenta centímetros, si la coloco sobre la cama sumo dos metros cuarenta. Hay poco más de sesenta centímetros de diferencia, lo suficientemente poco para saltar y pasar la cadera sin hacer ruido o lastimar las placas.

Perfecto. Subo la mesa a la cama. Esperá. Si entran van a ver la mesa. *¿Qué tan obvio...*

Ya sé. La agarro desde el otro lado y la llevo. No es tan pesada. ¿Y si advierten que falta la mesa? Tendré que correr el riesgo. Quizás puedo ir de dormitorio en dormitorio, para que sea menos obvio. Al menos gano tiempo.

¿Tiempo para qué?

Toc, toc. Alguien toca la puerta.

Mierda. Tengo que hacerlo ya. Subo a la cama y la mesa se tambalea y roda hacia el suelo. Logro agarrarla justo a tiempo.

Hay un problema, no me di cuenta que el colchón cedía con el peso. La altura sigue estando bien, pero es muy inestable. No importa, no me queda otra.

Muevo la mesa contra la esquina, así no se mueve tanto. Estoy por pararme, cuando escucho el picaporte. La silla se cae. Me paro sobre la mesa, que se tambalea mucho, así que me agarro de la pared, intentando hacer equilibrio antes de saltar.

- ¿Marcos?

Es Serena. Me mira con el ceño fruncido.

Cierro los ojos y respiro. Bajo un pie y la mesa se cae sobre el colchón. Me siento con los pies colgando de la cama y bajo de un salto.

- ¿Qué estabas haciendo?

Acomodo la mesa en su lugar y levanto la silla.

- Nada. ¿Vos...

- Creo que el Concejo se llevó a los infectados – responde rápidamente.

- ¿Qué? – pregunto con un sonido agudo.

- Los heridos desaparecieron del hospital. Esta mañana fui y ya no estaban.

- ¿Estás segura? Tal vez los trasladaron...

- No, ya pregunté. No hay registros, nadie sabe nada.

- Bueno. Aguantá, no te ahogues en un vaso de agua. No tienen forma de saber que vos también te contagiaste.

- Estoy usando gorra Marcos. ¡Gorra!

Cierro la boca y bajo la mirada. De pronto me doy cuenta...

- Tengo que avisarle a Luci urgente– digo mientras avanzo hacia la puerta.

- No hace falta – me dice, sosteniéndome de la mano. Me doy vuelta para mirarla – Alteré los registros. Tenía miedo de que pasara algo así.

- ¿En serio? – digo sorprendido – Gracias... Nunca me imaginé...

- Juramento Hipocrático.

- Pensaba que era pura formalidad.

- Bueno, sí y no.

- Otro día me contás. Volviendo a Luci. ¿En cuánto tiempo crees que va a empezar a perder pelo? ¿O a notar los síntomas?

- No sé. Tiene hasta veinticuatro horas de incubación, recién después se manifiesta. Tal vez mañana, tal vez hoy. ¿Cómo se lo está tomando?

Me rasco la cabeza y miro para otro lado.

- *¿No se lo dijiste? ¿Qué estás esperando?*
- No la veo tanto como antes y no sé cómo decírselo – me excusé.

Serena suspira y guarda silencio.

- Marcos. Necesito escapar cuanto antes, y ella también. Pero no sé cómo hacerlo, necesito de tu ayuda.

- No creo que pueda.
- No digas eso, si ustedes detuvieron al Concejo.
- Yo no hice casi nada. Y mira cómo nos fue.
- No te podés culpar por eso. Tuvieron mala suerte y las cosas se salieron de control.

Además, no sé en quién más confiar.

- Está bien, contá conmigo. ¿Te puedo preguntar algo?
- Sí, decime.
- ¿Cómo te contagiaste?
- Es largo...
- No importa. Necesito saber más sobre el virus.

- Bueno... Estaba de turno, revisando los signos vitales de Javier. Chequeé temperatura, reacción a estímulos, entre otras cosas. Ya había terminado y estaba yendo, cuando me acordé que faltaba el raspado bucal... Como ya me quería ir, no me puse los guantes. Me lavé con alcohol en gel y le pasé el hisopo. No sé si fue el olor del alcohol o si lo raspé con mis uñas en alguna zona sensible, pero cerró rápidamente la boca y me clavó los dientes caninos. En tres puntos me salía sangre, así que en seguida me desinfecté la herida y vendé la mano.

- Entonces se transmite sólo por sangre.
- Sí, aunque no descartaría otros fluidos corporales. Por las dudas.
- ¿Como el VIH?
- Sí, pero no sé. Ustedes investigan esas cosas.
- No llegamos a ver la nueva cepa. Pero ambos son retrovirus, o sea que puede ser.
- Yo por las dudas no cogería con Luci, ni conmigo.
- *Cómo si eso cambiara algo...*

Acepta acompañarme a decirle a Luci. Vamos hacia su oficina y golpeamos la puerta, ella indica que pasemos.

Está sentada detrás de su escritorio, se acomoda los lentes mientras entro. Parece alegrarse de verme, pero no dura mucho porque inmediatamente ve llegar a Serena detrás de mí.

Se levanta y pasa junto a mí, ignora a Serena y se dirige a la puerta.

- Luci, esperá. Ella está contagiada, y vos...

Se detiene con la mano sobre la puerta, que ya está a medio abrir.

- No sé cómo decir esto. Pero no deberías preocuparte de que haya algo entre Serena y yo – Siento un nudo en la garganta – Ojalá ése fuera el motivo de que vengamos.

- ¿De qué estoy contagiada? – pregunta cruzándose de brazos.
- Dejame mostrarte – le dice Serena.

Serena se sienta y le indica que se acerque. Yo asiento con la cabeza.

Primero me mira inexpresivamente, después se sienta junto a ella. Serena se saca los lentes de contacto y se pasa la manga sobre uno de sus párpados, dejando al descubierto su piel.

- Creí que era un pico nervioso – dice Luci
- Al principio yo también. Pero eso y las ojeras no son más que el comienzo.

Se saca la gorra, descubriendo los claros en su frente. Luci queda boquiabierta por un instante.

- Creí que nunca volvería a quedarme sin pelo – dice Luci, mansamente

- La buena noticia es que no es letal.

Luci abre los ojos de par en par.

- Javier mejoró bastante durante los últimos días. Además, según Marcos, los cuises infectados estuvieron sobre él, oliendo su aliento y su olor, pero no lo atacaron. *Eso debe significar algo.*

Irritada por una alegación como esa, Luci entrecierra los ojos y lleva las pupilas hacia arriba.

- No sabemos si la nueva cepa vuelve a los animales impredecibles, o si hospedar el virus hace que no te vean como una amenaza – agregó.

- Es como lo que querían lograr en el laboratorio – dice Serena.

- Entonces, ¿en qué confluyen las mutaciones? – pregunta fríamente Luci.

- No lo sé – responde Serena – Javier fue el que más tiempo lo tuvo. Lo último que sé es que había perdido la capacidad de hablar. Pero estaba consciente, sino no le hubieran dado el alta... Y hay algo más.

- ¿Qué?

- Los heridos desaparecieron. No hay registros, creo que el Concejo está detrás de eso. Puede haberlos matado y, si no lo hizo, tenemos aún menos tiempo. Pronto van a saber identificar a los contagiados.

- Ya veo. Serena, ¿nos dejarías a solas?

Asiente con la cabeza y sale por la puerta.

El silencio inunda la habitación, no sé qué decir. Quiero decir algo para romper el hielo, pero no se me ocurre nada.

- ¿Cuándo pensabas decírmelo? – me dice finalmente.

- No podía – respondo, y ella mueve la cabeza hacia los lados.

- ¿Qué? ¿Ibas a esperar a que me diera cuenta yo sola?

- Perdón. No quería aceptarlo, y decírtelo...

- ¿Era hacerlo real?

- *Sí* – digo volviendo a mirarla, era justo lo que estaba tratando de decir - ¿Ahora me entendés?

- No es la primera vez que me pasa. Y odio que me oculten cosas.

- Sí, ya sé. Perdón.

- No es tu culpa... – dice y hace una pausa mientras mira detrás de mí – De chica tuve cáncer... Yo sabía que pasaba algo, pero nadie me lo decía. Intentaban que dejara de hacer preguntas con regalos o visitas. Y funcionaba, la mayor parte del tiempo. Pero en el fondo sabía, debía ser algo muy grave para que lo ocultaran de ese modo... Un día me llevaron a una biblioteca, me dijeron que escogiera un libro, que podía llevar cualquiera. Estuve toda la mañana dando vueltas, leyendo las primeras páginas, hasta que un libro me atrapó.

- Marina.

- Sí. Pero cuando el bibliotecario lo vio quedó helado. Habló con mis padres sin dejar que yo los oyera, y luego me dijeron que elija otro. Peor no quería. Cuando se le dice a un niño que puede elegir lo que quiere, después no se le puede decir que no. Seguí dando vueltas y elegí uno cualquiera, no sin antes esconder el que quería dentro de mí campera.

- ¿Así te diste cuenta?

- Lo leí a escondidas. Un día encontré a mamá llorando y le dije “mamá, no es tu culpa” – dice con una leve sonrisa – Creí que eso la haría sentir mejor.

- Pero te curaste.

- Sí. Ya tenía todas mis muñecas con mi pelo. Y en una visita vi al doctor contento, uno de mis tratamientos parecía estar funcionando. Cuando finalmente estuve recuperada me dieron más libertad, entonces averigüé todo lo que pude sobre mi enfermedad. Me encantaba, pasaba horas contándole a mis padres por qué era tan difícil de tratar mi enfermedad, y de la suerte que había tenido de tener a un doctor inteligente.

Que estúpido fui con Luci. Creí que la estaba protegiendo, evitándole la angustia.

Seguimos hablando un rato y finalmente volví al dormitorio.

Creo que nadie quiere matarme. Lo que quieren es que me suicide, por eso me dejan solo.

Ya no estoy seguro de quienes son mis enemigos. Sé que no puedo confiar en el Concejo, quizás tampoco en el resto del mundo.

Lo que sí sé es quiénes me importan. Luci, Alan, Serena. Incluso Pablo, que seguro lo habrán amenazado, debe de tener algún motivo para evitarme.

El nuevo dormitorio es elegante, espacioso, y cuenta con iluminación independiente. A un lado, hay un amplio escritorio con cajones y una butaca de cuero sintético color negro. Del otro, una cama individual de plaza y media, con un alto colchón de resortes, que le ayudan con su frecuente dolor de espalda.

Alan está en la cama, apoyado contra el respaldo, que sería frío y duro de no ser por el almohadón que cubre la zona de su cintura. Aun lleva la camisa negra y el jean que usó durante el día, lo único diferente es que está en medias.

Siente el cuerpo cansado, tiene un leve malestar en el estómago y cada tanto le sorprende un punzante dolor agudo en la cabeza. Mientras mira perdidamente a la pared color caqui, pasa la lapicera entre sus dedos de manera reiterada.

Este remanente del viejo Concejo, aquel que destituyó hace no mucho tiempo, ratificó su puesto como director, y ahora lo trata como si fuera un aliado.

Él no se siente cómodo con esa posición, ya que tiene sus valores y lealtades en otro lado. Es más, no confía en ellos, y cree que nunca podrá volver a hacerlo.

No obstante, parece no tener alternativa. Se siente vigilado y en posición de estar a una falta de ser degradado de su puesto y quién sabe qué más.

Por otra parte, entre la sobrecargada lista de tareas que le asignaron y la reubicación, Alan ha dejado de frecuentar a sus amigos y viejos colegas, por lo que se siente aislado.

En los momentos que está solo, experimenta una desgastante sensación de impotencia. Considera que, si hubiera cumplido su parte como director, nada de esto hubiera pasado.

Todo eso le hace querer renunciar. Sin embargo, al mismo tiempo cree que pueden poner en su lugar a alguien peor. Por lo cual soporta la carga de un trabajo de muchas responsabilidades y poco poder de decisión.

Alan piensa que ese razonamiento es el de todos los presidentes corruptos o inoperantes. Las cosas se hacen así, yo saco mi parte y hago lo que me conviene. En cualquier caso, si asume otra persona seguramente va a ser más egoísta y menos capacitado.

No le gusta pensar en eso, así que baja la mirada y extiende la mano hacia la libreta, que está abierta boca abajo sobre la cama. Sin embargo, no la agarra.

Mientras cambia de posición porque le estaba empezando a molestar una pierna, se pregunta si podrá salir del Búnker algún día, y a qué costo. No tiene muchas expectativas, es útil para mantener tranquilo y ordenado el CePIR, pero no para aportar algo a la investigación en Europa.

Hace un fugaz esfuerzo en recordar lo feliz que era su vida años atrás. No tiene demasiada suerte con eso, y se cuestiona si no estará inventándose un pasado más agradable de lo que era.

Ahora tiene una pregunta profunda. *¿Es la felicidad el propósito de la vida? ¿O hay algo más?* Algo como solucionar problemas o mejorar la vida de los demás. Algo como lo que antes creía que hacía.

Luego niega con la cabeza, como si estuviera conversando con alguien. Sabe que es un callejón sin salida. Nunca se ha preocupado demasiado por cuestiones filosóficas y no tiene sentido que lo intente en este momento. Mejor pensar en otra cosa.

Le había dicho a Marcos que le aterraba la idea de suicidarse. Según leyó, el ahorcamiento es tan doloroso como desesperante. Tres minutos en los que te retorces hasta que finalmente tu cuerpo cede y cuelga inmóvil. A pesar de eso, no termina ahí. Todavía quedan alrededor de treinta segundos donde no podés moverte, pero seguís consciente.

Pegarse un tiro, por otro lado, es rápido e indoloro. No obstante, hay muchos casos donde la bala no da en el lugar indicado y terminan con discapacidades motrices o mentales para toda la vida.

Saltar de un edificio alto sí es efectivo. Aunque siempre ha tenido miedo a las alturas, y piensa que no se animaría a dar el paso. Además, acá en el Búnker sería imposible.

Es como si hubiera que pagar el peaje antes de suicidarse. Un peaje que requiere desesperación y sufrimiento.

Más tarde recuerda sobre las intoxicaciones con monóxido de carbono, dónde te vas asfixiando lentamente hasta quedar dormido. Esa sería la manera más apacible, la único que no conllevaría una terrible tortura.

Alguien toca la puerta. Alan baja los pies de la cama y guarda su libreta en la mesita de luz.

- ¿Quién es?

- Marcos.

Se levanta y hace unos cinco pasos hasta la puerta. Tras quitar la traba de seguridad, abre.

Marcos lo saluda con un apretón de manos, Alan se acerca un poco más y le palmea la espalda enérgicamente, como si todo estuviera bien.

Una vez adentro, cierra la puerta y gira la butaca para que se siente. Mientras vuelve a la cama, Marcos hace un gesto de aprobación de la butaca.

- Me gusta tu nuevo hábitat.

- Gracias. ¿Cómo va todo? – pregunta Alan, Marcos responde levantando las cejas.

- ¿Dejando de lado la suspensión y el aislamiento?

- ¿*Aislamiento*? – pregunta entrecerrando los ojos

- Bueno, formalmente no hay nada. Pero sorprendentemente todos me comenzaron a esquivar de un día para otro. Ni siquiera Pablo me habla. Y estoy sospechando seriamente que no me asignan un nuevo compañero a propósito.

- No sé qué decirte. Puede ser, pero también puede que no.

- Sí, lo sé. Pero también hubo otras cosas. Igual eso no me importa tanto.

- Ah, ¿no?

- ¿Viste lo que pasó en la invasión de los cuises?

- No me digas, Ezequiel aprovechó... *Pará* ¿No me estarás queriendo decir que hubo un complot para que entren?

- ¿*Qué*? No. Los cuises no atacaron hasta que mataron al agricultor, que había sido atacado por los aguiluchos. Es porque estaba contagiado con la nueva cepa.

- Eso... suena como la explicación menos probable.

- Al principio también lo pensé. Pero Serena – Alan abre completamente los ojos – me contó que había tenido síntomas muy raros. Se le habían regenerado parcialmente los ojos y había dejado de hablar. La cuestión es que, por una casualidad, le mordió la mano y la contagió. Por eso adulteró los registros.

- ¿Y ella también tuvo síntomas?

- Sí. Más que nada pérdida de pelo y cambios en la pigmentación de la piel.

- Veo – dice mientras se acaricia su barba – Deberíamos hacer pruebas.

- Ni se te ocurra – responde Marcos rápidamente, y Alan se cruza de brazos – Los heridos del otro día están desaparecidos, no figuran en los registros de Medicina. Estoy seguro que el Concejo tiene algo que ver. Y, además... – Marcos cierra los ojos por un momento – Luci también está contagiada.

- Marcos... lo siento mucho. ¿Saben algo más de los síntomas?

- Serena no cree que sea letal, el agricultor mejoró la salud en los últimos días. Pero puede estar siendo demasiado optimista.

- Claro. Eran dos agricultores, ¿qué pasó con el otro?

- Murió. No sé si por el virus o por las heridas... Serena opina que su mejor opción es escapar. Está convencida de que los animales no las van a atacar. Yo no estoy cien por ciento seguro, pero creo que es muy probable que el Concejo las use para experimentos.

- Estoy de acuerdo con la última parte – dice Alan, esquivando la mirada de Marcos.

- Alan, yo sé que es mucho, y que seguramente habrá represalias... Pero no tengo a quien más acudir. Necesito tu ayuda.

Alan entrecierra los ojos y se vuelve a acariciar la barba, mientras guarda silencio.

- Creo que tengo unos favores que puedo cobrar – dice finalmente – Contá conmigo.

- No me gusta la idea de meterte en esto. Sé el riesgo que implica. Pero tampoco puedo dejarla en manos del Concejo.

- Lo sé. Me preocupa otra cosa. ¿Vos qué vas a hacer?

- ¿Yo?

- Sí, vos. Desde que te conozco estás obsesionado con Luci. Ahora la hacemos escapar, y probablemente nos metan presos. A mí no me importa. No quiero tener nada que ver con este lugar. Pero ¿Y vos?

- Lo mismo que vos. Si tengo que estar preso, incómodo, sucio y con poca comida no me importa. Voy a intentar no pensar demasiado en eso, y esperar que algún día evacúen el Bunker. No sería ninguna locura que nos consideren a todos víctimas y quedemos en libertad.

- Vos sabés bien que eso no es cierto. *¿Todavía pensás que le importamos una mierda a alguien?* – Marcos arquea las cejas. Para él, Alan había sido siempre un faro de sensatez y confianza, mientras que él era el rebelde y paranoico. - *Somos un puto experimento, y les chupa un huevo.*

- Probablemente tengas razón. Pero no sé. Quiero estar con Luci, y hace un par de semanas lo hubiera hecho sin dudarlo. Pero ahora sé que existe una remota posibilidad de volver a tener una vida. Si al menos tuviera que elegir entre una opción segura y con gusto a poco u otra arriesgada y ambiciosa... *pero las dos son suicidas.* – Marcos levanta ambas manos y luego las apoya sobre las piernas - *¿Vos qué harías?*

Día 773 DB: Dilema

No sé qué hacer. Tengo que tomar una decisión con la certeza de que me perseguirá por el resto de mi vida, así sea corta o larga.

Los síntomas de Serena pronto serán notados por el Concejo. Cuando eso suceda, no pasará mucho hasta que descubran a Luci.

Serena dice que deben que escapar, que es su única oportunidad. Y probablemente tiene razón.

Sin embargo, no estoy seguro de que sea una oportunidad real.

Incluso si logramos sacarlas del refugio, no sé cómo harían para sobrevivir en el exterior. Una cosa es no ser devorados por los animales infectados, otra no morir de hambre en un continente desolado.

De todos modos es su decisión. Yo tendré que aceptarla y ver qué hago con mi vida.

Lo más sensato sería quedarme en el Bunker, seguramente como prisionero, y esperar a que seamos rescatados algún día. En realidad, no sería lo más sensato sino lo menos suicida.

La opción más loca y arriesgada me la sugirió Alan. Según él, contagiarme es una opción donde puedo acompañarla, y no dependo de nadie más. “Antifrágil”, fue el término que usó.

No comparto su cínico optimismo, y me preocupa esta nueva faceta suya. Pero es la única manera en que puedo seguir con Luci. Si bien en ella todos tenemos menos chances de sobrevivir, por lo menos evito una vida larga, vacía y llena de remordimientos.

La compañera de dormitorio de Serena me dice que está de turno en Medicina.

Evito los recorridos más concurridos y cruzo los dedos para no cruzarme con ningún sereno.

Al llegar, pregunto a la recepcionista por ella, y me dice que está de guardia en el consultorio del fondo. No hay mucha espera, me siento a esperar.

Inmediatamente sale un paciente con la mano vendada. Serena me saluda con una sonrisa y llama al segundo paciente. A los veinte minutos se va, me meto al consultorio y siento frente a ella.

- Hipocondríaco – me dice – Viene *re seguido*.
- Mirá vos. ¿Cómo andás?
- Cansada. Pero no es para tanto.
- Me alegro. Serena, necesito pedirte un favor.
- Decime.
- Quiero que me contagies.

Me examina sin prisa con la mirada, se acomoda el gorro y finalmente dice:

- Así que decidiste venir con nosotras.
- Sí – le digo asintiendo lentamente.
- ¿Alguien más viene?
- No, nosotros tres nomas.
- Bueno, dale. ¿Cómo querés que hagamos?
- Transfusión. No tengo tiempo para lo otro – respondo bromeando.

Abre un cajón y saca una jeringa no muy grande. Desde el otro lado del escritorio, se arremanga y cierra el puño. Pincha con la jeringa, y tira hacia atrás succionando unos pocos mililitros. Seguidamente la retira, agarra una botella de alcohol y se limpia con un poco de algodón. Lo sostiene un rato.

- ¿Seguro? – me pregunta.
- Totalmente.

Se pone de pie y rodea el escritorio. Agarra mi mano y la apoya sobre mi pierna. Agarra una banda elástica y me la ata debajo del codo. Al cabo de unos segundos, la vena se pone azul y pincha.

Se me eriza la piel y reprimo el impulso de tensar los músculos. Empuja lentamente para que la sangre ingrese y se mezcle con la mía. Aprieta con un pedazo de algodón y saca la jeringa. Luego pone cinta.

- Gracias.
- ¿Y ahora? ¿Qué sigue?
- Dormí y hacé como si no pasa nada.

Por la mañana, voy a la oficina principal de Zoología y pregunto por Pablo.

- No podemos darte esa información.
- ¿Por qué no?
- Normativa del área.
- Pero ¿Sabés si está de turno por lo menos?
- Lo siento, no puedo decirte nada.
- Bueno. Gracias igual.

Me retiro antes de llamar la atención y llamen al sereno.

Camino a su dormitorio, por las dudas. Es igual que el mío, excepto que la cama está del lado contrario y queda en otro piso.

No hay nadie. Puedo volver más tarde, aunque si me está esquivando va a trabajar hasta tarde. Y existe la posibilidad de que, para esa hora, ya me haya ido.

No puedo irme sin despedirme de mi amigo. Quisiera hacerlo en persona, pero tampoco quiero llamar demasiado la atención. Mejor le dejo una nota.

Para Pablo:

Quiero agradecerte por estos años de amistad, de compañía. Sin todos esos torneos de Ping Pong y de Truco, vivir acá hubiera sido aburrido y deprimente.

Me dolió mucho que me hayas evitado estos últimos días. Pero imagino que tendrás tus razones.

Hubiera preferido que sea de otra forma, que viajemos a Europa y armemos una selección de Curling o algún otro deporte que no sea tan jodido. Lamentablemente no podrá ser así.

Me despido, y te deseo lo mejor.

Un fuerte abrazo,

Marcos.

Arranco la hoja y la dejo sobre su cama.

Su oficina es pequeña, pero no tiene que compartirla con nadie más. No fue su decisión y en cierto modo extraña el laboratorio siete, cuando Marc decía algún chiste y Tom se enojaba.

Sobre la mesa hay apenas una computadora, un cuadernillo y una lapicera. No necesita más. Vale la pena mencionar que disfruta del minimalismo. No necesita preocuparse de cosas que no tienen nada para aportarle.

Esa carencia de distracciones le viene al pelo para situaciones como esta, en que está perdida y necesita respuestas. Las necesita lo antes posible. Por eso recorre las carpetas, abriendo y cerrando artículos científicos, leyendo los *abstract* y ojeando el contenido.

Un sonido la devuelve a la realidad. Proviene de la puerta. Endereza la espalda y responde.

- Adelante.
- Hola, Luci.
- Marcos.
- ¿Cómo estás?
- *Bien*. Por ahora.
- Qué bueno. Quería decirte, Alan está trabajando en un plan.
- ¿Un plan?
- Sí, para ayudarlas a escapar.
- Pero, Marcos... Necesitamos cuidado médico. *¿Qué vamos a hacer allá fuera?*
- Entre las dos saben lo bastante para cuidarse entre sí. Yo sé que no es lo ideal...
- *¿Lo ideal?* Es una idea pésima. Y no lo digo porque tenga algo contra Serena.
- Está bien. Pero ¿qué alternativa tienen?

Luci se muerde el labio. Si bien aún no tiene *todas* las respuestas, al menos tiene una. Tampoco es lo ideal, pero al menos es factible. Tiene que decírselo, y va a hacerlo. Aunque no sabe cómo.

- Anoche hablé con Alicia.

Marcos levanta las cejas y abre los ojos. Escucha en silencio.

- Le dije que era difícil avanzar con la investigación, que necesitaba mejores equipos y la ayuda de especialistas. Le pregunté si era posible que me llevaran a Europa. Lo que le dije es cierto, aunque lo hice para tener a los mejores médicos cuidando de mí. Si sobrevivo seguiré con la investigación... En fin. Me dijo que ella no estaba orgullosa de todas las cosas que había hecho, pero que lo hacía por un bien mayor.

- *¿Un bien mayor?* - pregunta sarcásticamente Marcos.

- Sí. El virus representa una amenaza contra toda la humanidad. No hay nadie que quiera hacer una evacuación completa, y la ONU colabora en secreto con ellos. Intercambian información e intentan mantenernos vivos. No estoy de acuerdo con ellos, pero descubrí que Alicia no es la mala de la película. - Marcos se cruza de brazos, Luci traga saliva - Pronto me iré de acá. Y no sé si algún día volveremos a vernos.

Toc, toc, toc. Golpean la puerta. Ellos se miran detenidamente por un instante.

- Te busco a la hora del almuerzo – dice Luci por lo bajo.

- Echame – le dice Marcos.
- ¿Qué?
- Echame – dice nuevamente, mirando la puerta.
- ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? – grita Luci, mientras se levanta y abre la puerta.
- Perdón – dice Marcos, poniéndose de pie para salir.

La chica es de Logística Urbana, le pide un informe de la situación actual de la investigación. Luci escucha sin interrumpir para que se vaya lo antes posible. Cuando queda sola, vuelve a su escritorio y sigue buscando.

No le gusta usar las horas de su trabajo para asuntos personales, pero incluso ella puede hacer excepciones cuando la situación lo amerita.

No lleva la cuenta de la cantidad de artículos que leyó, mucho menos de los que pasó por alto tras leer el título.

Cuando se da cuenta mira el reloj, es la una y cuarto. Apaga la computadora, estira los brazos y sale al pasillo.

Va al Salón y busca sin éxitos a Marcos. Aprovecha a comer algo liviano, pasa por el baño y por último toca la puerta del dormitorio.

- Soy yo.
- Pasá.

Cuando abre la puerta, encuentra a Marcos sentado en la cama de abajo, con la parte de atrás de la cabeza despeinada.

Él sonríe calmadamente, sin esconder del todo la angustia. Ella se acerca y sienta a su lado mientras él la toma de la mano.

Ninguno de los dos quiere decir lo que tiene para decir, de manera que charlan sobre anécdotas del Búnker. Entre ellas está la Alan perdido por atolondrado, pero incluso con el agravante de ser el actual director no le alcanza para estar en el podio de las más divertidas.

[Un año atrás, un refugiado quería suicidarse de la manera más teatral posible.

Tuvo la brillante idea de meterse en el Arca, en la cámara de los ratones. Corrió hasta el centro, se tiró al suelo y cubrió la cabeza con las manos.

Obviamente ninguno de ellos estaba infectado, así que los ratones se asustaron y alejaron de él. Pasó menos de un minuto y los ratones comenzaron a acercarse a ver qué le pasaba. Como no hacía otra cosa más que temblar, uno de ellos subió sobre él. De inmediato gritó del pánico, ahuyentándolo.

Posteriormente, el personal de seguridad lo escoltó hasta Medicina, donde se reuniría con un psicólogo. Y de esa anécdota se rieron todos durante los desayunos del mes siguiente].

Ambos ríen a carcajadas. Luci termina primero y luego Marcos, que baja la cabeza. Luci sospecha que algo anda mal. Y le pregunta qué es.

- Creía que el escape era tu única opción, y ahora sigo pensando que es la mejor. Por eso decidí acompañarte, a vos y a Serena. Y para eso tuve que contagiarme, anoche.

¿Por qué haría algo así?, se pregunta Luci.

Marcos le había caído bien desde un principio. Era distraído y tenía una rebeldía bastante torpe, pero al mismo tiempo le resultaba inteligente y divertido. Con el tiempo llegó a considerar que, detrás de esa infantil rebeldía, había algo de sabiduría. Y, sin embargo, cada tanto la sorprendía haciendo cosas estúpidas e impulsivas como esta, haciéndola replantearse todo otra vez.

- Sé que parece no tener sentido. Pero estoy a *esto* – dice, mostrando un espacio muy pequeño entre los dedos índice y pulgar – de quedar como prisionero permanente.

- Pero al menos estaba la posibilidad de que nos evacúen.
- Ya sé. Pero prefería pasar mis últimos días con vos, en vez de aferrarme a un futuro incierto donde no puedo hacer nada.
- Pero yo no te pedí ni te...
- Sí, *ya sé*. Fue *mi* decisión y la culpa es mía.
- Quizás... - dice Luci, moviendo la cabeza – pueda hablar con Alicia. Convencerla de que te lleven. Quizás que estés contagiado sea suficiente para...
- Cuanto menos tenga que ver el Concejo, mejor – la interrumpe, y ella se frunce el ceño - Tampoco confío en Alicia. Ponele que me lleven... me van a usar de rata de laboratorio. Y seguramente a vos también, una vez que te descubran.
- Eso no lo sabés.
- Está bien, con vos tal vez no. Pero conmigo sí... No te estoy pidiendo que escapes por mí. Es tu decisión. Y si vos considerás que es una oportunidad real, entonces deberías tomarla. Te entiendo, pero, para mí, estás equivocada. Voy a escapar con Serena y esperar hasta último momento por si cambias de opinión.

Luci permanece seria, pensativa. Marcos no se siente conforme con lo que dijo, o con cómo lo dijo. Mira hacia un lado y se rasca la nuca. El silencio deja oír los pasos que hay en el pasillo. Ya terminó la pausa para comer.

- Te tenés que ir, *¿no?*
- Sí, debería.
- Andá. Entre hoy y mañana nos vamos, no tengo que llamar la atención.

A Luci se le escapa una lágrima. Quiere decirle que lo quiere y que lamenta todo esto. Sin embargo, cree que empeoraría las cosas. Prefiere una despedida alegre, o lo más cercana a eso como sea posible.

- Voy a pensar en lo que me dijiste. Te prometo que te aviso.

Marcos asiente con la cabeza y ella le da un beso. Es sencillo, pero lo hace durar, como si quisiera que ese momento no terminara nunca, y Marcos coopera con eso. Luego abre la puerta y se va.

Es tarde, estoy en un pasillo oscuro y clausurado. Antes servía para conectar el sector de Ingeniería con una de las salidas de emergencia. Ahora, en cambio, tiene las puertas con candado y cadenas.

Debería haberle preguntado antes a Luci. No sé si eso hubiera cambiado algo, sin embargo...

No, no hubiera cambiado nada. Siempre odié estar encerrado dentro del Búnker y no veía la hora de irme, como prisionero me volvería loco.

Escucho unos pasos acercarse, a un ritmo rápido y regular, proviniendo de Ingeniería. No puedo distinguir sus rasgos en la oscuridad, pero sé quién es.

- Alan...

- Está todo listo.

- *¿En serio?*

- Sí. No es el plan más confiable del mundo. Pero tampoco es discreto.

Casi me hace reír. Con lo vigilado que estaba ya es un milagro que lograra hacer algo. Tendrá que alcanzar. Y si no... Habrá que improvisar. Igual somos argentinos, estamos acostumbrados.

- Muchas gracias.

- Che... *¿Y Serena?*

- Debería llegar pronto.

- Perfecto. Mirá, no conseguí la llave. Pero con esta barreta el candado debería abrirse.

- *¿Debería?*

- No te preocupes, son una cagada.

- *Si vos decís...*

- Por ahí suben las escaleras. No debería haber guardias, controlan las puertas de entrada y es raro que estén en las escaleras. A menos que quieran escupir o hacer otra cosa. Igualmente están las distracciones. Entre el incendio y lo otro no creo que les interese revisar.

- Bien.

- Tienen que entrar en la puerta de treinta y dos. Esta es la llave. – me da la llave y la guardo en el bolsillo de mi mochila – En este bolso está el resto. ¿Te acordás el trayecto?

- Sí.

- *¿Seguro?*

- Sí, seguro.

- Bien. Acá tenés un cronómetro.

- *¿No había reloj?*

- *Marcos...*

- Estaba jodiendo.

- Ah. *¿Y Luci?*

Debería haber venido ya. Eso sólo puede significar una cosa. No la culpo, aunque dijo que iba a avisarme. Y tenía esperanzas de que cambiara de opinión, o al menos de despedirme.

Si la entiendo no debería molestarme tanto que no viniera. Se supone que lo importante es

que esté bien, pero ahora lo único que quiero es que esté conmigo.

- ¿Marcos?

- No sé. Supongo que no va a venir.

Alan no responde. Escucho unos pasos suaves.

- Me tengo que ir – dice, finalmente.

- Dale, suerte.

Se va a terminar los preparativos. Casi de inmediato llega una chica, no es muy alta y tiene el pelo corto. Se acerca lentamente y me da un beso en el cachete.

- ¿Cómo andás? – le pregunto.

- Nerviosa.

- Quedate tranquila. Va a salir bien, Alan es el mejor estratega. Y yo soy el James Bond de las barretas – digo mostrándosela.

Ella se ríe. No se ve nada, así que se la alcanzo. Mide más de cincuenta centímetros y es lo suficientemente pesada para noquear a cualquiera, por lo menos en teoría. Por las dudas, debería apuntar a la cabeza. Me la devuelve y camino hacia la puerta para dejarla.

Llevo un rato parado y empiezan a molestarme las piernas. Me siento en el piso, que tiene polvillo y me hace estornudar. Serena me sigue y apoya su cabeza sobre mi hombro, como aquella noche en el pasillo.

Debería haberle dado una oportunidad. Quién sabe. El enamoramiento es algo caprichoso, no siempre te hace elegir la mejor opción.

Serena es abierta y decidida, además siempre fue buena conmigo. *¿Estaré a tiempo?* Me muero por saber cuánto nos queda.

Otra vez escucho pasos. Son suaves, no tanto como los de Serena y, aunque no tanto como los de Alan, también bastante veloces.

La veo venir, tiene una silueta alta y delgada, con pelo largo.

- *Viniste...*

- Sí. Estuve pensando... Si sigo viva o no está fuera de mi control, en cualquiera de los dos casos. Pero sí puedo elegir con quién estar estos días.

No esperaba eso y no sé qué decir. Intento sonreír, pero igual no puede verme. Serena tampoco dice nada. Luci se sienta a mi lado y esperamos en silencio.

Más tarde llega Alan. Dividimos los bolsos y aprovechamos para repasar todo.

- ¿Cuánto falta? – pregunta Luci.

- No mucho. Cuando suene la señal.

- ¿Cuál es la señal?

- Te vas a dar cuenta.

Suena un timbre chillón y me hace doler los oídos. Segundos después suena una inconfundible sirena. Decenas de veces la escuchamos durante los simulacros.

Alan me pregunta por la barreta. Me agacho y la busco. La calzo en la U del candado y hago palanca. Tenía razón, se descalzó en seguida. Desenrollamos las cadenas y abrimos las puertas.

Las luces de emergencia iluminan partes del pasillo, mientras las otras permanecen a oscuras.

Voy delante, seguido por Alan, que es el único que conoce bien el camino.

Cada uno lleva una mochila o bolso y subimos paso a paso, atentos por si aparece alguien.

Terminamos la primera vuelta y me detengo en una franja oscura, para comprobar que estemos solos.

Continúo avanzando. Desde acá ya no se escucha tan fuerte la alarma. Luci y Serena están dos franjas detrás. Alan saca la mano a la luz y les indica que sigan.

Hago lo mismo en el otro piso. Suena otra alarma, que suena más fuerte. Me suena conocida.

- Ese fue Pablo – me grita Alan – Soltó los pájaros.

En medio de las alarmas se escuchan gritos agudos. En Zoología no hay pájaros portadores del virus, o sea que es otra distracción.

- *Pero...*

- No te preocupes. Nadie va a quedar involucrado.

Eso no me tranquiliza. Sin embargo no es momento para discutir. Sigo subiendo, aumentando el paso.

Estoy transpirando y tengo que frenar para no dejarlos atrás. Segundos más tarde me alcanzan.

Vamos cuatro pisos y falta sólo uno, subo caminando y me detengo a ver.

La puerta está abierta y hay un sereno vigilando. Es alto y corpulento, mira alternadamente hacia dentro y afuera. Al parecer las alarmas no lograron que dejara su puesto. Tiene una cachiporra de un lado del cinturón, probablemente un aturdidor del otro.

Yo tengo la barreta, pero él usa un pequeño casco. Si le apunto a la cabeza y se agacha, tiene tiempo para sacar alguna de sus armas. Y mano a mano no tengo chances. Tampoco puedo acercarme sin que me vea.

- Hasta acá llego yo – me dice Alan al oído – Lo voy a distraer desde dentro.

- *¿Seguro?*

- Sí. Corran apenas lo pierdan de vista. Puede ser su única oportunidad.

- Muchas gracias, Alan – le digo, mientras estrecho su mano y le doy un abrazo.

- No hay por qué.

- Sí, lo hay. – dice Luci.

- Todo lo que necesitan es esto – dice, dándome su bolso – Asegúrense de conectar bien los cables y esperen a tres puertas de distancia.

- *¿No era más fácil darnos la llave?* – pregunta Serena.

- Sí. Pero así sabrían que nos ayudó él, o alguien de Ingeniería – le respondo.

Alan baja, perdiéndose entre las franjas oscuras de la escalera y apareciendo en las iluminadas.

Indico a Luci y Serena que estén listas para correr. Miro al sereno. Está apoyado contra el marco de la puerta, como si estuviera soldado a ella.

Mira hacia abajo, donde estoy yo, como está oscuro y no puede verme. Seguido a eso mira hacia arriba. Por último, mira hacia el otro lado de la puerta, que da a uno de los palcos del Salón general. Luego vuelve a empezar.

Respiro hondo. Alan debería haber llegado ya.

¿Qué va a hacer? Si lo ven ahí van a relacionarlo con el escape. Ya demasiado sospechoso es que desaparezca su anterior compañero de dormitorio, que casualmente fue quien le ayudó en el motín.

El sereno se despega del marco y da un paso hacia el Salón. Saco la mano a la luz para indicarle a las chicas. Pero el sereno da media vuelta y vuelve a mirar. Por suerte reacciono a tiempo y escondo la mano.

Estuvo cerca. Me paso la manga por la frente, para secarme la transpiración. Siento que el pecho está por reventar. El sereno vuelve a irse. *¿Será el momento?*

Les indico que avancen y corro a la siguiente franja ciega. Las espero y cuando me alcanzan seguimos juntos. Llegamos a la puerta y corremos por el pasillo. Si todo salió bien, no nos vio nadie.

Doblamos y seguimos corriendo. Voy arrastrando la mano contra las paredes, como si me estuviera despidiendo de todos. Odié a mucha gente en el Bunker, pero no a toda.

Y pensar que estuve dos años. El tiempo suficiente para aprender a vivir sabiendo que todos mis amigos habían muerto, que todo lo que quedaba era un mundo hostil que compraba todos los números de la lotería y esperaba a que cometiéramos un error para devorarnos.

En mi mente los veo a todos. Me despido de Pablo, me despido de Alan, me despido del Bunker. Ya no tendré que comer cereales secos o ahorrar para ir al cine. Tampoco estaré limitado por las paredes de cemento.

Correré por el campo abierto, acamparé, y quizás hasta intente comerme un asado. Las casas abandonadas serán mi hogar y saquear las ruinas de Argentina mi trabajo. Si no pierdo la barba me la dejaré crecer y con ella haré trenzas. Nadaré desnudo y me bañaré una vez al mes, cuando Luci se ponga la gorra y me obligue elegir entre ella o mi mugre.

Dos años viviendo dentro de esas paredes... Y ahora voy a explotarlas.

Doblamos y veo la inscripción D-32, iluminada por una luz de emergencia. Dejo de correr y ellas frenan detrás de mí. Como las puertas sólo se abren por dentro, Serena se detiene en la primera, Luci en la segunda, yo completo el camino restante.

Me detengo en un lugar que parece como cualquier otro, con paredes firmes e indestructibles. Pero es dónde Alan se perdió e interceptó el mensaje. Es un lugar donde hay muchos recovecos ocultos que debilitan la resistencia estructural del edificio.

Dejo el bolso en el suelo y abro el cierre. Está lleno de cargas explosivas. Alan me explicó que tengo que adherirlas a la pared, a una distancia de más o menos un metro entre sí.

Coloco una por una, cubriendo una gran superficie de la pared. Seguidamente desenrollo los cables y los conecto entre sí. No tiene control remoto, ni sé como configurar el tiempo.

Con una mano sostengo el cronómetro y con la otra me preparo para presionar el botón del interruptor.

Presiono ambos al mismo tiempo y corro tan rápido como puedo. Luci me abre la puerta y corre detrás de mí. Serena abre la suya y la cierra detrás de nosotros.

Sigo corriendo. Doblo cuando llegamos a la esquina del pasillo. Miro el cronómetro. Veintitrés, veinticuatro. Luci llega y se pone detrás de mí. Veintiséis, veintisiete. Serena hace lo mismo.

Un rugido me asusta y siento un fuerte temblor bajo los pies. Deben haberlo sentido todos. Tenemos que salir cuanto antes.

Tomo la mano de Luci y hago señas para que Serena también lo haga. Abro la primera puerta, que tiene la llave puesta y avanzamos a la segunda, tanteando en la oscuridad.

Está doblada por el medio y hay olor a humo. Giro el picaporte y no abre.

Tiro nuevamente con todas mis fuerzas. Pero no puedo, está trabada.

La barreta. Debería estar en mi mochila. La apoyo en el suelo y empiezo a palpar. Estoy desesperado, no podemos volver ahora.

Siento algo frío y me empiezo a reír agitadamente mientras tomo aire. *Estuvo cerca.*

Toco los contornos de la puerta hasta descubrir donde está trabada. Al medio hay una luz de unos cuantos milímetros, donde solamente traba la cerradura. Arriba está completamente suelta. El problema es abajo.

Agarro la barreta y la clavo en la grieta del medio, luego la bajo tanto como puedo. Tengo

que hacer palanca, mientras mantengo el picaporte abierto. Así que le indico a Luci.

Ella lo gira y yo empujo hacia la pared con todo el cuerpo. No puedo, está muy duro.

Lo vuelvo a intentar, esta vez agachándome un poco e inclinándome para empujar. Clavo los pies contra la pared y hago fuerza. La barreta se zafa y me golpeo la cabeza contra la pared.

Me hice mierda. Quiero gritar de la bronca, pero me contengo. Tenemos que salir de inmediato. Siento la barreta bajo mi pecho, por suerte no me la clavé en el ojo ni me rompí nada.

Me levanto mareado, casi no se puede respirar del humo que hay. Busco la puerta a ciegas y me doy cuenta que está abierta.

Abro los brazos y camino de vuelta hasta encontrar a Luci, que tiene las manos juntas. A continuación toco el brazo de Serena y le agarro la mano.

Seguimos con cuidado, está lleno de escombros y siento que me ahogo. Subo la campera hasta la altura de la nariz y respiro dentro. Seguimos avanzando en línea recta hasta que no podemos más.

Hay una pila que obstaculiza el paso. El piso está caliente y siento el olor a goma quemada que sale de mis zapatos. Tanteo con el brazo, aún a través de la tela siento el calor.

Encuentro un lugar para pasar. Ayudo a Luci y a Serena. Tengo algunas quemaduras y seguramente ellas también, pero estamos afuera.

Mientras caminamos para salir del humo, noto que cada vez hay menos escombros. Sin embargo disminuimos el paso porque está empinado.

Estornudo y por fin logro ver el cielo. Es negro azulado, y está lleno de estrellas. Es una noche despejada y no hace demasiado frío. La luna alumbra el pasto tanto como los pasillos en la noche.

Quedamos contemplando todo por un rato, y luego seguimos. Encontramos la vía escalonada y bajamos, mientras el aire se torna cada vez más respirable.

Llegamos a la base de las sierras. Buscamos las baterías y las desconectamos. Hace semanas que no las revisan, pero por las dudas.

Saco una pinza de mi mochila y corto el alambrado. Tardo unos minutos, aunque ninguna de las dos me apura. Armo una L de más o menos un metro de cada lado. Tiro de la esquina y las dejo pasar.

Tiran las mochilas y se agachan. Seguido de ellas voy yo.

Lo logramos, estamos afuera.

No muy lejos de acá, los exploradores se sacaron los cascos y murieron de una manera horrible. Sólo dos meses, y ha cambiado tanto. Hoy respiramos en paz, sin preocuparnos de que las aves vuelen a nuestro alrededor, o que los roedores se acerquen por el pastizal.

La alegría me invade y siento la sangre circular por todo el cuerpo. Me estiro y extendiendo los brazos. De repente un escalofríos me invade la espalda.

Estamos fuera del perímetro de seguridad y olvidé un pequeño detalle. A Javier no lo atacaron los cuises, pero no sabemos cómo responderán los demás animales. *¿Será seguro?*

Aunque no alcanzo a ver nada, escucho como se acercan.

Nos alejamos tanto como podemos del Bunker, pero poco a poco va mermando la adrenalina y apareciendo el cansancio. Además, el viento es frío y el rocío me humedece la ropa.

Abro mi enorme mochila y saco una bolsa. Es un poco más larga que la barreta y apenas más ancha que una botella de gaseosa. Desato el nudo que lleva y saco la carpa.

Por suerte es sencilla. Tiene dos varillas desmontables y cuatro clavadores de hierro.

Primero que todo, voy extendiendo las varillas, que se unen con elásticos. Seguidamente extiendo la carpa y colocamos las varillas formando una cruz. Por último, pongo un clavador en cada vértice.

Abro el cierre y entramos.

Nos sacamos los abrigos empapados y los dejamos en un esquina, junto con los zapatos y mochilas. Tenemos solo dos bolsas de dormir, usamos una de base y otra de abrigo. Casi no hay lugar, pero los tres estamos temblando del frío y sin que nadie diga una sola palabra nos amuchamos hasta quedar dormidos.

Despierto con la espalda dura y una fuerte contractura en el cuello. Es de día y el viento hace temblar la carpa. Agarro mi mochila, donde tengo una muda de ropa.

Ya vestido, abro el cierre para salir. El sol me da en la cara y obliga a cerrar los ojos.

Saco un pie y de a poco me acostumbro a la claridad. Miro a mi alrededor. Todavía queda algo de rocío, así que me quedo parado. Hago un esfuerzo para ver en qué posición está el sol, calculo que debe ser media mañana.

Contemplo los pastizales y el cielo abierto mientras voy recordando lo que hicimos anoche. Busco referencias para ver dónde estamos. Pienso en qué deberíamos hacer.

Escucho el cierre de la carpa. Luci sale con una mano en la frente y los ojos achinados.

La dejo sola mientras se despereza y examina donde estamos. Luego me acerco y doy la mano.

Le dejamos una nota a Serena y salimos a dar una vuelta.

Recorremos el campo sin perder de vista la carpa. Mientras nos alejamos vamos llegando a una zona más abierta, desde donde se ve el Bunker, a unos cuantos kilómetros de distancia.

Vamos juntando ramitas de los arbustos y algo de leña. Un rato más tarde volvemos y encontramos a Serena, que está sentada dentro de la carpa y tiene la campera cerrada hasta arriba.

- ¿Cómo te sentís? – le pregunta Luci

Ella tarda un rato en responder, sonríe y mira a un lado.

- Un poco débil. Me duele mucho la garganta.

Luci entra y pone la mano sobre su nuca. Después toma su mano y apoya el dedo en su muñeca.

- No tiene fiebre. Pero el ritmo cardíaco está un poco bajo.

- Recién se levanta – le digo.

- Igual. No debería bajar tanto. ¿Comiste algo?

- No tengo hambre.

Luci busca en su mochila y le da algo. Ella niega con la cabeza, no obstante le insiste y la hace comer.

Ojalá no sea nada. Puede que no sea el virus. Puede ser el agotamiento o el frío, pero enfermarse en el medio de la nada tampoco es una buena noticia.

Serena nos contó a ambos sobre los síntomas de Javier. Sin embargo era un solo caso, puede que nosotros no experimentemos alguno y en cambio presentemos otros. Incluso puede que tengamos distintos lapsos de incubación y los manifestemos antes. Eso sin tener en cuenta que son mujeres; tienen diferencias sutiles a nosotros, pero diferencias al fin.

Hasta ver desmejorada a Serena, no me había puesto a pensar en Luci. Había visto sus ojeras y sus pupilas irritadas, pero pensé que la gorra era por el frío, al igual que sus temblores.

Luci me hace un gesto por tercera vez consecutiva, más marcado que las anteriores. Señalo hacia atrás mientras Serena no me mira, y ella asiente con la cabeza. Quiere que las deje solas, de manera que salgo a recorrer un rato más.

Cuando tomé la decisión de acompañar a Luci hasta el final, esperaba otra cosa. Me había imaginado un día de campo bajo el sol, con nosotros jugando, corriendo y disfrutando de la tan

ansiada naturaleza. En lugar de eso, resultó ser un angustioso observatorio de cómo su salud se deteriora.

Pasamos el día vigilando el estado de Serena y nos turnamos para acompañarla. Le contamos anécdotas y lo que se nos viene a la cabeza. Eso tiene una doble intención, queremos subirle el ánimo, también distraernos y no pensar demasiado en lo que nos pasará pronto.

Me pregunto que habrá pasado con Pablo. Espero que no lo culpen por la fuga.

Y Alan... Me aseguró que tenía todo bajo control y que no había ninguna chance de que lo vincularan con nosotros. Sin embargo es difícil de creer, y tampoco me sorprendería que lo haya dicho para no que no me arrepienta.

Recuerdo cuando me contó que no se imaginaba suicidándose, que le asustaba el sufrimiento final. *¿No habrá sido este último acto altruista su suicidio? ¿Su condena a permanecer encerrado hasta su muerte?*

No debería pensar en eso. Debería pensar en nosotros tres y en cómo aumentar nuestras posibilidades. O por lo menos en apaciguar el dolor.

Escapamos del Búnker y la tiranía del Concejo. Pero no sé dónde irán a parar las mutaciones, ni qué haremos cuando nos quedemos sin comida.

Regreso de mi último paseo con más leña. No falta mucho para que se ponga el sol. Busco en la mochila el pedernal que Alan me dio y un poco de papel.

Tras encender el fuego, dejo junto a él unos troncos apilados para usar de bancos. Las invito y nos sentamos a observar el atardecer.

Me despierto temblando. Abro los ojos y descubro que estoy a solas. Levanto el torso rápidamente y siento que la carpa se da vuelta. Cierro los ojos hasta que casi no siento el mareo.

Abro el cierre y las veo sentadas de espaldas a mí. Por suerte está nublado, porque la nariz se me está despeleando por el sol que agarré ayer.

Me calzo y salgo, no sin antes dar un profundo bostezo. Al séptimo paso Luci se da vueltas y me mira preocupada.

Sin maquillaje su deterioro es estremecedor. Su piel ya no es pálida, es de un color azul decolorado, como si tuviera pecas.

- Ya no habla – me dice.

- *Serena.*

Se da vuelta para mirarme, ensaya una sonrisa y después vuelve la vista hacia el horizonte.

Busco en la mochila unas raciones de cereales. Queda para un día, como mucho dos. Le doy una a cada una y comemos junto a las cenizas. Serena deja la bolsa a un lado. Luci abre el paquete y le da una, ella niega con la cabeza.

Me da su mano, que tiembla cuando la mía se detiene. Mientras dibuja líneas en las cenizas pienso en que pasará si esto llega a funcionar. Si un día los síntomas cesan y logramos sobrevivir, quizás un contagio controlado pueda ser la oportunidad de los refugiados.

Es irónico. Una salvación proveniente de nuestro peor enemigo. Tan irónico que resulta grotesco. Es poco probable, pero no me importa, hay que tener algo con lo que soñar.

Vuelvo la vista a Luci. También está pensativa, como si las cenizas la indujeran a meditar con los ojos abiertos. De a poco voy sintiendo un ruido.

Parece un zumbido suave en mis oídos. Más poco a poco va creciendo y mezclándose con el viento, hasta que logro reconocer de dónde proviene. Me pongo de pie y camino para alejarme del campamento.

Llego hasta la zona más despejada y miro hacia el Bunker. Un par de helicópteros están despegando del techo. Se siente el estruendo de los disparos, probablemente los aguiluchos los estén atacando.

Ambas naves parecen grandes y robustas, se elevan cada vez más rápido en dirección al este. A los pocos minutos se pierden en el horizonte.

Regreso y le cuento a Luci.

Yo quiero ir. Ella insiste en que Serena no está en condiciones de caminar y que no debemos separarnos. Mientras discutimos la interrumpe un ataque de tos, que me hace advertir que no está bien.

Serena nos escucha atentamente. Cuando apoyo la cola sobre los troncos, ella se levanta y camina lentamente hacia la carpa. Pensé que iba a acostarse, sin embargo la esquivo y continúo.

Nos miramos con Luci y la seguimos. Intentamos retenerla, pero quiere seguir. Yo vuelvo a la carpa por mi mochila y cargo lo esencial. Troto para alcanzarlas y me detengo a su lado.

Está yendo al Bunker. Aunque a este ritmo llegaremos pasado el mediodía. Espero que resistan el viaje, entre el hambre y las náuseas no creo que esté en condiciones de cargar a ninguna de las dos.

Cruzamos algunos cuises y pájaros en el trayecto, que nos siguen hasta llegar al alambrado del perímetro. Serena busca la parte que rompimos y tira de ella, yo la sostengo para que puedan pasar.

Caminamos entre las vallas sin electricidad, todavía se puede sentir algo del repelente.

Nos detenemos al pie de las sierras, contemplando el agujero por donde salimos. Es un rectángulo desprolijo de casi un metro de ancho, con grietas a los lados.

Cuando toco la pared me sorprende de encontrarla fría, había olvidado que pasaron dos días. Tampoco hay humo dentro, sólo escombros que obstaculizan la entrada.

Está a oscuras, pero de alguna manera la luminosidad externa se las arregla para entrar. Pasamos junto a la pila de cemento que casi nos frustró el escape.

Se va poniendo cada vez más oscuro, así que vamos tanteando las paredes mientras disminuimos el paso. Pateo algo duro, que hace ruido a metal. Avanzo con cuidado y piso la barreta. La levanto, puede ser útil.

Cuando doblamos en la esquina del pasillo, escucho unos aleteos y me agacho sin pensar. Seguimos hasta la puerta que el sereno no había querido abandonar. Está abierta, no parece estar tan oscuro dentro.

Cuando la atravesamos vuelvo a distinguir el rostro de Serena, luego el de Luci que viene por detrás. Siento un olor extraño. Es una mezcla entre encierro, comida podrida, óxido y algo de humo.

No escucho el ruido de la ventilación y la luz parece estar cortada. Quedan apenas algunas luces de emergencia perdidas en la penumbra.

De lejos se escuchan aleteos y pasos.

No sabemos qué pasa, no podemos ver nada que esté a más de unos pocos metros. Deberíamos volver, pero Serena sigue caminando. Ella quiere respuestas, yo quiero buscar a Pablo y Alan.

Agarro su mano y vamos hasta Ingeniería. Busco un rato hasta encontrar una linterna. Le digo a Luci que tome de la mano a Serena y vamos hacia el Salón.

Las mesas están desparramadas por todos lados, está lleno de cadáveres y hay sangre por el piso. Alumbro a uno y tiene agujeros en el pecho, parecen balas. Busco otro y tiene las manos sobre la cara, le faltan los ojos. Recorro con la linterna y veo a un zorrillo comiendo lo que queda de alguien.

Un cuis pasa a mi lado y se queda mirando a Serena. Ella se detiene a verlo, hasta que el animal baja la cabeza y se va por su lado.

- Es la evacuación de la que hablaba Alicia – dice Luci – Seguramente para los miembros del Concejo y algún investigador con un Back Up de todo.

Tiene sentido. Aunque no explica por qué está todo destruido. Alan me había dicho que iban a liberar algunas aves, y no creo que liberen otros animales por error, cada uno tiene su propio hábitat especial.

Ese cuis... parecía uno de los de afuera. *¿El Concejo los habrá dejado entrar? ¿O se habrán metido solos, aprovechando el agujero que hicimos en la pared?*

Me guardo esa información para mí. No hace falta que lo sepan.

Alumbro todos los cadáveres, con la esperanza de que no sean ellos. Es horrible y me dan ganas de vomitar, pero tengo que hacerlo.

Voy al dormitorio de Pablo, no lo encuentro ahí ni tampoco en el pasillo. Lo mismo con Alan.

Se me cruza una idea por la cabeza. *¿Y si Alan está detenido? ¿Si fue la única forma de*

distraer al sereno e inmediatamente lo encerró en el centro de detención?

Vamos hacia allá e intentamos entrar, pero está con llave. A veces los guardias cerraban con llave y se iban a hacer otra cosa. Mientras nadie saliera lo único que necesitaban era darles de comer dos o tres veces por día.

- Tenemos que conseguir un juego de llaves – digo.
- ¿Dónde podrán estar? – pregunta Luci.
- En el bolsillo de algún guardia.

Eso significa revisar más muertos. Diría que por suerte se distinguen por el uniforme, aunque en este contexto *suerte* es una palabra de muy mal gusto.

Encuentro a un hombre con chaleco y casco. Me agacho para revisar sus bolsillos, no encuentro ninguna llave. Debe ser sereno, no un guardia de la cárcel.

Sigo buscando. Voy a la parte recreativa, donde está el bar, el cine, el gimnasio y la biblioteca. Veo a otro uniformado en el suelo. Me quiero acercar, pero Luci se queda quieta y tira de mi mano.

- *¿Qué?* - pregunto

Me mira a los ojos con tristeza. Es suficiente para ella, quiere que volvamos, pensé al principio. Después noto que Serena tiene el cuerpo apuntando hacia un cadáver que yace boca abajo.

Luci suelta mi mano. No lleva uniforme y es del tamaño de un adolescente. Apunto con la linterna. Tiene los brazos tatuados y el pelo corto. Me arrodillo y lo doy vuelta.

Un agujero se abre en su cabeza, arriba del piercing de la oreja. La cara está cubierta de sangre seca. Aprieto los puños y siento que me quedo sin fuerzas. Alguien pasa una mano sobre mi hombro y cae algo frío junto a mi nariz. Estoy llorando.

Me seco con el buso y pongo de pie. Hago unos pasos y reviso el cadáver del guardia. Me duele la mandíbula y me pica la nariz, pero no quiero llevarme las manos con sangre a la cara. En el bolsillo encuentro un manojo de llaves.

Volvemos al centro de detención, pruebo una a una las llaves hasta que una abre. Caminamos por la penumbra en silencio. Voy iluminando el camino para no pisar nada.

- *¡Tenemos hambre!*
- *¡Déjenos salir!*
- *¿Qué está pasando?*

No tienen idea de lo que pasó.

Voy alumbrando uno a uno sin decir nada. Ellos gritan y suplican a la vez.

Hay varias celdas. Todos se vienen contra las rejas y extienden las manos. El pasillo es ancho y vamos por el otro lado para que no nos alcancen.

Voy pasando los rostros, sin detenerme en sus expresiones. Veo como retroceden encandilados y me pregunto si alguno de ellos es Alan.

Llego a la última celda e ilumino a todos. No está. Había mantenido la esperanza que por lo menos él se hubiera salvado. *¿Se habrá ido con el Concejo?*

La gente sigue gritando. *¿Qué hacemos con ellos?*

No podemos dejarlos, morirán de hambre. Pero si los soltamos los van a atacar los animales.

- Necesito que todos me escuchen – digo tan fuerte como puedo – El Concejo se fue en helicóptero y los abandonó a todos.

- *Dejanos salir.*

- El Búnker está lleno de animales infectados. Todos están muertos – de a poco se

empiezan a callar – La única forma de salir es que se contagien de la nueva cepa del virus.

Nadie parece entender lo que les digo. Tampoco a Luci. Estamos en la celda del medio, donde hay un hombre contra las rejas pidiendo comida. Hay alguien sentado en el fondo, completamente quieto.

Lo alumbro. Es él. Tiene los ojos cerrados y no se mueve.

- ¡Alan!

No reacciona. Me doy vuelta y le pego a la pared.

Todos. Absolutamente todos están muertos. Y los pocos que quedan no entienden.

Me agarro la cabeza. De repente siento algo en la nuca. No me había dado cuenta que estaba acercando de espaldas a las rejas. Me alejo justo antes de que pueda agarrarme.

Me doy vuelta y lo veo de pie. Tiene los ojos abiertos y la barba crecida. Saco del bolsillo las llaves. Luci me interrumpe.

- Alan. *¿Estás bien?*

- Estoy débil y con la presión baja, pero debe ser por el hambre. *¿Qué pasó?*

- No sé, acabamos de entrar. Un helicóptero buscó algo y nos acercamos a ver. Afuera están todos muertos, y hay animales sueltos. Me parece que algunos de ellos están infectados.

- *¿Con quién estás?*

- Estamos con Serena. Creo que ustedes son los únicos que quedan.

- Pero si salimos...

- Sí. Pero hay una opción. Los animales no nos atacaron a nosotros. Si se contagian...

- Entiendo. *¿Cómo hacemos?*

- Tenemos que buscar jeringas para transfusiones de sangre. Así lo hice yo.

- Pero somos cerca de treinta personas.

- Con unas pocas gotas debería alcanzar. Pero los tenés que convencer porque no me escuchan.

- Dale. Ustedes vayan a buscar las jeringas, yo me encargo del resto.

Cerramos la puerta y vamos hasta medicina. Agarramos las jeringas y las guardamos en una caja de plástico. Pregunto si no convendrá sacarnos sangre acá mismo. Me explican que no, que cuando donás sangre te baja la presión.

Agarramos alcohol, gasas y cintas. Pasamos por el depósito de comida, cargamos todo lo que podemos en la mochila y unas bandejas. Volvemos a las celdas.

Repartimos la comida y hablamos con ellos. Algunos nos creen, aunque no todos. Tenemos que preparar ocho jeringas, pero Alan pregunta si podemos hacer para todos, por si cambian de opinión.

Nos sentamos en el escritorio y Serena nos va sacando sangre. Después Luci le saca a ella. Con las tres jeringas llenan otras que son más delgadas. Siento como me baja la presión.

Es poca sangre por persona, aunque no es lo mismo ocho que treinta. Además, yo soy el más sano, por lo tanto tengo que dar más. Espero que la usen.

- Alan – le dice Luci – Necesitan entre doce y veinticuatro horas de incubación.

- Entiendo, tenemos que esperar hasta entonces.

Lo dejamos salir a él y su compañero de celda. Ambos se inyectan y les muestran a todos. Le doy las llaves. Luci tiene mal aspecto, así que le digo que tengo ganas de salir.

Le doy un fuerte abrazo y le deseo suerte.

- Nos vemos, amigo – me dice con una franca sonrisa. Le hacía falta una buena comida, pero sobre todo algo por lo que luchar, algo con lo que romperse la cabeza intentando solucionarlo.

Partimos de regreso al campamento con un sabor agridulce. Fue horrible ver a todos nuestros compañeros muertos, pero es una enorme alegría saber que Alan sigue vivo y pronto nos acompañará.

Además, mientras haya alguien sano que nos cuide mientras estamos enfermos deberíamos andar bien, sobre todo si es una pequeña comunidad con las mismas necesidades.

Siento una fuerte sacudida y abro los ojos. Luci estaba intentando despertarme, yo bostezo y me endezco con cuidado para no marearme.

- ¿Qué pasa?

No me responde. Tiene la piel quemada por el sol y las arrugas muy marcadas.

Me señala la boca y niega con la cabeza. Luego inclina con la cabeza para indicarme que la siga.

Al salir el sol me da en la cara, e inmediatamente siento como si una aguja se metiera en mi cabeza. Vuelvo a abrir los ojos y la veo parada junto a los troncos. Mira hacia ambos lados y muestra las palmas de las manos. Me giro para ver.

- ¿Y *Serena*? ¿Sabés dónde está?

Ella niega con la cabeza. Es la única forma de comunicarse que le queda.

Me acerco a ella y la rodeo entre mis brazos. Las manos me tiemblan y la cabeza se me parte del dolor, pero mientras no la suelta va a permanecer conmigo.

Nos sentamos bajo un árbol, apoyados uno en el otro. No quiero pensar en lo que viene.

Un fuerte silbido me despabila. No termina de erizarse la piel, cuando un ruido ensordecedor suena a mis espaldas. Es una explosión.

- Esperame acá, vuelvo en seguida.

Corro hacia el descampado y en seguida siento que mi cabeza también va a explotar, así que aminoro el paso.

Una enorme nube de humo sale entre las sierras dónde está el Bunker. *Hijos de mil puta.*

Primero pienso en que quizás el misil no llegó a penetrar las paredes. Sin embargo el humo cubre cada vez una porción mayor del cielo. Eso no puede ser una buena señal, pero tampoco estoy seguro. Tengo que ir a ver.

No. No puedo dejar a Luci, no puedo perderla a ella.

El sol está justo sobre mí y casi no hay sombra, por lo que debe ser medio día. Habrán pasado unas dieciocho horas desde que Alan se puso las inyecciones. No sé los demás.

¿*Habrá salido antes*? No tengo forma de averiguarlo desde acá, voy a tener que esperar.

Camino de regreso al árbol en busca de Luci, pero no la encuentro.

Me agarro la cabeza y caigo al suelo. Estoy temblando y siento ganas de llorar, pero no me salen lágrimas. Permanezco en posición fetal, como si estuviera esperando que todo pase. Como si estuviera en una horrible pesadilla y estoy a punto de despertar.

Escucho unos pasos. Giro la cabeza y la veo llegar, con la libreta en la mano. Me doy vuelta y recuesto contra el tronco. Ella se sienta a mi lado.

Toco su cara azulada y llena de arrugas. Bajo las manos hasta su cuello, está helado, o tal vez yo estoy hirviendo. Cierro los ojos y siento su nariz contra la mía.

Las manos me tiemblan, la cabeza me arde. Siento que sus labios también están fríos y no pude seguir. Trago saliva y ella se aleja.

Cuando abro los ojos está escribiendo. Me asomo, pero cubre con la mano para que no lea. Beso su frente y vuelvo a recostarme sobre el tronco.

El día está hermoso. No hay ninguna nube en el cielo, aunque no sé qué temperatura hará

porque no siento nada, ni calor ni frío.

Luci toca mi hombro y me pasa una hoja, que arrancó de la libreta.

Te amo, dice. *Yo también, te amo*, escribo.

Sus ojos rojos me observan detenidamente. Cuando veo la sombra del árbol extenderse a un lado me doy cuenta que perdí la noción del tiempo.

Pongo mi mano sobre su nuca y ella apoya su cabeza sobre mi hombro.

Día 5 Fuera del Bunker: Palabras finales

Creo que esta será la última entrada que sea capaz de escribir. Los temblores y demás síntomas progresan rápidamente. Tampoco puedo articular sonido alguno, por más fuerza que haga.

No volví a ver a Alan. Eso no puede significar muchas cosas. O salió antes del período de incubación y lo atacaron los animales, o se quedó esperando y murió con el derrumbe.

No puedo dejar de preguntarme si la explosión de nuestro escape fue la vía de entrada de los animales. Quizás no tenga que ver, pero la duda de si soy culpable me consume tanto como el virus. Necesito la respuesta, y sé que nunca lo sabré.

Pienso todo el tiempo en mis amigos. Pienso en Pablo, pienso en Alan. También en Tom y Carlos. Todos en el Búnker se fueron para siempre, y no hay forma de hacerlos regresar.

Luci se fue al día siguiente de perder el habla. La busqué por todas partes, pero no pude hallarla. Lo único que me queda de ella es su libreta. Encontré lo que no quería que lea.

“Tarde o temprano a todos nos llega la hora, lo aceptemos o no. La caducidad de unos permite que otros ocupen su lugar. La muerte da lugar a la vida que nace, mientras que la extinción a la selección natural y, en última instancia, a la evolución.

Mientras lo nuevo se propaga y se rebela contra todo lo establecido, lo viejo lucha ferozmente por sobrevivir un instante más.

Y es que todos queremos sobrevivir. Pero pocos nos damos cuenta de que, a veces, nos dejamos guiar por el instinto de supervivencia y olvidamos disfrutar del efímero tiempo que tenemos.

El miedo a la muerte, a que llegue en cualquier momento, que nos tome por sorpresa y nos arrebatte todo lo que tanto amamos, es aquello que, paradójicamente, en lugar de proteger la vida, acaba por despojarnos de las cosas más lindas de ella.”

Me pregunto qué pasará en el futuro. Si vendrán días mejores o todo permanecerá más o menos igual.

¿Se quedará en América el virus, o seguirá mutando hasta que finalmente atraviere el océano y se extienda por el resto del mundo? ¿Encontrarán una cura, al menos para las generaciones venideras?

Al final no pude reencontrarme con mi hermana, ni tampoco hacerle llegar mi mensaje. Sin embargo tengo un plan. Voy a envolver mi libreta y dejarla en un lugar que sea visible. Quizás nunca llegue a ella, pero me gusta la idea de que alguien pase por acá y descubra qué fue lo que sucedió. Quién sabe, tal vez en algunos años.

Volví a ver a Serena, caminando sola. Pensé que estaba alucinando, pero como la imagen persistía me acerqué a los tropiezos. La abracé y se sintió real. Eso fue suficiente para mí. Cuando la solté siguió caminando como si nada, con la espalda recta y la vista al frente.

Al otro día apareció Luci. Fue una linda sorpresa. Si bien tampoco se mostró muy expresiva, tuve la sensación de que me recordaba.

O tal vez es lo que quiero creer. La ilusión de seguir con ella es lo único que me permite dejar de pensar en todos los amigos que perdí.

Me alegra ver un mejoramiento en la salud de ambas, por lo visto no vamos a morir.

Por otro lado, no puedo saber si detrás de esa mirada perdida seguirá estando Luci, o al menos algo de ella. Tampoco sé qué pasará conmigo, si la continuaré recordando en unos días.

No salgo mucho de la carpa, pero cuando lo hago ellas me vigilan sin perderme de vista. De alguna forma llegué a la conclusión de que me están cuidando, que quieren evitar que cometa la estupidez de matarme.

No me imagino haciendo eso, aunque supongo que el riesgo está latente dentro de todos nosotros. Nunca se sabe cuánto puede resistir la mente de una persona, cuanta presión y cuánto tiempo harán falta para que alguien se quiebre en situaciones tan delicadas.

Quizás después de todo este no sea el fin, sino el principio de algo nuevo.

El homo sapiens habitó la Tierra durante trescientos mil años. Tal vez es hora de que su hijo bastardo tenga una oportunidad de hacer las cosas mejor.

Recuerdo una clase en que nos taladraban la cabeza con la paradoja de Teseo: Hay un barco pesquero al cual luego de cada viaje hacen reparaciones y cambian las tablas dañadas por otras nuevas. La pregunta filosófica era la siguiente: ¿Cuándo se hayan reemplazado todas las tablas y componentes, seguirá siendo el mismo barco?

Cuando todo lo que me caracterizó en el pasado se haya ido... ¿seguiré siendo yo?

Este es el destino que elegí y tengo que responder por él.

Estos últimos días fueron terribles, pero no hay nada que impida que pronto mejore.

Me intriga saber a dónde nos llevarán las mutaciones, si seremos más salvajes o por alguna de esas casualidades resultemos ser más pacíficos y civilizados.

Le dimos la espalda a nuestra humanidad para sobrevivir cuando dejamos atrás el Bunker. Sin embargo, ¿qué es la humanidad de todos modos? ¿Experimentar con personas, dejarlos abandonados, sacrificarlos por un bien mayor?

¿Quieren saber algo? Serena nunca perdió su voluptuosa figura, y comienzo a pensar que esa piel azulada no le queda nada mal. Mientras ella y Luci me observan a lo lejos, termino de entender por qué me cuidan.

¿Saben cuál era la misión de Adán y Eva? Exacto.

Dicen que tres son multitud, pero como buen escéptico voy a dejar que la experiencia lo decida.

¿Estoy desvariando? ¿Yéndome por las ramas? Tal vez es mi intento de mantener la cordura, de no dejarme avasallar por mi destino, y de reírme tanto como pueda. Creo que Luci estaría de acuerdo.

Ahora que me acostumbré a la idea, no me angustia evolucionar. Lo que me preocupa es olvidar.

Los filósofos dicen que somos animales sociales. Yo creo que nuestra memoria es lo que nos hace humanos. Todas las especies transmiten su memoria a través del ADN. Nosotros también lo hacemos a través de la cultura, pasando nuestros recuerdos de generación en generación.

Eso es lo que nos diferenció del resto, que cada generación transmitiera sus memorias y su sabiduría para que sus descendientes puedan vivir mejor.

Me aterra pensar que un día la historia empiece de cero y todo haya sido en vano. Que llegue el día que olvide quién fue Luci, quién soy yo.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis padres por el aliento y apoyo incondicional a lo largo de todos estos años. A mis amigos y familiares por las opiniones sinceras, sin las cuales nunca hubiese mejorado mis historias ni mi estilo. A vos, por darme la oportunidad de presentarte estos relatos.

Además, quiero hacer algunas menciones especiales:

A Marian Folmer, por la corrección y edición de los textos biotecnológicos e informes científicos en general.

A mi tío Esteban, gracias a quién esta historia pasó de ser etérea y cursi a natural y arraigada en Argentina.

A Noelia Vazquez, quién me ayudó en las correcciones finales y el proceso de publicación.

A Lucassen Emmanuel, Martín Bock, Jwvein y Lisichik, cuyas fotografías formaron parte de los diseños de portada y contraportada (todos de Pixabay, excepto el primero que es de Freeimages).

Comentarios

Si te gustó, me encantaría que me compartieras tu [opinión](#), cuyo enlace obtendrás al escanear el *código QR* que se encuentra debajo. Me ayuda a seguir mejorando y motiva a seguir escribiendo. Además, ingresarás a mi base de datos para descuentos en futuras publicaciones y merchandising (sin SPAM).



También podés seguirme en instagram [@adnficciones](#) o en mi blog www.lucasseimandi.wordpress.com, para así estar al tanto de mis próximas historias, o solicitar asesoramiento editorial (este libro es 100% autopublicado).

Lucas Seimandi

Febrero de 2020

[\[1\]](#) Teoría sobre el origen de la vida en la Tierra. Según esta, la vida se habría desarrollado en algún otro sitio del universo, luego un cometa o meteorito contaminado por formas de vida primitiva la habría traído a la Tierra.